



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

CIHS

Máster Universitario en Filosofía:
Condición Humana y Trascendencia

Universidad Pontificia Comillas
Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Trabajo Final de Máster

Dios mío, ¿por qué sufren y mueren los niños?
Palabras y silencios desde la filosofía y la teología

Lucía María Raybaud

Tutor: Prof. Dr. Francisco Javier de la Torre Díaz

Julio 2024

Dios mío, ¿por qué sufren y mueren los niños?

Palabras y silencios desde la filosofía y la teología

Lucía María Raybaud

Tutor: Prof. Dr. Francisco Javier de la Torre Díaz

Universidad Pontificia Comillas

Julio 2024

Índice

Dedicatoria	3
Agradecimientos	4
Resumen	5
Introducción	6
Capítulo I	8
<i>El sufrimiento y la muerte de los niños como manifestación del mal físico</i>	8
Capítulo II	15
<i>Palabras y silencios desde la filosofía</i>	15
II. 1. El trilema de Epicuro	15
II. 2. Pluralidad de propuestas - ¿Qué es el mal?.....	17
II. 3. Tipos de mal.....	25
II. 4. ¿Quién es el culpable?	27
II. 5. Grado de seres y su relación con el mal.....	30
II. 6. Posibles respuestas frente al mal.....	35
II. 7. Teodicea anticristiana	37
II. 8. La protesta.....	42
II. 9. Algunos ejemplos de optimismo actual	42
II. 10. Conclusiones del optimismo	44
Capítulo III	46
<i>Palabras y silencios desde la teología</i>	46
III. 1. El sufrimiento, talón de Aquiles del cristianismo.....	47
III. 2. ¿Cuál es el verdadero Dios?	49
III. 3. ¿Cuál era el plan original?	53
III. 4. Job.....	57
III. 5. Dios médico.....	59
III. 6. El «plan A» y el «plan B»	65
III. 7. ¿Y los niños?	67
III. 8. El santo sin Dios.....	70
III. 9. El combate con Dios.....	72
III. 10. <i>Salvifici Doloris</i> . El sentido cristiano del sufrimiento.....	74
III. 11. Palabras: lo que sí se puede decir	79
Capítulo IV	81
<i>Respuestas de una enfermera: el puente en la praxis de la vida</i>	81
Conclusión	85
<i>Palabras y silencios finales</i>	85
Bibliografía	88

Dedicatoria

Para mis padres, por Catalina.

Para Ítalo y su familia.

Para mis niños y sus padres, que con su sufrimiento y algunas veces con su vida, me dieron Vida y redimen al mundo entero.

Para los enfermeros, médicos y todos los que tenemos el don de tocar día a día este misterio.

Agradecimientos

Quisiera agradecer en primer lugar a mis padres y hermanos, que fueron un factor clave en mi venida a España para realizar mis estudios, apoyándome en todo, conteniéndome y ayudándome desde su lugar a que pueda concretar este proyecto.

A mi querido Patch, la razón de mi venida a España, que con su amor y compañía le dio vida a este trabajo. Gracias por tu paciencia, por leer y comentar este trabajo con tanta dedicación, por inspirarme a escribirlo y alentarme constantemente.

Quiero agradecer además a mis amigas, que siempre me acompañan, animan y sostienen en todas mis aventuras. Gracias por estar cerca en la distancia. Quisiera darle las gracias especialmente a Teresa Bonfanti, por orientarme desde sus conocimientos en la elaboración de este escrito y regalarme sus sugerencias.

A cada uno de mis tan queridos pacientes y sus familias, por ser la motivación principal de este trabajo y darle sentido a mi vida.

Quisiera agradecer también a todos los profesores que supieron inspirar mis inquietudes filosóficas, especialmente a Juan Pablo Roldán, que con sus clases y su calidez humana me enseñó tanto. Gracias por introducirme en estas preguntas.

A toda la Universidad Pontificia Comillas, a cada uno de los profesores del Máster y a cada uno de mis compañeros por compartirme sus conocimientos, su amor por la sabiduría y pasión por la Verdad. Quiero agradecer especialmente a Javier de la Torre, que aceptó ser tutor de este TFM, que supo recibir y ordenar mis inquietudes. ¡Gracias Javier por acompañarme en este camino! Y un especial gracias a mi querida profesora Nieves Algaba, que con su sensibilidad finísima supo acogerme en sus clases y aceptó formar parte del tribunal de evaluación.

Y por último a Dios, por el don de la vida y por tantos beneficios recibidos. A Él, que me hizo enfermera, le devuelvo este trabajo, que ojalá sea para su mayor gloria.

Resumen

El objetivo de este trabajo será desarrollar desde la perspectiva de una enfermera pediátrica, lo que se ha dicho acerca del mal, específicamente del mal físico, explícitamente manifestado en el sufrimiento y muerte de los niños. Desde este profundo drama, se confrontará la existencia de un Dios bueno y omnipotente, como lo es el Dios cristiano. Se desarrollará en primer lugar un análisis meramente filosófico, que sentará las bases para ir luego más allá, a un plano teológico, para indagar acerca de lo que se puede decir, pero sobre todo, lo que no. Esta cuestión está llena de palabras que pueden encerrar ciertas verdades, pero son muchos más los interrogantes y silencios que esconde. Es finalidad de este trabajo decir lo que se pueda decir, pero todavía más, dar a conocer sus silencios, silencios cargados de amor, de preguntas, de expectación y quizás aún más tiernamente, de la incesante búsqueda humana de sentido.

Palabras clave: Mal físico; Sufrimiento; Muerte; Niños; Dios; Teodicea; Enfermería.

Title in English: My God, why do children suffer and die?

Words and Silences from Philosophy and Theology

Abstract

The objective of this paper is to explore what has been said about the topic of evil from the perspective of a pediatric nurse. It will develop the main definitions of evil, focusing specifically on physical evil, that which is explicitly manifested in the deaths and suffering of children. From this profound topic, the existence of a good and omnipotent God - that of Christianity - will be confronted. First, a purely philosophical analysis will be developed in order to establish the basis for a further theological analysis, exploring what is said about physical evil, but above all, what is not said. This question is full of words that can contain certain truths, but there are many more questions that hide within its silence. The purpose of this paper is to acknowledge what can be said, but moreover, to make known the silences; silences loaded with love, with questions, with expectations, and, perhaps even more tenderly, the unending human search for meaning.

Key Words: Physical evil; Suffering; Death; Children; God; Theodicy; Nursing.

Introducción

Difícilmente se pueda decir algo nuevo acerca de la manifestación del mal físico en el sufrimiento y muerte de los inocentes después de tantos siglos. Esta tragedia es un problema que atraviesa a la humanidad de todos los tiempos. Muchos han intentado resolverlo dando sus respuestas, todas ellas insuficientes a la hora de ser encarnadas en situaciones concretas. Encontramos en la historia distintos sistemas filosóficos y religiosos, que con sus argumentos propios, matizan y ponen el peso en una u otra cuestión. No obstante, me animo a decir que ninguno brinda una solución definitiva.

Por ende, el desafío al que nos enfrentamos es complejo, ya que no es posible resolver este enigma que ha inquietado a la humanidad toda. Sin embargo, sí considero responsabilidad de toda persona indagar acerca de lo que se ha dicho, lo que sí se puede afirmar o negar acerca de este asunto. No se necesita justificación para tratar el asunto del mal. Toda la vida humana está atravesada por él, todo ser humano ha experimentado en su vida o en la de los que lo rodean, las consecuencias del mal físico manifestado en el sufrimiento de los inocentes. Preguntarse por el mal no nos exime de combatirlo, «pero hemos de ser conscientes que el compromiso práctico no basta; es necesario, pero no suficiente, porque siguen vivas las preguntas metafísicas sobre el origen del mal, el por qué y el para qué, cuestiones que necesitan una respuesta»¹.

Este trabajo es un modo de paliar mi propia herida al ver sufrir desproporcionadamente e injustamente a los más inocentes, los niños. Mi inquietud por el mal brota de mi profesión de enfermera pediátrica, dónde me he visto obligada a experimentar lo más terrible: ver sufrir y morir a los niños. Y creo que es nuestro deber como sociedad cuidarlos y evitar, en la medida de nuestras posibilidades, su dolor. Desde la enfermería se puede luchar por paliarlo, pero desde la filosofía se puede bucear más profundo en él. A simple vista el mal parece una contradicción, un completo sinsentido, un absurdo. Debido a esto me sumerjo en este mar filosófico y teológico. Así mismo, porque soy creyente y necesito compatibilizar el sufrimiento inocente con un Dios infinitamente bueno.

El objetivo de este trabajo será desarrollar lo que se ha dicho acerca del mal, específicamente del mal físico puro, en el cual la libertad del hombre no tiene interferencia, explícitamente manifestado en el sufrimiento y muerte de los niños. Desde este profundo

¹ Beorlegui, Carlos, *Antropología Filosófica: Dimensiones De La Realidad Humana*, Universidad Pontificia Comillas, Universidad de Deusto, Madrid, 2016, pág. 529.

drama, se confrontará la existencia de un Dios bueno y omnipotente, como lo es el Dios cristiano. Se desarrollará en primer lugar un análisis meramente filosófico, que sentará las bases para ir luego más allá, a un plano de orden teológico, para indagar acerca de lo que se puede decir, pero sobre todo, lo que no.

Se intentará dialogar con lo que han dicho distintos autores sobre nuestro tema, suscitar preguntas y plantear matices. El desarrollo se hará en cuatro capítulos. En el primero se planteará la problemática del sufrimiento y muerte de los niños como manifestación del mal físico.

En el segundo capítulo se abordará la cuestión desde la filosofía, presentando la problemática desde el trilema de Epicuro y continuando con el desarrollo de lo que se ha dicho acerca del mal. Se expondrán sus definiciones, su clasificación, los distintos tipos de mal, sus posibles causas y eventuales respuestas de cómo afrontarlo. A su vez, se dedicará mayor esfuerzo a exponer y cuestionar las ideas de Leibniz expresadas en su Teodicea. Por último, se pondrán algunos ejemplos actuales del optimismo leibniziano.

El tercer capítulo tratará acerca de las palabras y silencios desde la teología. Allí, desde la perspectiva de fe, se plantearán los cuestionamientos antes expuestos de cara a Dios. Se indagará en las imágenes falsas de Dios para descubrir al verdadero. Además, se revisarán las imágenes de Dios presentes en el Antiguo y Nuevo Testamento. Se tratará a su vez el origen teológico del mal y el desarrollo posterior de las teorías judeocristianas. Se continuará con la presentación de Jesucristo como respuesta de Dios frente al mal y su pedagogía frente al dolor humano. Luego veremos lo que llamaremos el «plan A» y el «plan B» de Dios, el combate del mal con y sin Dios y se cuestionará la semejanza del sufrimiento de Cristo con el de los niños. Y finalmente, se expondrán las ideas de San Juan Pablo II expresadas en su carta apostólica *Salvifici Doloris*.

En el último capítulo se presentarán las respuestas de una enfermera frente al mal expresado en el sufrimiento de los niños, como puente entre la teoría y la praxis de la vida. Para finalizar y a modo de conclusión se expondrán palabras y silencios finales.

Esta cuestión está llena de palabras que pueden encerrar ciertas verdades, pero son muchos más los silencios que esconde. Es finalidad de este trabajo decir lo que se pueda decir, pero todavía más, dar a conocer sus silencios. Silencios cargados de amor, de preguntas, de expectación, y quizás aún más tiernamente, de la incesante búsqueda humana de sentido.

Capítulo I

El sufrimiento y la muerte de los niños como manifestación del mal físico.

La filosofía continuamente se hace eco en los pasillos y salas de los hospitales. Los pacientes y sus familias son grandes filósofos que en la intimidad del día a día plantean las grandes preguntas. Esas preguntas que han sido estudiadas por grandes pensadores a lo largo de la historia, esas que son difíciles de responder o que directamente no tienen respuesta. Una de ellas, que sigue atravesando los siglos, es la pregunta por el mal. ¿Cuál es su origen? ¿Cuál es su causa? Y surgirá inevitablemente otra pregunta relacionada a ésta: ¿Puede existir un Dios bueno en un mundo lleno de sufrimiento? Tan punzante es esta cuestión que Carlos Beorlegui afirma en su libro *Antropología Filosófica* que «es precisamente la experiencia del mal la que ha despertado la capacidad de pensar del ser humano, preguntándose por la naturaleza del mal y su sinsentido»².

Al ver sufrir a un niño, o incluso si la criatura muere, sus padres inevitablemente confrontarán al personal de salud con la siguiente pregunta: ¿por qué? Es la pregunta que todos quieren evitar, que todo profesional huye porque se queda indefenso. La respuesta más fácil es la científicista, en la que caemos muchas veces para refugiarnos y no enfrentar lo que realmente esos padres están queriendo saber. Así es como la ciencia puede responder que tuvo una hemorragia intracraneal, o un paro cardiorrespiratorio, o que entró en shock séptico. No es eso lo que quiere saber un padre al que se le acaba de morir su hijo. Es mucho más que eso. La pregunta ¿por qué? interpela, nos deja en silencio. Está yendo a un lugar mucho más profundo: el sentido³.

Considero que es un asunto en primer lugar extremadamente filosófico, antes que científico e incluso teológico. La filosofía en su vocación más profunda intenta responder por el sentido de las cosas. Esa originalmente fue su raíz, raíz que fue perdida en cierta forma por la modernidad.

«La tecnificación biomédica de la segunda mitad del siglo XX ha llevado a considerar a la ciencia omnipotente. Esto ha influido en las instituciones sanitarias y en el personal de salud, y ha llevado a cambios en las conceptualizaciones de salud, enfermedad y muerte. La

² Beorlegui, Carlos, *Óp. cit.*, pág. 513.

³ Clases del profesor Antonio Sánchez Orantos «Dios, Hombre y Mundo en el pensamiento Metafísico», Universidad Pontificia Comillas, Martes 23 de Enero, 2024.

tecnificación de las unidades de cuidados intensivos dirigidas a revertir enfermedades graves ha priorizado el aspecto biológico de la persona, deshumanizando la medicina»⁴.

Para respuestas científicas está la ciencia, que ya se ha encargado de elaborar explicaciones muy racionales. Ahora bien, ¿qué pasa con la pregunta por sentido? ¿La filosofía quiere y puede responderla? Tengo la esperanza de que sí.

¿Qué es la vida? ¿Qué es la muerte? ¿Por qué vivimos? ¿Por qué morimos? ¿Dios existe? Y si existe, ¿por qué sufrimos? Podría decirse que éste es uno de los problemas más complejos y profundos a los que se enfrenta la filosofía. A causa de él muchos hombres se rebelan ante sus sistemas filosóficos, éticos y sobre todo religiosos. Es una de las grandes causas por las que los individuos abandonan a Dios, por culpa del sufrimiento, y dentro de él, el más terrible: el sufrimiento de los niños. ¿Se puede seguir creyendo en un Dios bueno y omnipotente luego de haber perdido a un hijo, de haberle visto sufrir? ¿Es posible que Dios nos envíe estos males, cómo tan comúnmente se dice, para sacar cosas buenas?

Y más preguntas, ¿qué es el mal? ¿De dónde viene? Si Dios es la causa de todo, ¿es posible que sea la causa del mal? Y si no lo es, ¿por qué no lo evita? ¿Puede encontrarse sentido al mal? Estas y tantas otras preguntas pueden surgir en el corazón de cualquier ser humano que se interroga por el mal y por Dios, independientemente si el individuo es creyente o no creyente, ya que negar a Dios no implica resolver el problema del mal. «El mal es sin duda el problema más grave que nos presenta la experiencia humana. Negar la existencia de Dios no basta para resolverlo, y admitirla tampoco significa, sin más, la solución de todas las dificultades»⁵.

Se hace nuestro el cuestionamiento de Iván a su hermano Alioscha, en la novela de Dostoyevski *Los hermanos Karamazov*. ¿No representa al hombre de todos los siglos preguntándole a Dios cómo es esto posible?

«Se dice que todo esto es indispensable para que en la mente del hombre se establezca la distinción entre el bien y el mal. ¿Pero para qué queremos esta distinción diabólica pagada a tan alto precio? Toda la sabiduría del mundo es insuficiente para pagar las lágrimas de los

⁴ Garaycochea Cannon, Virginia, “Cuidados intensivos y cuidados paliativos pediátricos: ¿complementarios o excluyentes?”, en: *Revista Iberoamericana de Bioética*, nº 18 / 01-14, 2022, pág. 2.

⁵ Pérez Ruiz, Francisco, *Metafísica Del Mal*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 1982. pág. 19.

niños. No hablo de los dolores morales de los adultos, porque los adultos han saboreado el fruto prohibido. ¡Que el diablo se los lleve! ¡Pero los niños...!»⁶.

Karl Jaspers, médico psiquiatra y filósofo del siglo veinte, sostenía que existen tres razones que nos pueden llevar a hacer filosofía. La primera es el asombro, razón de la que nace toda la filosofía antigua y medieval. La segunda es la duda, que podemos asociarla con toda la filosofía moderna cartesiana y post cartesiana. Y por último, la tercera razón dice Jaspers, es la experiencia de situaciones límite. «En la vida corriente huimos frecuentemente ante ellas cerrando los ojos y haciendo como si no existieran»⁷. Nadie quiere sufrir, y eso está bien, no obstante, existen numerosas actitudes que el hombre puede adoptar: desesperar, huir, o enfrentar.

«En las situaciones límite, o bien hace su aparición la nada, o bien se hace sensible lo que realmente existe a pesar y por encima de todo evanescente ser mundanal. Hasta la desesperación se convierte por obra de su efectividad, de su ser posible en el mundo, en índice que señala más allá de éste»⁸.

Dicho todo esto, la experiencia de la muerte de un niño y del sufrimiento inocente debe movernos a hacer filosofía. No podemos ser ajenos a éste mal que nos atraviesa. La filosofía debe estar al servicio del hombre y no ser ajena a sus crudas realidades. La humanidad pide una filosofía de «carne y hueso», como decía Unamuno, que se encargue de la vida y se encarne en la vida, ocupándose de los asuntos que inquietan el vivir de los hombres. Don Miguel clamaba por una filosofía que baje a la tierra, que se sienta y se viva, una filosofía de «carne y hueso» para hombres de «carne y hueso». Este problema que planteamos no es solo un planteo filosófico abstracto sino que impacta directamente en la vida de las personas. Son rostros de niños que día a día sufren injustamente y mueren, son los padres de aquellos niños que no encuentran respuestas a sus muchas preguntas, es el personal de salud que vive expuesto a ésta desgarradora realidad y también se cuestiona *por qué*.

«Cada día se producen aproximadamente 6.400 muertes de recién nacidos, lo que representa casi el 47% de todas las muertes de niños menores de 5 años»⁹.

⁶ Dostoyevski, Fiódor M., *Los Hermanos Karamazov*, Alianza Editorial, España, 2011, pág. 244

⁷ Jaspers, K. *La Filosofía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1953, pág. 16.

⁸ *Ibid.*, pág.18

⁹ «Child Mortality and causes of death». *World Health Organization*. URL: <https://www.who.int/data/gho/data/themes/topics/topic-details/GHO/child-mortality-and-causes-of->

«Se estima que en 2019 murieron 5,2 millones de niños menores de cinco años, en su mayoría por causas evitables y tratables. Las defunciones de niños de 1 a 11 meses de edad representaron 1,5 millones de esas muertes, mientras que las de niños de 1 a 4 años de edad ascendieron a 1,3 millones. Las restantes 2,4 millones de defunciones fueron de recién nacidos (menos de 28 días). Además, en 2019 murieron 500 000 niños mayores (5 a 9 años)»¹⁰.

Esos números espantan a cualquiera. La fría estadística está obviando el nombre y el rostro de millones de niños menores de cinco años, menores de un año y de recién nacidos muertos. Niños con padres, hermanos, abuelos, tíos y primos. No obstante, muchas de las causas por las cuales mueren los niños de la humanidad son prevenibles. De hecho, la gran mayoría podría asociarse al continente en que viven. Además, es importante recordar que las estadísticas son números y que cientos de miles de niños escapan a éstas encuestas porque no están registrados. Ahora bien, dentro de las estadísticas hay un porcentaje dentro de las causas que no es prevenible y que no se asocia a la injusticia humana. Pueden ser ejemplo de esto las malformaciones congénitas, las enfermedades metabólicas, las leucemias, los tumores, las complicaciones del parto, los accidentes de tránsito o por ahogamiento, entre otros.

Particularmente en España, según el Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad la tasa de mortalidad neonatal en 2017 fue de 1,8 por 1000 nacidos vivos y la tasa de mortalidad perinatal (muertes fetales tardías y fallecidos en la primera semana de vida) fue de 4,5 por 1000 nacidos vivos¹¹. Lo que vemos con estos números es que es un problema real, que ven las instituciones de salud y los gobiernos. ¿Y la filosofía lo ve? ¿Dónde está?

Puede decirse que el peor dolor que alguien puede atravesar en esta vida es la muerte de un hijo. Escalas afirman que el fallecimiento de un hijo o del cónyuge representan las circunstancias más estresantes que pueden atravesarse en la vida¹². No es natural que un padre entierre a un hijo. ¿Quién acompaña este dolor? ¿Qué respuesta damos frente a lo más doloroso que alguien puede vivir? ¿Por qué no se habla sobre esto? ¿Por qué evitamos tocar el

[death#:~:text=The%20total%20number%20of%20under,1990%20to%2038%20in%202021](#). Accedido el 15/04/2024.

¹⁰ «Children: improving survival and well-being». *World Health Organization*. 2020. URL: <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/children-reducing-mortality>. Accedido el 15/04/2024

¹¹ Martín-Ancel, A., Mazarico, E., *Afrontar el final de la vida cuando la vida empieza: cuidados paliativos perinatales*. Revista Iberoamericana de Bioética nº 18 / 01-11, 2022. pág. 3.

¹² Peiró Ballestín G. y Col., “El duelo en la pérdida de un hijo”, *SEOM Servicio de Oncología Médica. Consorcio Hospital General Universitario Valencia, DUELO EN ONCOLOGÍA*, pág. 86. URL: <https://seom.org/seomcms/images/stories/recursos/sociosyprofs/documentacion/manuales/duelo/duelo09.pdf> Accedido el 16/03/2024.

tema? Quizás porque no sabemos dar una respuesta. El dolor inocente es un dolor que pesa en los corazones de los que lo viven y hace surgir en ellos grandes interrogantes.

Tal es el impacto que genera en la sociedad que las estadísticas acerca de los que viven la muerte de un niño preocupan. Estudios concluyen que frente al fallecimiento de un hijo, los padres tienen un mayor riesgo de divorcio. Otras de las graves consecuencias de la pérdida de un hijo son la aparición de problemas de salud mental, como ansiedad generalizada, crisis de angustia y depresión durante el primer año de la pérdida, asociadas a su vez con el aumento del abuso de alcohol y fármacos. A su vez, la presencia de un duelo patológico se da en un 10 a 34% de los casos. También, dicha pérdida, produce un aumento del riesgo de muerte por eventos cardíacos o suicidio. Y por último, la pérdida de un hijo genera la necesidad, por parte de los padres en duelo, de apoyo sanitario en un 80% de los casos. Además, generalmente se produce una pérdida de relaciones sociales, incluidas las familiares, amistades, laborales y religiosas¹³. Por otro lado, en materia de fe, ¿cuántos dejan de creer en Dios, o viven enfrentados contra el ser que arrebató a su niño de sus manos? Pues lamentablemente muchos.

Desde el punto de vista de los cuidadores, se puede decir que es una de las principales causas del síndrome de burnout en el personal de salud que trabaja en sectores expuestos a la muerte de los niños, como oncología pediátrica y Unidades de Cuidados Intensivos Pediátricos¹⁴¹⁵.

Otro aspecto interesante para reflexionar es la carencia de Cuidados Paliativos Pediátricos, que podrían ser una gran herramienta para combatir lo que estamos describiendo. «Se estima que en España son candidatos a recibir cuidados paliativos pediátricos unos 25.000 niños, aunque la realidad es que solo entre el 15% y 20% de estos los reciben de forma efectiva»¹⁶. ¿Por qué tan solo 2 de cada 10 niños que requieren cuidados paliativos los reciben? Entre otras posibles causas, ¿será que nadie quiere enfrentar esta tragedia?

¿Qué son los cuidados paliativos pediátricos? «Los cuidados paliativos pediátricos rescatan la integralidad del ser humano y proporcionan cuidados apropiados y

¹³ *Ídem.*

¹⁴ Pradas Hernandez, Laura, *Niveles y factores de riesgo de burnout en profesionales de enfermería en el área de pediatría*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada, pág. 79. URL: <https://digibug.ugr.es/bitstream/handle/10481/73161/89288%281%29.pdf?sequence=4&isAllowed=y>.

¹⁵ Paula Vega V. y Col. “Relación entre apoyo en duelo y el síndrome de burnout en profesionales y técnicos de la salud infantil”, en: *Revista chilena pediatra*, vol.88, n° 5, 2017, pág. 614.

¹⁶ “69 Congreso de la Asociación Española de Pediatría” *Asociación Española de Pediatría*. Actas impresas. 01/06/2023. URL: <https://www.aeped.es/noticias/los-cuidados-paliativos-pediaticos-solo-llegan-entre-15-y-20-los-menores-que-los-necesitan>. Accedido el 16/03/2024.

respetuosos, acordes a la dignidad de la persona, especialmente al final de la vida, lo que constituye una propuesta humanizadora»¹⁷. Ellos consisten en la prevención y el alivio del sufrimiento físico, emocional, social y espiritual, no solo del niño o adolescente que lo padece sino también de su familia, frente al diagnóstico de una enfermedad potencialmente mortal o crónica limitante. Su objetivo es proporcionar bienestar y tratar los síntomas asociados a la enfermedad. Es importante resaltar que no solo se recurre a ellos en casos de terminalidad o enfermedades que amenazan la vida sino también en enfermedades limitantes. Son beneficiosos para enfermedades crónicas y/o degenerativas como parálisis cerebral infantil severa, enfermedades neurodegenerativas, cardiopatías congénitas complejas, VIH-sida, enfermedades metabólicas, fibrosis quística, malformaciones congénitas graves y ciertas alteraciones cromosómicas.

Los equipos de cuidados paliativos están formados por pediatras, médicos, enfermeros, psicólogos, trabajadores sociales, terapeutas, nutricionistas y voluntarios, entre otros¹⁸. Si la filosofía se uniera a estos equipos el provecho sería maravilloso. Los equipos de cuidados paliativos pediátricos están en pañales. ¡Cuánto necesitarían de una «madre filosofía» para crecer fuertes!

Pero volviendo a nuestro tema, ¿dónde está la filosofía en todo esto? ¿Dónde está la filosofía de «carne y hueso» por la que clamaba Unamuno? La filosofía de «carne y hueso» que se encarga de los verdaderos problemas del hombre, que se hace cargo, que asume los problemas reales de la vida humana.

Se podría argumentar que el sufrimiento, las enfermedades y la muerte de los inocentes son consecuencias de la libertad humana. En parte puede ser cierto ya que lo que se denomina mal moral, asociado a la libertad, es la causa de la gran mayoría de los sufrimientos (males físicos) presentes en el mundo. Se ve claramente en las consecuencias devastadoras de las guerras, dónde mueren cientos de miles de niños, y otros padecen secuelas derivadas de ellas. ¿Cómo no reconocer que el mal moral origina las terribles hambrunas, causadas por la injusticia social, que generan altísimos niveles de desnutrición infantil, desencadenando enfermedad y muerte?

¹⁷ Garaycochea Cannon. Virginia. *Óp. Cit.*, pág. 2.

¹⁸ «Módulos sobre Cuidados Paliativos Pediátricos», *Organización Panamericana de la Salud*, 2021, URL: https://iris.paho.org/bitstream/handle/10665.2/55219/OPSNMHNVCvn1210040_spa.pdf?sequence=1&isAllowed=y. Accedido el 15/04/2024.

«Los niños malnutridos, en particular los que padecen malnutrición aguda grave, corren mayor riesgo de defunción por enfermedades comunes de la infancia tales como la diarrea, la neumonía y el paludismo. Los factores relacionados con la nutrición influyen aproximadamente en el 45% de las defunciones de niños menores de cinco años»¹⁹.

Otro ejemplo, muy común en Argentina, es el de los múltiples casos de malformaciones congénitas causadas por el contacto con agroquímicos de las poblaciones rurales, donde son los más pequeños los que pagan el costo de los ingresos millonarios de las grandes empresas del campo. Y se podrían seguir enumerando muchos ejemplos de sufrimiento inocente causado directamente o indirectamente por el hombre. Sin embargo, no es esta la pregunta en la cual vamos a sumergirnos, por más que también haya mucho que pensar en ella.

«Por mucho que se pueda responsabilizar a los humanos de muchos males, y es una responsabilidad cierta y adecuada, hay otros muchos males que le superan»²⁰. Estos males son los que buscaremos alcanzar, los denominados males físicos, en los cuales la libertad humana no tiene injerencia de causa. No son responsabilidad de los humanos las grandes tragedias naturales o las deficiencias graves con las que nacen muchos niños. Parece inevitable el hecho de que el mal físico esté ligado de una forma natural a la finitud. Ahora bien, queriendo limitar aún más el objetivo de este escrito, lo reduciremos a uno de los múltiples problemas que puede presentar el mal físico y este es el sufrimiento inocente, el sufrimiento de los niños. Puede que «mi argumentación quede reducida a una décima parte, pero vale más así»²¹, como diría el escritor ruso.

¹⁹ «Children: improving survival and well-being». *World Health Organization*. 2020. URL: <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/children-reducing-mortality> Accedido el 15/04/2024.

²⁰ Beorlegui, Carlos. *Óp. Cit.* pág. 522.

²¹ Dostoyevski, F. *Óp. Cit.*, pág. 240.

Capítulo II

Palabras y silencios desde la filosofía

II. 1. El trilema de Epicuro

Comenzaremos a tratar la cuestión del mal desde una perspectiva filosófica. Iniciaremos con una incógnita, una aparente paradoja u aporía. Una aporía se define como una contradicción en el plano de la lógica. Y en lo que respecta a nuestro tema, encontramos una que ha trascendido los siglos. Introduciéndonos en nuestro problema, nos encontramos desde la antigüedad con el famoso trilema o pseudo cuatrilema que Lactancio en *De Ira Dei* le atribuye a Epicuro. Se han formulado luego muchas reversiones de él dentro de la filosofía y la teología pero veamos primero la original que dice así:

«Dios o quiere suprimir los males y no puede, o puede y no quiere, o ni quiere ni puede, o quiere y puede. Si quiere y no puede, es débil, lo que no cabe en Dios; si puede y no quiere, es envidioso, lo que igualmente es ajeno a Dios; si ni quiere ni puede, es envidioso y débil, y por esto no es Dios; si quiere y puede, lo que es acorde sólo a Dios, ¿de dónde provienen los males o por qué no los suprime?»²².

Boecio lo formula de otro modo y también se lo atribuye a Epicuro, citando a Lactancio en su obra *Consolación de la Filosofía*: «Si Dios existe, ¿de dónde provienen los males? Por otra parte, ¿de dónde proceden los bienes, si Dios no existe?»²³. Otros autores modernos, como por ejemplo Albert Camus, lo siguen planteando en sus obras, en su caso haciendo referencia también a la cuestión de la libertad. En *El Mito de Sísifo* el francés lo reversiona de la siguiente manera: «O bien no somos libres y entonces el Dios omnipotente es responsable del mal; o somos libres y responsables y Dios no es omnipotente»²⁴. En *Antropología Filosófica*, Carlos Beorlegui citando a Joshua, J.P. también plantea lo mismo hablando del origen del mal en la creación de Adán, el primer hombre:

«Si Dios ha previsto el pecado de Adán y no ha tomado las medidas debidas para evitarlo, le falta buena voluntad con respecto al hombre (...) Si ha hecho todo lo posible para impedir la caída del

²² Lactancio, *Sobre la Ira de Dios, Traducción del latín al español, introducción y notas Marcela Islas Jacinto*, UNAM, México, 2020, 120-121, pág. 97.

²³ Boecio, *La consolación de la filosofía. Introducción, traducción y notas de Pedro Rodríguez Santiadrán*, Alianza Editorial, Madrid, 1999, I.4, pág. 45.

²⁴ Camus, Albert, *El Mito De Sísifo; El Hombre Rebelde*, Losada, Buenos Aires, 1967, pág. 74.

hombre y no ha podido lograrlo, no es todopoderoso, como suponíamos».²⁵

Y podríamos seguir citando reversiones del trilema. Muchísimos pensadores han planteado la famosa paradoja para exponer sus suposiciones. Aún hoy sigue resonando fuerte en la mente y en los corazones de los hombres. ¿Por qué? Pues porque en él se pone en tela de juicio la bondad de Dios y su omnipotencia. Si Dios fuera bueno no querría que suframos, y si además, todopoderoso, quitaría de la humanidad la espina del dolor. ¿Por qué no lo hace entonces? ¿O por qué no lo evita directamente? A juicio del citado trilema pues porque o no es tan bueno o no es suficientemente poderoso. Es riesgoso afirmar una o la otra cosa a la hora de hablar de Dios. ¿Puede haber mal y Dios seguir conservando sus atributos de bondad y poder? Aparentemente no es lógico afirmar algo así. Es un callejón sin salida.

Nos dice Agustín Echavarría que frente al trilema planteado se pueden establecer conclusiones apodícticas o de probabilidad, con argumentos deductivos o inductivos. Los deductivos son los que quieren demostrar que la existencia de Dios es totalmente incompatible con cualquier tipo de mal. Por el otro lado, los argumentos inductivos son aquellos que sostienen que la existencia del mal no hace imposible la existencia de Dios, es una evidencia en su contra pero no basta para negar su existencia²⁶.

Ahora bien, ¿es el mal un asunto de lógica, de silogismos? Existe en estas premisas un razonamiento que clama por coherencia lógica, respetando al principio de no contradicción. ¿Puede ser un Dios todopoderoso y bueno, causa de todo, y ser causa del mal a la vez? ¿Qué nos dice la lógica? Veamos las premisas: Dios es causa de todo lo existente. El mal existe. Por tanto, Dios es causa del mal. ¿Pueden coexistir un Dios todopoderoso, absolutamente bueno y la existencia del mal? Racionalmente pareciera que no pueden convivir los tres, no hay coherencia. Dice Paul Ricoeur en *El Mal un Desafío a la Filosofía y a la Teología* que «la tarea de pensar - sí, de pensar a Dios y de pensar el mal ante Dios- puede no agotarse con razonamientos que, cómo los nuestros, responden al principio de no contradicción y a nuestra tendencia a la totalización sistemática»²⁷. Hay una invitación aquí a salir de nuestro sistema de pura lógica, y no encerrar en nuestra razón acotada palabras tan grandes como Dios, Bien,

²⁵ Beorlegui, Carlos. *Óp. Cit.*, pág. 522.

²⁶ Echavarría, Agustín, «El problema del mal», en: *Diccionario Interdisciplinar Austral*, editado por Claudia E. Vanney, Ignacio Silva y Juan F. Franck, 2017, URL: http://dia.austral.edu.ar/El_problema_del_mal. Accedido el 30/05/2024.

²⁷ Ricoeur, Paul, *El Mal Un Desafío a La Filosofía Y a La Teología*, Amorrortu, Buenos Aires, 2006, pág. 22.

el concepto de Todopoderoso y el mal. Veremos más adelante la respuesta cristiana al famoso trilema con el que nos introducimos al problema del mal.

II. 2. Pluralidad de propuestas - ¿Qué es el mal?

Existen diferentes propuestas y teorías frente al enigma del mal. Se lo ha intentado explicar a lo largo de la historia desde distintos ángulos y perspectivas. A su vez, podemos decir que es una de las cuestiones centrales, ineludibles, de la filosofía. Intentaremos introducir el tema con una breve descripción cronológica de lo que se ha dicho acerca del mal. Es un hecho que prácticamente todo autor de relevancia ha dicho algo sobre él. Aquí lo trataremos a través de algunos de los autores más relevantes de la época antigua, medieval, los modernos y algunos contemporáneos. Los que nombraremos a continuación son tan solo algunos de los tantos que han tratado la cuestión del mal a lo largo de la historia. No es finalidad de este trabajo profundizar demasiado en cada uno sino hacer una descripción genérica de las posibles definiciones y características del mal, sus posibles orígenes, su clasificación, la evolución de su concepto. Considero sumamente importante conocerlas ya que hoy siguen vigentes muchas de estas ideas e incluso puede que encontremos vestigios en nosotros de las que aparentemente no creeríamos aceptar.

Si comenzamos en orden cronológico, quisiera nombrar en primer lugar a la escuela conocida como hedonismo o epicureísmo, cuyo referente principal fue el ya nombrado Epicuro. Para esta corriente el bien supremo es el placer y procura la ausencia total de dolores. Su máxima se traduce en la famosa frase que citará San Pablo de «comamos y bebamos, que mañana moriremos»²⁸ o en el también conocido *carpe diem* de Horacio. Toda la vida se analizará desde esta perspectiva: mayor placer y evasión del sufrimiento. El sufrimiento es la experiencia que tenemos como seres humanos del mal. Si esto es así, para esta mirada, el dolor debe anularse, se debe anestesiar todo sufrimiento físico y del alma. El mal debe anestesiarse.

Prosiguiendo nuestro análisis, el estoicismo, que ha resurgido y está muy vigente hoy en día sostiene que el bien supremo y la felicidad radican en la virtud entendida como autocontrol e impasividad, es decir, extirpando las pasiones. La máxima de vida estoica es la imperturbabilidad y el dominio de sí. ¿Y qué pasa con el mal? Decía Marco Aurelio que había que procurar ser rocas imperturbables contra las que se estrellan los embates de las olas del

²⁸ 1 Cor. 15,32

mar. Se trata, en ésta visión del mundo, de un entrenamiento continuo de la voluntad para conquistar el autodomínio, a fin de que no haya sorpresas ante las eventualidades de la vida. La felicidad llega luego de este entrenamiento. El estoicismo es una sabiduría práctica que nace del interior y es camino para la tranquilidad del espíritu. Su actitud es la de una serena voluntad ante cualquier circunstancia externa o interna, que no cede a los instintos ni pasiones. A su vez, se trata de un ascetismo moral, donde las emociones son suprimidas²⁹. Me pregunto si anular las emociones no implica anular todo. ¿Si quito el dolor, no quito inevitablemente con él la alegría? Es inevitable bloquear sólo el aspecto negativo. Hacerlo conlleva necesariamente bloquear lo positivo también. Consecuentemente se logra no sentir el dolor de una pérdida, por ejemplo, pero se perderá obligatoriamente la alegría inconmensurable de, por ejemplo, tener un hijo. Se corre el riesgo de una vida lineal y apática, sin grandes dolores y sin grandes alegrías. Pareciera conformarse el estoicismo con una «felicidad» a medias, negociada, para no sufrir. Hará frente al mal tratándolo con indiferencia, y a través de dicha indiferencia el hombre es capaz de ser feliz.

Tenemos luego a Platón, para quien el mal no es algo externo al ser humano sino que es una realidad y por lo tanto puede ser comprendido y evitado. A diferencia de los poetas de la antigüedad que a través de sus escritos y mitos daban a entender que el mal provenía de los dioses, Platón opta por negar la responsabilidad divina en ello diciendo que la divinidad solo causa el bien³⁰. Y como el mal puede ser comprendido y evitado depende de la libertad, que a su vez está condicionada por el conocimiento. «En este sentido, se debe reconocer que el mal no está personificado, unívocamente, pues atañe a ciertos factores que rompen el Orden, el Bien, al ser el mal una dimensión posible de las verdades»³¹. Vemos como en Platón no hay bien y mal, para él, solo es bien. Por lo tanto, el mal no puede existir en la realidad puro sino únicamente mezclado con bien. A su vez, podemos ver como en su teoría de las ideas, la materia parece degradar lo espiritual. El mal en Platón podría decirse que tiene origen en la materia.

Más adelante pero todavía antes de Cristo, Plotino, neoplatónico, adhiere a la idea algo estoica de que el mal es algo «para nosotros» ya que engendra bienes. Plotino a su vez

²⁹ Cortina Orts, Adela. *10 Palabras Claves En Ética*, Verbo Divino, Navarra, 1994, págs. 101-153.

³⁰ Maurette, Pablo, *El problema del mal en la filosofía de Plotino*, Universidad de Buenos Aires, 2003, pág. 11.

³¹ Hernández, Silvestre Manuel, “Notas sobre la configuración del mal en Platón”, en: *Revista de Filosofía*, 26(60), 2008, 7-25. URL: http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0798-11712008000300001&lng=es&tlng=es. Accedido el 14/05/2024.

identificará al mal con la materia. «La materia es, de esta manera, causa de la debilidad y del vicio en el alma. Ella es, por lo tanto, en sí misma y en primer lugar, y el Primer Mal»³².

Es curioso como la principal actitud frente al mal de la antigüedad es la de evitarlo, ignorarlo, sublimarlo o directamente no darle entidad. Es una actitud resignada, que da fuerza al mal, ya que éste se convierte en inevitable. O aún más, no se puede combatir pues no existe. Es Plotino uno de los primeros en formular el origen del mal en la materia, que luego se describirá como mal metafísico.

Con la cristiandad surgen grandes filósofos y teólogos que han tratado la cuestión del mal. En *Preguntarse por Dios es Razonable*, Carlos Díaz desarrolla más hondamente la patrística y su evolución en la definición de mal. Tomando el ya citado trilema de Epicuro, San Metodio, obispo de Olimpia, que vivió en el año 311, se pregunta si Dios al haber creado todo, puede haber creado también el mal. En este caso Dios no sería bueno. O habría que decir con los gnósticos que la causa del mal es una materia eterna que no tiene a Dios como autor, quitándole a Dios su atributo de absoluto. Su conclusión es que Dios no puede haber hecho el mal y que el mal no es una sustancia -ousía-. San Gregorio de Nisa, San Atanasio y San Basilio resuelven lo mismo³³.

«No vayas a suponer que Dios es causa de la existencia del mal, ni a imaginarte que el mal tiene una subsistencia propia, *hypóstasis*. La perversidad no subsiste como si fuera algo vivo; no podrá nunca ponerse ante los ojos su substancia, como existiendo verdaderamente (ousía), porque el mal es privación (stéresis) del bien»³⁴.

Continuando con los padres latinos, San Ambrosio en el año 387 escribe: «¿Qué es el mal sino la indigencia de un bien?»³⁵. Ahora bien, ¿qué tenemos hasta aquí? San Metodio parece ser uno de los primeros Padres de la Iglesia que entiende que Dios no puede ser el autor del mal. A su vez, el mal tampoco puede tener una entidad propia, no puede ser sustancia. Coinciden con él San Gregorio, San Atanasio y San Basilio, por lo que se concluye que el mal es *privación*. Siguiendo esta línea San Ambrosio lo definirá como *indigencia de un bien*. Luego será el gran San Agustín quien siga reforzando el concepto de mal como *privación de un bien*, en la que siglos más tarde Santo Tomás de Aquino también descansará.

³² Maurette, Pablo. *Óp. Cit.*, pág. 36.

³³ Díaz, Carlos, *Preguntarse Por Dios Es Razonable: Ensayo De Teodicea*, Encuentro, Madrid, 1988, pág. 459.

³⁴ *Ídem*.

³⁵ *Ídem*.

Existe, empero, cierta polémica con algunas afirmaciones de los Padres de la Iglesia, como aquella donde Dios parece necesitar del mal para manifestarse, u otras como que sin el mal nunca hubiéramos experimentado el bien:

«Supongamos un mundo sin finitud (mal metafísico), e incluso sin dolor físico resultante de la ausencia del bien debido, así como sin maldad humana (mal moral) producto de la aviesa voluntad: ¿No nos hubiéramos perdido entonces la añoranza de lo divino? (...) ¿Se preguntaría el hombre por Dios en un Edén terrenal? ¿Evitaría auto endiosarse?»³⁶.

En situaciones concretas, resuena fuerte la expresión de San Basilio en la que define al mal como un entrenamiento del alma, como un gimnasio: «El mal físico posee función probatoria al preservar de males peores y purificarle cual gimnasio de nuestras almas»³⁷. ¿Cómo se le explica a alguien que ha sufrido que Dios lo hace para entrenar su alma?

San Agustín es uno de los que más y mejor ha tratado nuestro asunto. Quisiera detenerme un poco más en él, ya que da respuesta a otra corriente muy fuerte sobre el mal, el maniqueísmo, que formaba parte de los debates de su tiempo, en la que el mal era considerado como una fuerza equivalente y opuesta al bien. El maniqueísmo «bebe del dualismo zoroástrico-mazdeísta persa, que considera la existencia de dos principios divinos: Ahura-Mazda u Ormuz, Principio del Bien, y Ahrimán, Principio del Mal»³⁸. Agustín sostiene la bondad de las todas las cosas creadas por Dios y afirma que es el pecado el que ha introducido el mal en el mundo, como consecuencia de la libertad humana.

«Si nadie en el mundo hubiera pecado, estaría éste lleno y hermoñado sólo de naturalezas buenas; pero ya que tuvo lugar el pecado, no por eso está todo lleno de pecados; así como entre los celestiales (los ángeles) un número inmensamente mayor de los buenos conservó el orden de su naturaleza»³⁹.

La definición de mal que da Agustín es la de aquello que está privado de bien, lo que tiene «menos bien», por ende si no hay bien alguno, hay «nada»:

³⁶ Carlos Díaz Óp. *Cit.*, pág. 470

³⁷ *Ibid.* pág. 471.

³⁸ Cantera Montenegro, Santiago. O.S.B., “San Agustín y la Presencia del mal en la Historia”, en: *Espíritu: cuadernos del Instituto Filosófico de Balmesiana*, Año 61, nº. 144, 2012, pág. 230.

³⁹ Agustín de Hipona, *La Ciudad de Dios*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1958, XI, 23, pág. 754.

«La privación de todo bien equivale a la nada. Por lo tanto, mientras algo existe, es bueno. Así, todo lo que es, es bueno, y el mal cuyo origen buscaba no es una substancia, pues si fuera substancia sería buena. O bien sería substancia incorruptible, y por eso un gran bien, o substancia corruptible, que no lo sería si no fuera buena»⁴⁰.

Él es el primero en clasificar al mal en mal de culpa y mal de pena, haciendo la distinción entre hacer un mal, provocarlo, y padecerlo, sufrirlo. Y en base a esta clasificación dirá que es impropio adjudicar a Dios la autoría del mal moral, y que el mal de pena es consecuencia del mal de culpa, es decir, es un padecer que el hombre sufre por su propio pecado.

Agustín hace otra interesante aclaración de que no es cualquier privación la que constituye un mal, sino una inconveniencia enemiga de la sustancia. Pondrá el claro ejemplo del veneno del escorpión, que resulta mortal para nosotros y que por ende experimentamos como un mal, pero no sucede así para el escorpión, al cual dicho veneno le representa un bien ya que es algo que le es propio a su sustancia⁴¹. Concluye Agustín en que el mal es la privación de un bien, sentando las bases a San Anselmo, quien luego formulará la definición de mal como la *privación de un bien debido*.

Luego los que seguirán desarrollando estas cuestiones son, entre otros, San Buenaventura, quien siguiendo esta línea dirá que el mal, considerado como pecado, es el hecho de que el hombre hiciera algo a causa de sí y no a causa de Dios. Santo Tomás de Aquino, a quien desarrollaremos a continuación, se convertirá en palabra de autoridad para la Iglesia en materia de filosofía y teología.

Ferrater Mora distinguirá dos tradiciones dentro de la patrística⁴². Por un lado la griega, que da más fuerza al aspecto metafísico del mal, señalándolo como una mácula en la creación, como carencia y privación. Y por otro lado, la patrística latina que lo analizará desde un ángulo religioso moral, considerándolo como una manifestación del pecado. En esta escuela, se lo define como una privación determinada de un cierto bien. Esta última definición será adoptada por la escolástica, especialmente por Santo Tomás de Aquino. El Aquinate realiza una importante aportación declarando que el mal es privación, como antes se había

⁴⁰ San Agustín, *Confesiones*, Losada, Buenos Aires, 2005, VII, XII, 18, pág. 192.

⁴¹ San Agustín, *De la verdadera religión. De las costumbres de la Iglesia. Enquiridión. De la unidad de la Iglesia. De la fe en lo que no se ve. De la utilidad de creer / versión, introducciones y notas de los padres Fr. Victorino Capanaga... [et al.]*, La Editorial Católica, Madrid, 1948, II, 7, 11, pág. 373.

⁴² Ferrater Mora, José, *Diccionario de Filosofía*, 3ª Edición, II tomo, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1951, págs. 119-123.

dicho, pero una privación de orden, de un bien debido. También defiende al sujeto que porta aquel mal, diciendo que si éste existe es porque es bueno, es decir, que el mal es inherente a un sujeto bueno. «Por otro lado, puesto que todo lo que es, es (en tanto que participa del ser) algo bueno, el sujeto del cual se predica el mal ha de calificarse (en tanto que es) de bueno»⁴³. Además afirma el doctor de la Iglesia que Dios no es causa del mal. Si lo «permite» -palabra difícil de asimilar- es porque considera que forma parte de los requisitos que imponen el orden, la variedad y la armonía del universo. Esta última definición podría cuestionarse, ya que parece ser el inicio del optimismo leibniziano que ahora veremos. Finalmente concluye que el mal no tiene causa eficiente sino deficiente.

Trataremos en profundidad a G. W. Leibniz en un capítulo aparte, ya que es el padre de la teodicea y aquel que inicia con el optimismo, corriente que ha influido enormemente en la modernidad y también en la actualidad. El primero en reaccionar a su teoría optimista fue Voltaire, autor del siglo XVIII. Otros autores modernos que han tratado la cuestión del mal son Immanuel Kant en su obra *La Religión dentro de los límites de la simple razón* y Hegel en *Fenomenología del Espíritu y Principios de la filosofía del Derecho*. En ambos el mal está ligado a la libertad y la voluntad.

En el siglo XX otros tantos han desarrollado la problemática del mal. Podemos nombrar a Henri Bergson, a Max Scheler, a Jaques Maritain, entre otros. Cito a Carlos Díaz, exponiendo a Maritain, en la línea de Santo Tomás, cuando afirma acerca de realidad del mal que:

« (...) descansa toda ella sobre la realidad de la privación, o de la lepra de la ausencia. El mal existe en las cosas, existe en ellas una mutilación del ser. El mal existe en el bien; dicho de otra manera: el sujeto portador del mal es bueno porque hay ser en él. Y el mal obra por el bien, puesto que el mal, siendo en sí mismo privación o no ser, carece de causalidad propia. El mal es por ende eficaz no por sí mismo, sino por el bien al que hiere y sobre el que actúa como parásito»⁴⁴.

Analizando el párrafo anterior puedo decir que me parecen maravillosamente claras y descriptivas las expresiones que utiliza Maritain para definir al mal. «Mutilación del ser», «lepra de la ausencia» y finalmente la de «parásito». Se extrae de aquí la idea del mal carente

⁴³ *Ídem*.

⁴⁴ Díaz, Carlos. *Óp. Cit.*, pág. 461.

de causalidad propia, su ser es no ser. Es decir, el mal no tiene ser en sí, es un déficit, es la ausencia de ser, el mal *no es*.

Pero parece absurdo decir esto experimentando en carne viva los innumerables tipos de males, que atraviesan y dañan. Decirle a alguien que perdió un hijo que el mal no existe parecería hasta una falta de respeto. Me parece interesante la afirmación de que el mal es más malo tanto en cuanto hiera más al bien, el único que es, es decir, tanto en cuanto destruya al bien que el ser es. Por ende, más malo será aquello que quite mayor bien.

Prosiguiendo el análisis, nos encontramos con autores contemporáneos que continúan tratando estos temas. Algunos de ellos son Vladimir Jankélévitch, Paul Ricoeur y Emmanuel Lévinas. Además, dentro de la literatura filosófica, podemos citar autores como Fiódor Dostoyevski, escritor ruso del siglo XIX, el francés Albert Camus y el inglés C.S. Lewis que también han plasmado la cuestión mal en sus novelas y escritos.

San Anselmo, en su teología de la retribución, presenta un Dios arbitrario que hace que sus hijos sufran las consecuencias de los pecados de sus padres, y que pide a veces el sacrificio de los inocentes para conseguir la satisfacción de los pecados. Autores como Dostoyevski se rebelan frente a esto, en su caso en la voz de Iván Karamazov:

«Ellos también sufren, y mucho, sin duda para expiar la falta de sus padres, que han comido el fruto prohibido... Pero estos razonamientos son de otro mundo que el corazón humano no puede comprender desde aquí abajo. Un ser inocente no es capaz de sufrir por otro, y menos una tierna criatura»⁴⁵.

«Que éste sea culpable de las faltas de sus padres es una cuestión que no pertenece a nuestro mundo y que yo no comprendo. El malintencionado afirmará que los niños irán creciendo y llegarán a la edad de los pecados, pero el chiquillo que murió destrozado por los perros no tuvo tiempo de crecer...»⁴⁶.

Recapitulando un poco, podemos clasificar al mal por los nombres de sus corrientes: estoicismo, meliorismo (doctrina filosófica según la cual el mundo no es por principio ni radicalmente malo ni absolutamente bueno), dualismo, materialismo, espiritualismo, pesimismo, optimismo, entre otros.

⁴⁵ Dostoyevski, Fiódor M., *Óp. Cit.*, pág. 240.

⁴⁶ *Ídem.*, pág. 246.

A modo de resumen final de este apartado, presentaremos el análisis que realiza José Ferrater Mora en su *Diccionario de Filosofía* sobre las teorías del mal⁴⁷, que pueden dividirse en dos grandes grupos. Aquellas en las que el mal se considera parte de la realidad, con mayor o menor identidad y otras tantas en las que el mal se presenta como un principio opuesto al bien, al mismo nivel que éste, con carácter substancial, como veíamos en el denominado dualismo radical presente en el zoroastrismo, maniqueísmo y gnosticismo.

Dentro del primer grupo, en el que el mal es parte de la realidad se pueden distinguir numerosas variantes. En primer lugar aquella en la que el mal es necesario para la armonía universal y sin él la realidad estaría incompleta. Autores de esta escuela pueden ser los estoicos quienes sostienen que el mal es algo «para nosotros» o Plotino cuando dice que los males engendran bienes. Se destacan pensadores modernos como el ya nombrado Leibniz, el poeta inglés Alexander Pope y otros optimistas modernos dentro de este grupo, además de Henri Bergson que sostiene que lo creado impone ciertas condiciones, por lo tanto el mal es un requisito indispensable para obtener lo demás.

Otra posibilidad dentro de este primer grupo, en el cual el mal es parte de la realidad, es la de considerarlo como último grado del ser, otorgándole pobreza ontológica. Hegel tratará el tema del mal viéndolo como una negatividad positiva, siendo éste una entidad que opera dinámicamente y contribuye al desenvolvimiento lógico-metafísico de lo que hay. Otra corriente con Max Scheler a la cabeza afirmará al mal como un sacrificio que se ejecuta por una de las partes en beneficio del todo. El sufrimiento para él es el sacrificio de lo que tiene un valor inferior en provecho de lo que tiene valor superior y a beneficio, por lo tanto, de la correcta jerarquía de los valores. Por ende, para Scheler la experiencia de sufrimiento resulta indispensable para que haya un bien en el todo. Además, el mal puede definirse como el puro no ser, o definirse puramente como el no-ser, como falta de realidad. A su vez, otra variación dirá que es una ilusión, es decir, pura apariencia, que impide ver el bien.

Con respecto al origen del mal, reconoce Ferrater Mora que puede ser substancial o por accidente. Reconoce, a su vez, dos corrientes filosóficas que se basan en el origen del mal. La materialista, para la cual el mal moral es reducible enteramente al mal físico y la espiritualista, para la cual el pecado (mal moral) es el origen del mal físico. El mal puede ser considerado también como un ser o como un valor, como algo absoluto o relativo, abstracto o concreto, substancial o accidental.

⁴⁷ Ferrater Mora, José, *Óp. Cit.*, págs. 119-123.

Así mismo, como decíamos, se han descrito numerosas doctrinas que defienden distintas teorías y actitudes frente al mal como por ejemplo el optimismo, el humanismo, el pesimismo, que puede ser radical o moderado sostenido por autores como Schopenhauer, el meliorismo y el ya mencionado dualismo, dónde el mal posee una cierta substancialidad y hasta en ocasiones es personificado.

«Una de las principales propuestas ha sido la que tiende a relativizar el mal. Esta relativización puede presentar diferentes rostros: desde el que integra el mal en la naturaleza y lo relativiza, considerándolo la cara oscura del conjunto finito de la realidad, al estilo de Platón y Leibniz; la consideración del mal como una parte de la evolución natural y del desarrollo histórico, como es el caso de Hegel; o la negación de su condición entitativa, definiendo al mal como la «negación del bien», dentro del pensamiento de San Agustín; hasta la consideración del mal como un mero accidente, en opinión de Boecio»⁴⁸.

Aún con tan numerosas explicaciones, perspectivas y corrientes, en todas ellas, la aporía del mal sigue sin resolverse.

II. 3. Tipos de mal

Hasta aquí hemos intentado exponer cronológicamente las generalidades que distintos autores y escuelas han dicho acerca del mal. Continuando con el análisis, el mal se puede clasificar en distintos tipos: mal moral, mal físico y mal metafísico. El que da los primeros pasos hasta alcanzar esta clasificación es San Agustín, quien como decíamos, separó al mal en mal de culpa y mal de pena. El que continuará la clasificación es Leibniz, el primero en hacer la triple distinción.

El primero, el mal moral, tiene que ver con la intervención de la libertad humana, es el llamado «pecado». Como veíamos, San Agustín y luego Santo Tomás daban mayor peso a este tipo de mal, dándole incluso la responsabilidad a éste del mal físico.

«El mal moral es una privación del orden debido en la voluntad libre y en su acción correspondiente respecto a las normas del orden moral. Mal de culpa es la transgresión de una

⁴⁸Beorlegui, Carlos. *Óp. Cit.*, pág. 524

ley superior cometida por la criatura racional con advertencia y libertad; mal de pena es todo mal físico o moral infligido a la criatura racional en castigo del mal de culpa»⁴⁹.

Ahora bien, acerca de éste tipo de mal se ha escrito mucho y no es finalidad de este trabajo centrarnos en él.

El siguiente es el mal físico, al cual nos abocaremos. Este se refiere al dolor y sufrimiento. Aquí se incluyen todo tipo de enfermedades, físicas y psíquicas, sufrimiento carnal y psicológico, dolencias naturales de todo tipo. Cabe aclarar que el hombre es el único que sufre, los animales pueden padecer dolor, pero el término sufrimiento es únicamente humano. Solo el hombre tiene plena conciencia del sufrimiento. Así mismo, el propio hombre puede aumentar o disminuir su sufrimiento y puede sufrir lo pasado o la incertidumbre del futuro, puede sufrir por él mismo y también por otro⁵⁰. Otra cuestión interesante para decir es que el mal físico puede verse agravado por el mal moral y en ciertos casos ser causado por él. Como decíamos, para San Agustín el mal físico es consecuencia del pecado original. Esta cuestión la trataremos con más detalle en el capítulo III., ya que escapa a la filosofía.

Hasta aquí podemos preguntarnos si dentro de la clasificación existe una jerarquía entre ellos dos o si existe alguno que sea más malo. Se puede creer que sin duda el mal físico manifestado en el sufrimiento y muerte de los niños es el peor tipo de mal a padecer en la vida. El que lo vive en carne propia puede creer que lo es. No obstante, ¿un niño que es abusado sufre más que un niño enfermo? Pues sí, es más malo ser víctima del mal moral que del mal físico. Nos dice Ferrater Mora que «San Agustín ha distinguido entre mal físico y mal moral, aun cuando ha agregado que sólo el mal moral (pecado) es, propiamente hablando, un mal»⁵¹. ¿Qué tenemos aquí? Por un lado a San Agustín quien afirma que el verdadero mal es el moral, es decir, que entre el físico y el moral, el segundo es el más malo. Y Pérez Ruiz también hace una aclaración sobre este asunto, haciendo una interesante salvedad con respecto al mal físico: «El mal físico no priva de lo esencial, no nos priva de la bondad que debemos tener como hombres, y en ese sentido su presencia no es un problema definitivo para el hombre en cuanto tal»⁵². En la misma línea que San Agustín, Pérez Ruiz sostiene que aun

⁴⁹ Aquino, Santo Tomás de., *Suma de Teología*, Edición dirigida por los Regentes de Estudios de las Provincias Dominicas de España, 4ªed. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2001, I q 48 a5. , pág. 479.

⁵⁰ Pérez Ruiz, *Óp. Cit.*, pág. 84.

⁵¹ Ferrater Mora, José, *Óp. Cit.*, págs. 119-123.

⁵² Pérez Ruiz, *Óp. Cit.*, pág. 100.

padeciendo un mal físico, éste no puede privar al hombre de alcanzar su fin. El mal más malo, el que realmente daña, por lo tanto, es el mal moral.

En tercer lugar en nuestra clasificación, se encuentra el mal metafísico, del cual podría decirse que su origen se remonta a la misma finitud, que hace a toda criatura imperfecta. Además, este tipo de mal sería el origen de todo tipo de mal para muchos autores. El mal metafísico es el mal ya presente antes de la libertad humana. Es para tener en cuenta y no dejar pasar dicha afirmación. Había, previo al pecado original, una imperfección «de fábrica» por el hecho de ser esencialmente limitados. En palabras de Carlos Díaz y a modo de resumen, podemos decir que:

«El mal metafísico es lo propio de toda finitud, y que el mal físico deriva de él; sin embargo el mal moral es algo que normalmente hace chirriar más las entrañas de un alma moral. Podemos y debemos distinguir entre el mal que hace el asesino y el que padece la víctima inocente, sin por ello ignorar que el dolor puede afectarle a ambos»⁵³.

Según la escuela filosófica que lo trate, el mal metafísico puede ser concebido como bueno o malo. Para la tradición cristiana, por ejemplo, es bueno que las cosas sean finitas, pues los límites que ellas poseen son necesarios para la subsistencia de la realidad y queridos por Dios. Son lo propio de una criatura finita y sólo Dios es infinito. Entonces, si esto es así, ¿podría decirse que es un mal? Según Leibniz puede llamarse mal, pero por la teodicea que formula, pero para la filosofía cristiana no podría concebirse como un mal, aunque utilizó la triple distinción de Leibniz para estudiarlo mejor.

«Podríamos decir que el mal físico es, en cierto sentido, ontológico: es esencial a nuestra materialidad. Pero esto no convierte en mala a la existencia material. Las cosas puramente materiales valen por el conjunto de la naturaleza, mientras que la persona espiritual la trasciende»⁵⁴.

II. 4. ¿Quién es el culpable?

Ya hemos descrito las distintas definiciones que se han dado del mal a lo largo de la historia, según autores y corrientes. También hemos detallado su clasificación como mal

⁵³ Díaz, Carlos, *Óp. Cit.*, pág. 473.

⁵⁴ Roldán, Juan Pablo, «El problema fundamental de nuestras vidas: el mal», en: *Academia*, pág. 9, URL: https://www.academia.edu/34883031/El_problema_fundamental_de_nuestras_vidas_El_mal Accedido el 22/1/2024.

moral, mal físico y mal metafísico concluyendo que el más malo es el mal moral. Otra posible pregunta acerca del mal es acerca de su causa, sobre su origen o responsable. ¿Quién es el culpable de tan terribles padecimientos? ¿Quién es responsable de la corrupción humana y del sufrimiento inocente?

Con respecto al responsable del mal se han descrito en las diferentes corrientes tres culpables: Dios, el hombre y la misma finitud. Frente al primero surge la Teodicea como intento de exculpar o justificar a Dios y frente al segundo nace la antropodicea para hacer defensa del hombre. Se puede afirmar con mayor facilidad que el hombre es el culpable del mal moral, pero como consecuencia de él, es generador a su vez de algunos de los males físicos. Podemos adjudicarle al hombre la responsabilidad de ciertos males físicos pero no de todos. Por lo tanto, alguien o algo más es causante de aquellos males que el hombre no genera. Hay que aclarar que incluso, si el mal no es de origen moral, puede infectarse de él y empeorarlo. Digamos que un mal así es un mal mixto, o triple, ya que el mal metafísico sería parte o generador de todos los tipos de mal.

Pongamos un ejemplo simple y claro. No es lo mismo atravesar una enfermedad acompañado y sostenido por el amor de una familia que en medio de conflictos familiares, de rencores, de enojos. Aquello puede incrementar o reducir el dolor físico, hasta empeorar o mejorar la evolución de la enfermedad. Otro ejemplo distinto que podemos utilizar es el de la ambición y corrupción humana, cuando es generadora directa de los males físicos, como en el ejemplo de las guerras y sus terribles consecuencias, o la injusticia social que hace que miles de niños mueran de hambre. La causa ahí no es desconocida, es el propio hombre que en su egoísmo genera tanto dolor. Y ni hace falta que nombremos los casos en que directamente un hombre completamente infectado por el mal moral es el generador del sufrimiento físico de otro ser humano por medio de la violencia, el abuso u homicidio.

Como decíamos previamente, la finitud que puede ser la culpable de los otros dos tipos de mal es vista en cada escuela filosófica con distintos ojos. La raíz del mal es aquí la finitud, en donde todo está destinado a perecer. Para la filosofía cristiana, los límites y la finitud son buenos, queridos por Dios. El que seamos limitados e incompletos nos hace ser quienes somos, capaces de Dios y diferentes a los otros. El límite valga la redundancia delimita, separa, y es sano, es bueno. Sin límite todo sería lo mismo. Pero por la misma limitación también sufrimos y morimos.

Aquí está a mi parecer lo que no termina de quedar claro. Si decimos que el responsable del mal es la propia finitud, el que está detrás de estos seres finitos es Dios. Por ende, el responsable último sería él. ¿Por qué creó criaturas finitas, sabiendo que aquella finitud nos haría sufrir tanto? Preguntas y más preguntas que quedan abiertas, en las que la filosofía pareciera encontrarse frente a callejones sin salida. ¿El mal físico es ontológico, cuasi- ontológico o histórico?

Según Ferrater Mora el origen del mal podría tener a su vez otras procedencias como el azar, la propia naturaleza, la materia u otras fuentes⁵⁵.

Otra concepción diferente del mal es la de considerarlo un principio ontológico, no histórico, causante de todos los males del mundo. Para esta visión, Dios es la causa del bien y la materia negativa que causa el mal es un demiurgo o demonio. Aquí se pone a los dos seres, Dios y demiurgo, a la misma altura, dándosele entidad al mal, una entidad opuesta al bien. Esta concepción del mal puede convertirse en una de las más pesimistas, ya que se convierte en algo inevitable. Cabe aclarar, que el demiurgo que estamos describiendo no tiene nada que ver con el diablo de la tradición judeocristiana. En dicha escuela, no son opuestos que se enfrentan con igual fuerza. El demonio es un ángel caído, jamás a la altura del Dios infinito, perfecto y todopoderoso. El diablo es una criatura, no otro ser equivalente a Dios. El demiurgo, este ser opuesto al bien, es propio de una visión dualista.

Ahora bien, tenemos aquí otros dos posibles causantes: el demiurgo de la escuela dualista o el diablo de la tradición judeocristiana. Como este último causante responde a una justificación es de orden teológico la desarrollaremos en el próximo capítulo para respetar el juego lingüístico en el que estamos.

Para concluir y a modo de síntesis, tenemos los siguientes posibles culpables del mal: Dios, el hombre, la finitud, el azar, la naturaleza, la materia, el diablo o el demiurgo. ¿Quién es? Para dar la respuesta, ésta tiene que ir acompañada de muchas otras opciones filosóficas. Cada respuesta abre a más preguntas. Entonces, apelando al principio jurídico de presunción de inocencia, toda persona es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Se necesitarán pruebas para encontrar al responsable.

⁵⁵ Ferrater Mora, José, *Diccionario de Filosofía*, 3ª Edición, II tomo, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1951, págs. 119-123.

II. 5. Grado de seres y su relación con el mal

En su libro *Metafísica del Mal*, Francisco Pérez Ruiz expone en primer lugar el mal presente en los seres artificiales, para luego ir ascendiendo en grado hacia los seres superiores, los seres humanos. También analiza el mal como privación pero lo hace de un modo más amplio y con ejemplos. Al analizar el problema de manera gradual se pueden ver con mayor claridad ciertos puntos. En los primeros grados de vida, y todavía más explícito en los seres artificiales, la cuestión del mal no acarrea conflicto. El problema viene con el ser humano que es una criatura totalmente diferente a todas las demás. De todas formas, las afirmaciones que se pueden hacer de los primeros grados de vida con tanta claridad, iluminan en cierto modo la cuestión humana. Dice Pérez Ruiz:

«El mal que hemos descubierto en los seres artificiales no es, evidentemente, ni una realidad positiva ni una mera negación, sino que es la ausencia de una perfección que ese ser debe tener según las exigencias de su misma esencia. Eso es lo que se suele designar con el nombre de privación. Se trata de algo que se echa de menos en ese ser, porque debía tenerlo y no lo tiene»⁵⁶.

No es que se le exija a la estufa que ilumine, ni a la lámpara que de calor, sino que a una estufa que no da calor, y a una lámpara que no ilumina, les falta algo, algo que de algún modo deberían tener para ser quienes son. Es un «no ser como debe según las exigencias de su naturaleza», en palabras del citado autor.

Aplicando estos conceptos al ser humano, podemos decir que el hombre es un ser para la vida, un ser finito con sed de infinito. Esa sed es el indicio de algo perdido, algo que en el formato original aparentemente estaba y se perdió. Dicho esto, es posible que el mal físico sea histórico y no ontológico o cuasi ontológico. Esto significa que existe pero que podría no haber existido.

«Esto implica que, conforme a esta perspectiva, el mal entró en el mundo pero podría no haberse dado. Más aún, lo más lógico habría sido que no hubiera mal. No existe ninguna tendencia profunda al mal en alguna criatura, puesto que éstas han sido creadas por Dios. El mal, por lo tanto, es histórico»⁵⁷.

⁵⁶ Pérez Ruiz, F. *Óp. Cit.*, pág. 57.

⁵⁷ Roldán, Juan Pablo, «La opción fundamental. Grandes constantes metafísicas», en: *Academia*, pág. 23, URL:

Todo indica que no estamos hechos para morir, como el resto de la naturaleza. Somos naturaleza, sí, pero más, muchísimo más que naturaleza. Somos seres para la vida. No es natural en el hombre morir. ¿Y un niño? Menos aún.

De éste análisis también se puede ver con claridad aquello que decíamos previamente, que no son malos los límites, todo lo contrario. «Las limitaciones naturales no las consideramos como defectos, sino que las miramos como condición necesaria para la existencia de un ser de esa clase y para la bondad que como tal ser tiene»⁵⁸. Es una bondad limitada, sí, pero no necesariamente mala. Los límites de hecho son necesarios para definir lo que cada cosa es y lo que no es. Si todo quiere o puede ser todo, no es nada. Tenemos aquí un argumento en contra del mal metafísico, pues según esta concepción no habría problema en la finitud de las cosas.

No puedo evitar asociar inmediatamente las declaraciones acerca de los seres artificiales con el Dios creador y nosotros los hombres, su criatura. Siguiendo con *Metafísica del Mal*:

«El amor del bien es el que nos hace experimentar como malos aquellos objetos artificiales que no lo tienen en el grado debido, y ese mismo amor es el que nos mueve a permitir el mal cuando no se puede evitar sin renunciar a otros bienes que deseamos preferentemente»⁵⁹.

Por lo tanto, Dios no renuncia a nosotros, porque el amor a lo bueno que habita en nuestro ser es más grande. Y justamente por el amor a aquel bien es que puede tolerar ese mal, que no puede evitar, porque haciéndolo, renunciaría a nosotros. Esto se da inevitablemente ya que el mal se relaciona siempre con algún bien, pues como veíamos es un «parásito» de él. Y por el amor a aquel bien es que puede permitirse aquel mal. «El concepto de privación nos ofrece la clave para entender la esencia del mal y el de permisión para su razón de ser»⁶⁰. Quisiera destacar el rol del amor en todo esto. Parece ser a simple vista que es gracias al amor que se permite y tolera el mal.

Siguiendo el ejemplo anterior, si nos seguimos focalizando en los objetos artificiales, y decidiéramos dejar de producir las lámparas porque algunas de ellas pueden no iluminar,

https://www.academia.edu/6593825/La_opci%C3%B3n_fundamental_Grandes_constants_metaf%C3%ADsicas Accedido el 22/1/2024.

⁵⁸ Pérez Ruiz, F. *Óp. Cit.*, pág. 60.

⁵⁹ *Ibíd.* pág. 63.

⁶⁰ *Ibíd.*, pág. 68.

encontraríamos que podemos resolver el problema del mal. Pero el creador de aquella lámpara elige crearlas por lo buenas que son, asumiendo que algunas pueden fallar de entrada y otras estropearse con el uso. La única solución definitiva, sería no fabricarlas. Como no lo es, elige permitir sus posibles fallas, por amor a sus beneficios, a sus bienes positivos. Por lo tanto, si aniquilamos al ser humano, anularíamos el problema del mal para siempre, pero existe un bien mayor que permite nuestras posibles fallas por amor al bien que habita en nosotros.

Si subimos un escalón en la escala de seres, por encima de los seres artificiales nos encontramos con el mundo de los seres vivos. Allí descubrimos un sistema perfectamente ordenado, de generación y corrupción, que se sostiene por sí solo y al que solemos llamar «círculo de la vida». Todo se aprovecha, todo se encuentra en perfecto equilibrio. Todo encuentra su lugar en la gran naturaleza. Unos seres viven de otros pero ninguno extingue al otro. Al morir dan lugar a otros seres a existir, unos son depredadores y otros son depredados. Todo es parte de una armonía cosmológica. Pérez Ruiz citando a San Agustín dice que:

«La mutabilidad es algo natural en seres que no poseen una existencia permanente. Cada uno de esos seres conserva su existencia en el grado que se le concede, y cuando, según las leyes de la naturaleza, cambia o perece, lo hace al servicio de otros seres, que de esa forma pueden adquirir una nueva existencia, según esas mismas leyes naturales»⁶¹.

Ahora bien, ¿hay mal aquí? No tendría por qué haberlo. La muerte en este grado de vida, es algo completamente esperable, natural y hasta, se podría decir, bueno. Si todo subsistiera, sería de hecho un problema. Solo se puede hablar de mal en la naturaleza cuando el fin de cada ser se ve frustrado. Si un puma no puede correr, o un pez no tiene aletas con las que nadar no pueden ser propiamente un puma o un pez. La finalidad de su ser pez o puma está frustrada, por lo tanto, se puede decir que experimentan un tipo de mal. Esto representa también un argumento, al igual que la bondad de los límites, en contra del mal metafísico, donde la finitud en sí es el problema.

«El mal solo se puede dar en los seres naturales como algo contrario a su propia teleología, pero conviene notar que una verdadera frustración de la teleología de un ser solo se

⁶¹*Ibíd.*, pág. 69.

da cuando la realización de su fin resulta ya imposible. (...) El problema del mal respecto de los seres naturales se reduce al de la frustración definitiva de su propia teleología»⁶².

Dicho esto, me pregunto si un niño que muere no es una frustración de la finalidad del hombre. Parece que la respuesta es no, ya que un niño ya es «hombre» desde que nace. Nos desviaríamos mucho de la finalidad de este trabajo, pero es interesante preguntarse qué hace al hombre ser hombre, y cuál es el fin de la vida humana. Y hecha esta pregunta, con sus posibles respuestas, analizar si un niño lo puede alcanzar. Sin entrar en detalles, siendo un niño desde su concepción considerado «hombre», podemos afirmar que sí, que un niño perfectamente puede alcanzar su finalidad de ser hombre por más de que muera.

Ahora bien, hay ciertas cuestiones que hacen falta todavía aclarar:

«La teleología de los seres naturales es algo esencialmente plurivalente, y considerarla como si tuviera solo una línea de desarrollo posible sería un grave error. La infinidad de semillas que no llegan a fructificar, no se pierden inútilmente. Por el contrario, la no realización de esa posibilidad es condición necesaria para que puedan realizarse otras posibilidades distintas, que también entran en la teleología natural de las semillas»⁶³.

Probablemente en otro tipo de males, en males menores, estas «posibilidades distintas» sean incluso mejores que la que no se llevó a cabo. Muchas veces experimentamos en nuestra vida como existen situaciones que se viven como mal en determinado momento o circunstancia, y luego, estas mismas situaciones pueden convertirse en condición de posibilidad para que pueda realizarse un bien mayor. Sin embargo, este último argumento que es válido para la naturaleza encuentra cierto conflicto en la realidad del hombre. ¿Qué otras posibilidades valdrían más que la no realización de la posibilidad de vivir de un niño? Recorro al caso específico de los niños porque es el más extremo. Otra pregunta que queda abierta y que no presta a una respuesta fácil.

Recapitulando un poco, si nos reducimos a los seres artificiales, y otros seres vivos que no sean el ser humano, el ciclo natural entonces parece ser el perfecto balance para la continuidad del universo. Vamos a resumir esto con las palabras Pérez Ruiz:

«En los seres naturales descubrimos ciertamente un dinamismo natural, y por eso podemos considerar como malo para ese ser lo que impide el desarrollo de ese dinamismo,

⁶²*Ibíd.*, pág. 72.

⁶³*Ibíd.*, pág. 74.

pero ese dinamismo es para que se desarrolle «en el mayor grado posible», y por eso tenemos que relativizar radicalmente ese mal. El mundo natural nos ofrece el espectáculo de la vida que trata de aprovechar todas las posibilidades que se le ofrecen, pero se ve obligada a hacerlo dentro de los límites que le imponen la misma limitación de los seres y la esencial relatividad que tienen. Por eso se pueden dar y se dan de hecho casos de evolución anormal, enfermedades y muertes prematuras»⁶⁴.

Claro en los seres naturales, pero, ¿y en los hombres? Parece no ser suficiente la respuesta de que somos parte de la naturaleza y funcionamos bajo sus leyes. ¡Somos más que naturaleza! ¿Acaso un niño equivaldría a una muerte prematura? Esta «solución» es la que muchos se dan y dan a los demás: que hay que aceptar el ciclo natural. No obstante, es difícil aceptarlo. Hay demasiada vida en el hombre para que muera con la muerte. Tiende con todas las fuerzas de su ser a la vida, como si en un principio, antes de la caída, hubiera gozado de ella en plenitud.

«Como las plantas y los animales, también el hombre tiende naturalmente a vivir con la mayor plenitud posible y trata espontáneamente de evitar lo que se lo puede impedir, pero en la experiencia humana del mal físico se da una diferencia radical, y el fundamento de esa diferencia se encuentra precisamente, en la naturaleza racional que tiene. El hombre experimenta el mal sabiendo que es mal, y ese conocimiento es causa de sufrimiento»⁶⁵.

Hay algo que no concuerda, que no resulta coherente. Somos mucho más que el resto de la naturaleza. Dios, que es bueno, no puede ser tan torturador, de crear un ser finito que anhele el infinito para condenarlo a la finitud. Como decíamos previamente con respecto a los seres artificiales, no es que se le exija a la estufa que ilumine, ni a la lámpara que de calor, sino que a una estufa que no da calor, y a una lámpara que no ilumina, les falta algo, algo que de algún modo deberían tener para ser quienes son. Es un «no ser como debe según las exigencias de su naturaleza». El hombre es un ser para la vida, un ser finito con sed de infinito. Como decíamos previamente, esa sed es el indicio de algo perdido, algo que en el formato original aparentemente estaba y se perdió. «El hombre se experimenta a sí mismo como el hueco de una plenitud desconocida»⁶⁶.

⁶⁴ *Ídem*.

⁶⁵ *Ibid.*, pág. 83.

⁶⁶ Clases de la profesora Teresa Bonfanti, «Antropología cristiana y doctrina católica», Los Robles, Junio 2023.

II. 6. Posibles respuestas frente al mal

Tras haber hecho una introducción al tema del mal y tratado sus definiciones según distintos pensadores, su clasificación y sus posibles causas, ahora podemos preguntarnos e intentar responder acerca de las posibles posturas del hombre frente al mal. Para esto nos basaremos en dos autores de mundos distintos pero igualmente interesantes: el filósofo español José Ferrater Mora y la psiquiatra Elizabeth Kübler Ross.

Nos dice Ferrater Mora⁶⁷ que la existencia del mal ha planteado al hombre uno de los más graves problemas: el de saber cómo puede enfrentarse con él. El autor describe seis actitudes posibles frente a él que son interesante para desarrollar. La primera es la de la aceptación alegre del mal, en la que se lo experimenta como satisfacción o complacencia. Esta actitud se denomina *algofilia*, es decir, amor al mal o los males. A simple vista pareciera ser una contradicción, ya que quien vive el mal de éste modo, lo experimenta como si fuera un bien. La salvedad en ésta actitud contradictoria se da frente al mal físico, ya que la complacencia no borra el hecho de experimentar un padecimiento.

En segundo lugar, puede darse una actitud de aceptación resignada. Aquí sí se reconoce al mal como una aflicción pero la actitud frente a él es pasiva. Los males entonces, se ven reducidos, amortiguados, por la ausencia de reacción. Esto es propio de los estoicos, quienes identifican al mal con las pasiones, concibiéndolo como «mal para nosotros». Para ésta escuela, si dominamos las pasiones, suprimimos el mal. De este modo se produce una racionalización del mal que adormece el dolor para no soportarlo.

Otro camino posible es el de la desesperación, a través del cual se cree que no se puede hacer nada con él, y consecuentemente, surge la actitud de la desesperanza.

Siguiendo con la descripción de Ferrater Mora, otra actitud que se puede presentar es la de la huida, a veces manifestada como indiferencia. Como el hombre no puede enfrentar el sufrimiento, huye de él. Ejemplos de huida hay miles: las drogas, el alcohol, el juego, el sexo, los viajes sin rumbo, el trabajo excesivo y obsesivo. La diversión puede ser el mejor escape frente a una situación de dolor. A través de ella el hombre se vuelca fuera de sí, como da a entender su etimología. Otra cara de esta misma postura es la de la evitación de lo sensible para elevarse a lo inteligible. «Si no puedes contra él, únete» será otra de las vías posibles, denominada «de adhesión». Y por último, la actitud que será posteriormente desarrollada con

⁶⁷ Ferrater Mora, José, *Óp. Cit.*, págs. 119-123.

más detalle, es la alternativa de la acción, sea individual o colectiva, conocida como el combate.

Poniendo un paréntesis en la filosofía traeremos a continuación a una profesional de la salud. Con respecto a la reacción frente al mal físico y concretamente la respuesta del ser humano al diagnóstico de una enfermedad que amenaza la vida, o la muerte de un ser querido, la psiquiatra suiza-estadounidense Elizabeth Kübler Ross nos describe cinco etapas⁶⁸ para afrontar el duelo. Estas etapas se refieren a una forma más vivencial y desde un plano psicológico, de afrontar el mal en la vida. Aquel que recibe un diagnóstico que amenaza la vida, hace duelo de su vida porque puede perderla, sus familiares a su vez hacen duelo de la vida que su ser querido puede perder, hacemos duelo cuando perdemos a alguien que queremos, ya sea por un distanciamiento, una separación o una muerte. Duelo es la pérdida de algo o alguien. En conclusión, las etapas descritas por Kübler Ross me atrevo a decir que son aplicables como respuesta de la humanidad a los males que padece. Son cinco y no necesariamente son graduales, se puede pasar de una a otra repetidamente y por más que se describan en un orden determinado, en la experiencia de cada persona no sucede así.

La primera que nombraremos es la etapa de negación, en la cual, como mecanismo de defensa, el hombre valga la redundancia, niega lo que le sucede. Es propio del shock inicial frente a una situación externa que cambia tan repentinamente que esto suceda. De hecho, es esperable en el inicio, ya que es una adaptación progresiva a la realidad. El cuerpo viaja más rápido que la mente. Sin embargo, se puede prolongar en el tiempo. Así es como se encuentran pacientes que han negado su enfermedad por años y nunca han salido de allí.

La segunda etapa es la de negociación. Es el paso siguiente a negar una determinada situación querer negociar con ella. Ejemplo de esto suele ser la negociación con Dios que se expresa en frases como «si me salvo o mi hijo se salva, voy a hacer esto u aquello». Aquí nacen las promesas. No está mal hacerlas, pero en caso de que «Dios no cumpla con su parte», el daño posterior en dicha relación puede ser grave.

Y continuando con este ejemplo podemos describir de modo muy claro la siguiente etapa, la del enojo. Si no obtengo lo que quiero, si mis oraciones no tuvieron el resultado esperado, me enojo con Dios. El enojo puede ser con Dios pero también con todos los que rodean a la persona que sufre. A falta de recursos para afrontar el dolor, el que sufre se enoja.

⁶⁸ «En Español- La Fundación», Fundación Elisabeth Kübler-Ross, URL: <https://www.ekrfoundation.org/espanol/> Accedido el 18/05/2024.

El enojo siempre pero siempre es una expresión, muchas veces inadecuada, de dolor. Enojo por que es injusto, enojo porque no responde el tratamiento, enojo por la experiencia de los límites. Aquí se expresan frases como «¿por qué a mí?».

Luego del enojo, vendría la tristeza, a veces de la mano de la depresión y la pérdida de sentido. La tristeza no es necesariamente mala. Es parte del proceso natural de duelo. Prolongada en el tiempo y transformada en depresión sí podría decirse que se convierte en patológica.

Y por último está la aceptación, que es la comprensión cognitiva y emocional de la nueva realidad mediante la integración de lo sucedido a la propia vida. Se produce una apertura al proceso de cambio que es muy positiva. Como decía, el haber aceptado una enfermedad o una muerte no quiere decir que no pueda volver a otra de las etapas. Esto es muy importante saberlo, no es un retroceso, es parte del ciclo.

II. 7. Teodicea anticristiana

Quisiera desarrollar brevemente la teodicea o justificación de Dios, también conocida como optimismo o armonía preestablecida, que ha sido tan controversial, desarrollada por Gottfried Wilhelm Leibniz⁶⁹, un reconocido filósofo racionalista, matemático, lógico, polímata, teólogo, jurista y político que vivió en el siglo XVII. Es conocido como el «último genio universal» por su amplio campo de estudio. Nació en el año 1646 en Leipzig, Alemania. En 1710 escribe uno de sus más importantes tratados llamado *Ensayos de Teodicea. Sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre y el origen del mal* en donde acuña la expresión teodicea, designando con este término la justificación (dikē) de Dios (theos) frente al mal en el mundo.

En dicho tratado, desarrolla su teoría de que vivimos en el mejor de los mundos posibles. Según Leibniz, el universo está formado por un conjunto de posibles co-posibles entre sí y con tendencia a existir. Esto convierte al mundo en un cálculo de combinaciones posibles, sin existir en él contradicción o absurdo. Además, sostiene que el universo es un acto de racionalidad y bondad divina, resultado de la mejor combinación entre una infinita diversidad de mundos posibles. Dios elige, por lo tanto, entre mundos buenos posibles

⁶⁹ González Romero, Félix, *Leibniz. Dios, que es perfecto, ha creado el mejor de los mundos posibles*. RBA, España, 2015.

dotados de *conatus*, es decir, tendencia a existir. A su vez, las leyes de la naturaleza hacen del mundo una máquina perfectamente diseñada para la ejecución del plan divino.

Pero lo más cuestionado de su teoría acerca de que vivimos en el mejor de los mundos posibles es el problema del mal. ¿Qué pasa con el problema del mal? A Leibniz no le es ajena esta cuestión y comienza estableciendo la diferencia canónica entre los tres tipos de mal que previamente describimos: el mal metafísico (imperfección del mundo), el mal físico (indigencia, dolor, sufrimiento) y el mal moral (maldad, pecado). A continuación propone su novedosa estrategia de justificación. Para crear un mundo que fuese el mejor posible, Dios debía permitir el mal en el mundo, el mal metafísico. Por tanto, debía permitir la existencia del mal físico, pues este es inevitable en un mundo donde existe el mal metafísico. A su vez, como precio de la libertad humana, sin la que este no podría actuar razonablemente, se engendró el mal moral. Dios, sin embargo, no ha deseado el mal sino que, simplemente, lo ha permitido en virtud de la libertad humana. Según esta corriente filosófica denominada optimismo instaurada por Leibniz, el mal es un mal concomitante y no tiene entidad.

«La naturaleza preparaba la salud, mas a la vez fue preciso, por una especie de concomitancia, que se abriera la puerta a las enfermedades. Lo mismo sucede respecto a la virtud; la acción directa de la naturaleza que la hizo nacer, produjo de rechazo la raza de los vicios (...)»⁷⁰.

El mal es un mal necesario para el mejor de los mundos posibles y la experiencia humana de él es tan solo una perspectiva limitada. Este es el clásico modo de ver las cosas con «sabor leibniziano», creyendo que el hombre no es capaz de comprender la realidad del mal porque le sobrepasa. Es creer que todo es una cuestión de perspectiva, que estamos viendo la historia, los sucesos que nos pasan, desde el ángulo equivocado.

«La armonía del mundo creado transmite una palabra al hombre sobre la bondad y benignidad del Creador y, al mismo tiempo, le invita a dejarse abrazar por esa misma armonía adecuando su actuación al orden o justicia cósmicos con que Dios ha construido su obra»⁷¹.

Según estas leyes, el mal experimentado por el hombre es tan solo una inadecuación de su comportamiento frente a la armonía del mundo. Todo está perfectamente armonizado en

⁷⁰ Leibniz, W.G., *Obras filosóficas y científicas. 10. Ensayos de Teodicea*, Comares, Granada, 2012, §209.

⁷¹ Busto Saiz, José Ramón, SJ., *El sufrimiento, ¿roca del ateísmo o ámbito de la revelación divina?*, Universidad Pontificia Comillas de Madrid, 30 de septiembre de 1998, pág. 21.

el mejor de los mundos posibles. La experiencia del mal se da, entonces, por falta de conocimiento y adecuación.

«En esta concepción los males y, por tanto, el sufrimiento no se conciben como castigo extrínseco a la actuación humana que pudiera depender de la decisión libre o arbitraria de la divinidad, sino como consecuencia obligada de la trasgresión del orden de la creación»⁷².

Es propio de la sabiduría oriental el concebir la armonía del cosmos como aquello que gobierna a su vez el comportamiento del hombre, sometiéndolo a las mismas leyes que el resto del universo. Hasta los dioses se encuentran bajo las determinaciones del cosmos y sabio es quien descubre dichas leyes y sabe aplicarlas a su vida.

Cito a continuación distintas afirmaciones de nuestro autor con respecto al tema del mal, todas ellas presentes en sus *Ensayos de Teodicea. Sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre y el origen del mal*: «Dios, por un maravilloso arte, hace que todos los defectos de estos pequeños mundos se conviertan en el mejor ornamento de su gran mundo»⁷³. «El mal que se da en las criaturas racionales sólo se da por una voluntad consecuente, como envuelta en el mejor plan posible»⁷⁴. «Dios tiene una razón más fuerte y más digna de Él para tolerar los males. No sólo saca de ellos mayores bienes, sino que los encuentra ligados con los mayores de todos los bienes posibles»⁷⁵. «Ningún motivo hay para quejarse porque de ordinario sólo se llegue a alcanzar la salvación pasando por muchos sufrimientos y llevando la cruz de Jesucristo; estos males sirven para hacer a los elegidos imitadores de su maestro y para aumentar su felicidad»⁷⁶.

Son frases contundentes que hacen del mal y el sufrimiento una herramienta imprescindible para hacernos mejores, para salvarnos. El problema es que Dios parece necesitar de ella para hacerlo, lo que implica que no solo lo permite sino que hasta pareciera que lo fomenta. ¿Qué clase de Dios bueno haría eso? Creo que Manuel García Morente resume fielmente en breves palabras esta teoría sobre el mal, incluyendo su clasificación en tres tipos:

⁷² *Ídem*.

⁷³ *Ídem*, §147.

⁷⁴ *Ídem*, §209.

⁷⁵ *Ídem*, §127.

⁷⁶ *Ídem*, §122.

«Dentro de la concepción y definición del mejor mundo posible está el que haya mal, y éste es el mundo donde hay menos mal. No puede haber mundo sin mal, por tres razones: que el mal metafísico procede de que el mundo es limitado, finito; es finito y no puede por menos de serlo; el mal físico procede de que el mundo, en su apariencia fenoménica, en la realidad de nuestra vida intuitiva, es material, y la materia trae consigo la privación, el defecto, el mal; y, por otra parte, el mal moral tiene que existir también, porque es condición del bien moral. El bien moral no es sino la victoria de la voluntad moral robusta sobre la tentación y el mal»⁷⁷.

La influencia del optimismo leibniziano ha sido poderosísima y sus premisas se han colado en la gran mayoría de los hombres de fe. Las sentencias de Leibniz siguen totalmente vigentes hoy en día. Sus ideas se escuchan abiertas en iglesias, en forma de homilías utilizándose como consuelo frente a tragedias.

Encuentro curioso y algo aterrador como hombres religiosos defienden las ideas, conscientes o no de ello, de este pensador alemán que pareciera no tener nada que ver con la doctrina cristiana ni católica. Cabe aclarar que Leibniz no era católico, sino protestante pero sus ideas se han dispersado en ambas prácticas.

El filósofo alemán ha calado en nuestra cosmovisión como hombres hijos de la modernidad. Es válido el hecho de que Leibniz intenta dar una solución al problema del mal. Para él Dios ha creado un universo con un máximo de perfecciones y un mínimo de defectos para conformar el mejor de los mundos posibles, y la cuota de mal que existe en la realidad que conocemos es la necesaria para el justo equilibrio, necesario para obtener bienes. Es decir que para éste filósofo, el mal es condición necesaria para que exista el bien. Sin el mal no podría expresarse el bien. Conocemos por tanto el bien, porque experimentamos el mal. Y este mínimo de mal que existe, es, entonces, la condición mínima de mal para que exista un máximo de bien.

Teniendo en cuenta todas las posibilidades de mundos que había, si Dios, que es infinitamente perfecto (por ende también bueno y todopoderoso), conformó este, es porque lo que sucede aquí es para la obtención de los mayores bienes. Vemos en éste desarrollo como Leibniz, para justificar el mal y la existencia de Dios, opta por limitar la omnipotencia divina.

Me atrevo a cuestionar esta teoría que trajo Leibniz. Entiendo que su intención fue la de conciliar la idea de un Dios creador, omnipotente y bueno, con el mal presente en el

⁷⁷ García Morente, M., *Lecciones Preliminares de Filosofía*, Ediciones Encuentro, España, 2000, pág. 218.

mundo. No creo incluso que haya podido imaginar las consecuencias que sus ideas traerían posteriormente. Hoy en día su optimismo se resume en frases en todos los idiomas, como por ejemplo: «In another world, it would be worse» -En otro mundo, hubiera sido peor-. En los pasillos de los hospitales, ámbito donde desempeñó mi carrera profesional, es increíblemente sorprendente como Gottfried Wilhelm Leibniz se hace presente en frases hechas como «Todo pasa por algo», «Dios sabe por qué lo hace», «Por algo Dios me lo manda», «Dios aprieta pero no ahorca». El famoso «todo irá bien», que fue campaña durante la pandemia de Covid 19 también tiene su raíz en nuestro filósofo del siglo XVII.

Otro de los responsables en terminar de conformar esta corriente optimista fue el poeta inglés Alexander Pope, quien escribió en uno de sus famosos poemas «Whatever is, is right»⁷⁸ -todo lo que es, está bien-. Ahora bien, ¿Todo cuanto existe es del modo que debe ser? ¿Acaso las guerras que han masacrado la humanidad, las hambrunas que matan a miles y miles en todo el mundo, el sufrimiento de los inocentes, las catástrofes naturales, los homicidios, abusos, y demás crímenes horrendos cometidos, son del modo que deben ser? Parece a veces que aquellos que escriben sobre el mal lo hacen desde cómodos sillones, sin haber sido ni siquiera rozados por la afiladísima espada del sufrimiento. Aquel que haya vivido en carne viva el dolor no podría jamás hablar así de él. Y aquel que conozca el amor de Dios jamás podría sostener que Él quisiera o necesitara de algún modo nuestro sufrir.

Existe una historia, muy bonita por cierto, que asemeja nuestra vida a un tapiz. Nos dice que ante las dificultades de la vida cuestionamos a Dios, pero al morir, entenderemos que nuestra vida era como un tapiz, bordado por las manos de Dios, y que nosotros solamente podíamos ver aquellos nudos que parecían estropearlo todo, «nudos mal distribuidos y sin belleza»⁷⁹. Sin embargo, esto sucedía porque observábamos el reverso del tapiz. Ya en el Cielo, Dios nos permitirá ver el tapiz del derecho y es ahí cuando comprenderemos la hermosa obra que él estuvo tejiendo, «descubriríamos un maravilloso orden que se nutría del aparente desorden»⁸⁰. Precioso, sí, pero peligroso. «Así sucedería con nosotros: padecemos todo tipo de males, pero sólo lo son en apariencia, porque están integrados al plan pedagógico divino»⁸¹. Nuevamente las ideas de Leibniz se hacen eco en historias con moraleja como éstas a la hora de justificar el mal en el mundo. «Es muy importante resistirse a una gran influencia

⁷⁸ Pope, Alexander, *An essay on man. In epistles to a friend. Part I*, London : J. Wilford, 1733, pág. 20.

⁷⁹ Roldán, Juan Pablo, «El Mal. Preguntas inevitables y reflexiones», en: *Academia*, 2009, pág. 2, URL: https://www.academia.edu/3631898/El_mal_Preguntas_inevitables_y_reflexiones Accedido el 22/1/2024.

⁸⁰ *Ídem.*

⁸¹ *Ídem.*

cultural y poner en claro que ésta no es la postura religiosa tradicional, ni tampoco la postura del cristianismo en particular»⁸².

II. 8. La protesta

La obra de Leibniz fue una de las más influyentes en Alemania durante poco menos de medio siglo y logró convencer a casi toda Europa, siendo su obra de teodicea el «manual de filosofía de la religión del mundo instruido». El terremoto de Lisboa del 1 de noviembre de 1755, que destruyó dos tercios de la ciudad y que desató episodios de salvajismo que sacudieron a la sociedad, puso fin a esa convicción y provocó la burla de muchos pensadores de la época.

Veamos lo que sucedió con el optimismo religioso de Leibniz al ser probado por la catástrofe. Uno de los primeros en reaccionar frente a esta corriente fue François Marie Arouet, conocido como Voltaire, quien con su característico tono desafiante parece dirigirse directamente a Leibniz en su *Poème sur le désastre de Lisbonne*, escrito en 1755: «No queráis consolarme, pues agriáis mis dolores. Sólo veo en vosotros el esfuerzo impotente de un desgraciado altivo que finge estar contento»⁸³⁸⁴. Voltaire lo critica con tanta fuerza pues él mismo había sostenido la postura optimista previamente.

La sentencia de Voltaire es desafiante y cuestiona el insistente optimismo de Leibniz. Es razonable su reacción, y hasta diría, más cristiana. Voltaire, y otros tantos más pensadores de la época, se niegan a aceptar al mal como parte del plan divino. Ahora bien, ¿cómo refutarlo? ¿Se puede aceptar el mal? ¿Es cristiano resignarse ante él y aceptarlo como parte del plan divino?

II. 9. Algunos ejemplos de optimismo actual

Muchas veces se ha visto al dolor como corrector de los desvíos. Se lee en libros clásicos de espiritualidad de la Iglesia Católica como *Mi Cristo Roto* del sacerdote jesuita Ramón Cué⁸⁵, el planteo de las dos manos de Dios. La derecha es la benévola, mediante la cual Dios nos regala milagros y abundantes gracias. Es a través de la izquierda que nos envía males, tragedias y castigos para enmendar nuestras almas. Y todo esto lo hace, por supuesto,

⁸² *Ídem*.

⁸³ Voltaire, *Opúsculos satíricos y filosóficos*, Alfaguara, Madrid, 1978, pág. 211.

⁸⁴ Roldán, Juan Pablo, *Óp. Cit.* «El problema fundamental de nuestras vidas: el mal», pág. 6.

⁸⁵ Cué, Ramón, *Mi Cristo Roto*, Edibesa, Madrid, 2004.

para nuestro bien, porque es un padre amoroso⁸⁶. ¿Cómo puede darse ésta respuesta a alguien que ha perdido un ser querido? ¿Y a un padre que ha visto morir a su niño? Que un alma se enmiende luego de haber padecido un mal es una cosa, pero otra diferente es que Dios le envíe un mal con esa intención.

Quisiera comentar otro ejemplo contemporáneo del optimismo de Leibniz. Es el caso del escritor inglés C.S Lewis, que diciéndose cristiano afirmaba lo siguiente en su libro *El problema del dolor* publicado en 1947, reconociendo al mal como malo pero asumiéndolo como instrumento divino:

«El dolor no es solo un mal inmediatamente reconocible, sino una ignominia imposible de ignorar. (...) Reclama insistentemente nuestra atención. Dios susurra y habla a la conciencia a través del placer, pero le grita mediante el dolor: es su megáfono para despertar a un mundo sordo. El hombre malo y feliz no tiene la menor sospecha de que sus acciones no «responden», de que no están en armonía con las leyes del universo. (...) El dolor como megáfono de Dios es, sin la menor duda, un instrumento terrible. Puede conducir a una definitiva y contumaz rebelión. Pero también puede ser la única oportunidad del malvado para enmendarse. El dolor quita el velo y coloca la bandera de la verdad en la fortaleza del alma rebelde»⁸⁷.

La película sobre su vida, *Tierra de Penumbra*, relata la transformación de Lewis extraordinariamente. Bajo la interpretación de Anthony Hopkins, se lo ve impartiendo conferencias sobre el sufrimiento en tres ocasiones. En la primera, relata la tragedia de un accidente automovilístico y se hace las preguntas de dónde estuvo Dios aquella noche y por qué no lo impidió. Lewis responde que Dios quiere que seamos capaces de amar y ser amados, y quiere que maduremos, justamente por eso nos concede el don de sufrir.

En la segunda conferencia vuelve a exponer los mismo deseos de Dios para con nosotros a través del sufrimiento y agrega que sirve para sacarnos de nuestro mundo e impulsarnos al mundo de los demás. El dolor para él es el megáfono que nos hace despertar y madurar, como leíamos en la cita previa. «Es una teología racionalista y universitaria del sufrimiento, desde la palabra y la seguridad. Es una justificación que intenta exprimir el aguijón del sufrimiento en el crecimiento humano»⁸⁸.

⁸⁶ Roldán, Juan Pablo, *Óp. Cit.* «El problema fundamental de nuestras vidas: el mal», pág. 5.

⁸⁷ Lewis, C.S., *El problema del dolor*, 11ª Ed. Rialp, Madrid, 1994, pág. 60-61.

⁸⁸ De la Torre, Javier, «Tierras de Penumbra» en: *Grandes Películas, Sal Terrae*, 2023, pág. 744.

Finalmente, en la última conferencia relata lo que le sucede a la mujer de la que él está enamorado: le acaban de diagnosticar cáncer. De un modo precioso, testimonia su amor por ella cuestionándose: «¿Por qué cuando quieres a alguien no deseas verle sufrir, no puedes soportarlo, quieres sentir tú sus dolores?»⁸⁹, y arremete: «Y si hasta yo pienso así, ¿por qué no piensa así Dios?»⁹⁰. Es lo que veremos en el capítulo III. que hace Dios en Jesús. Dios vendrá a sentir Él nuestros dolores pues no soporta vernos sufrir.

Creo que es importante aclarar el hecho de que años después de haber disertado con las ideas que ya expusimos sobre el sufrimiento y habiendo escrito un libro sobre el tema, al haber padecido en su propia carne lo desgarrador del dolor, al perder al amor de su vida, Lewis expresó que nada de lo que previamente había dicho sobre el sufrimiento tenía sentido.

Intentando no destrozarse sus ideas originales, luchaba contra ellas sin éxito. «Luego sobreviene una repentina cuchillada de memoria al rojo vivo y todo ese «sentido común» se desvanece como una hormiga en la boca de un horno»⁹¹. Algo no cierra, el dolor no puede solamente pensarse. Hay que ser extremadamente cuidadoso para hablar de él en público, pues tarde o temprano nos llegará a todos y seremos luego esclavos de nuestras palabras.

Es interesante como el amor cambia toda la perspectiva sobre el dolor. Cuando se ve sufrir a alguien que se ama, se rebelan las entrañas. ¿El hecho de que amemos hace que suframos más? Desesperado y atravesado por el dolor Lewis interpretado por Hopkins dice: «Rezo porque no puedo contenerme, rezo porque me siento impotente, rezo porque la necesidad de rezar fluye de mí constantemente, eso no cambia a Dios, me cambia a mí». La película deja ver que el amor despierta un anhelo de inmortalidad del otro. Se asemeja a lo que decía Gabriel Marcel, que amar significa decir al amado «tú no morirás»⁹².

II. 10. Conclusiones del optimismo

¿Cuáles son entonces las conclusiones del optimismo? Concluimos luego de nuestro desarrollo basado en el sistema leibniziano, que en él se ve al mal como condición necesaria para que exista el bien. Según esta escuela, sin mal no puede expresarse el bien, y el mal, como decíamos, es concomitante, es decir, actúa conjuntamente con el bien y no tiene identidad. El mal se transforma en un medio para un fin bueno.

⁸⁹ *Tierra de Penumbra*. Dirigida por Richard Attenborough, Creative Films, 1993.

⁹⁰ *Ídem*.

⁹¹ Lewis, C.S., Trad: Martín Gaité, C., *Una pena en observación*, Anagrama, Barcelona, 1994, cap. I.

⁹² Marcel, Gabriel, *Tu ne mourras pas*, Arfuyen, Orbey, 2005.

Además, esta tesis optimista sostiene que debe existir un mínimo de mal para que exista un máximo de bien. Y como consecuencia, el mal se hace menos malo, quitándole gravedad, disminuyendo su terribilidad.

En esta línea no podemos pensar nada más ni nada menos que en un dios sádico, un dios «manda males», que nos solicita la aceptación del mal por ser éste necesario. Nos dice Leibniz que es todo una cuestión de perspectiva y la perspectiva humana es limitada. Y todo esto produce, por lo tanto, resignación. Insisto, Leibniz plantea una visión optimista del mal quitándole su terribilidad, disminuyendo su gravedad para hacerlo compatible con los planes divinos.

Con el fin de justificar a Dios le quita mal al mal, hace al mal menos malo, utilizándolo como medio divino para conseguir bienes. Lo grave en esta concepción es que Dios solicita al hombre que acepte los males por ser éstos «necesarios». Debido a esto el hombre debe someterse ante éste ser castigador que, por su bien y para hacer brillar al bien, le envía males. No se lucha, por tanto, frente al mal, no se trata de combatirlo con Dios, simplemente se acepta resignadamente como parte de la vida, ya que es inevitable.

Frente a todo lo desarrollado surgen muchas preguntas. Si Dios es el creador, ¿por qué existe el mal? ¿Es el ateísmo la única salida racional al problema del mal? ¿Dios es omnipotente? ¿Dios es Dios? Y algunas preguntas más para ir concluyendo este apartado: ¿se puede aceptar el mal? ¿Es cristiano resignarse ante él y aceptarlo como parte del plan divino? Pues, creo que no. Esto lo profundizaremos en el siguiente capítulo.

Capítulo III

Palabras y silencios desde la teología

Veíamos en el capítulo anterior que muchas preguntas quedan abiertas. Intentamos dejar a la vista los muchos callejones sin salida, las paradojas y aporías de la filosofía. En ningún sistema filosófico parece encajar armoniosamente la cuestión del mal. A los principios filosóficos de tinte cristiano, que logran explicar desde la filosofía las grandes preguntas como el ser de las cosas, el ser del hombre, al Dios filosófico cristiano, la creación, la libertad, entre tantas otras, parece quedarle incompleta la explicación del mal. Por ahora, la filosofía ha llegado a su límite. La hemos puesto en jaque. La hemos dejado sin más herramientas. Dio lo que podía dar, un aporte extremadamente valioso, pero no es suficiente. La filosofía no responde a las grandes aspiraciones del hombre, ni a sus dolores más profundos. Los formula muy bien, les da estructura, los hace razonables y lógicos, pero no llena el vacío del corazón humano. Es requisito indispensable para seguir ahondando, dar ahora un salto de fe. Para esto debemos cambiar de «juego lingüístico» como diría Wittgenstein.

De aquí en adelante, la lectura de este trabajo requiere la aceptación de Dios en materia de fe. Damos por cierta la Revelación, sin su demostración racional, ya que si pudiéramos encerrarla en la razón, perdería su carácter de Revelación. Partimos del presupuesto de que Dios es el creador, que es trino, que es uno y que es amor. Damos por cierta la encarnación de Jesús, del seno purísimo de la Virgen María, que asumió carne humana sin dejar por eso de ser Dios, para asumir nuestra condición y al final de su vida, ser crucificado por nuestros pecados para redimirnos. Creemos que Él asume el dolor y la corrupción humana para devolvernos a Dios, para darnos la vida de la Gracia y la vida eterna. Y que en su Pasión, muerte y resurrección resignifica el misterio del dolor y del mal en el mundo. Creemos que Dios lo resucitó de entre los muertos, que está presente en la Eucaristía, que está sentado a la derecha del Padre y que vendrá nuevamente. Por último, el credo cristiano reza la comunión de los santos y la resurrección de la carne para la vida eterna.

A partir de estas verdades continuaremos con nuestro análisis. A lo mejor con la teología se logran dar algunas respuestas más que con la filosofía. A lo mejor nos damos cuenta que lo incompleto del sistema filosófico cristiano se viene a completar con Jesucristo. La historia necesitaba un Salvador, la humanidad necesitaba a Jesús de Nazaret.

III. 1. El sufrimiento, talón de Aquiles del cristianismo

El mal ha representado siempre para el cristianismo un gran desafío, y aún más, una aparente debilidad. Se dice que es su talón de Aquiles, y especialmente el sufrimiento inocente. Allí, parece que la desproporción de dolor es excesiva, y lo que despierta contradicción es el silencio de Dios frente a esta desproporción.

Georg Büchner en su obra *La muerte de Danton*⁹³ habla del sufrimiento como la roca del ateísmo. Es en el dolor donde el ateísmo toca la herida cristiana. Pues el sufrimiento es herida para el cristiano, herida que duele, herida que arde. Es herida para todos, herida para el que cree en Dios y para el que no cree. El mal es el talón de Aquiles del cristiano y la roca del ateo. Ahora bien, si es aparente debilidad del cristiano, ¿es fortaleza del ateo? ¿Qué gana el ateo eliminando a Dios de la ecuación, utilizando el argumento del sufrimiento? ¿Acaso lo resuelve? ¿O lo empeora? El dolor, y más aún, el dolor inocente, es talón de Aquiles de todos, es «debilidad» para todos.

«Lo que realmente lleva a muchos autores a enfrentarse con Dios, o a negar su existencia, es el doloroso espectáculo de la muerte de inocentes»⁹⁴. Esto es así, sin embargo, hay que dar como buenos cristianos mejores razones de nuestra fe. Muchos, muchísimos son los que se alejan de Dios luego de atravesar una experiencia de sufrimiento por los discursos de consuelo cristianos, que no sacian, si no que rebelan.

Hace poco presencié un funeral. El hijo del fallecido, un reconocido artista madrileño, comentó que el evento que desencadenó la muerte de su padre había sido una caída por las escaleras a la salida de Misa. Dijo su hijo que luego de la comunión profunda de su padre con Dios en aquella Misa, la providencia había decretado que ya era su hora de partir. ¿Acaso la providencia hizo que resbalara y cayera por las escaleras? Discursos como éste, son los que despiertan contradicción. Son discursos generadores de ateos, dan ganas de ser ateo al escucharlos. En palabras de Ricoeur, el ateísmo hace una «protesta del sufrimiento humano que no acepta dejarse incluir en el ciclo del mal moral a título de retribución, ni tampoco dejarse enrollar bajo el estandarte de la providencia, otro nombre de la bondad de la creación»⁹⁵. Si la explicación del dolor, las tragedias y la muerte es la retribución y la providencia, se hace fácil adherir al personaje de Dostoyevski Iván Karamazov, y también devolverle la entrada a Dios.

⁹³ Büchner, Georg. *La muerte de Danton*. Obras Completas, Trotta, Madrid, 1992, pág. 112.

⁹⁴ Beorlegui, Carlos. *Óp. Cit.*, pág. 519.

⁹⁵ Ricoeur, Paul. *Óp. Cit.*, pág. 54.

Hace poco asistimos a la presentación de un ensayo que contaba la historia de un niño de cinco años con diagnóstico de cáncer. Uno de los presentes, afirmó conmovido que Dios estaba forjando al pequeño a golpe de mazazos para hacerlo mejor, como un herrero trabajando en su taller. Es el mismo planteo que hace Lewis en una de sus conferencias en la película *Tierra de Penumbras*, donde dice: «Somos como bloques de piedra a partir de los cuales el escultor poco a poco va formando la figura del hombre a los golpes. De su cincel que tanto daño nos hace, también nos hace perfectos»⁹⁶. ¿Por qué Dios haría esto con un niño de cinco años? ¿No es algo cruel?

Oí también hace poco el testimonio del hermano mayor de un adolescente de dieciséis años que murió de leucemia. El joven contaba que cuando su hermano estaba enfermo, los demás le decían que cuando rezara tenía que aceptar la voluntad de Dios. Pero él frente a dichos comentarios en sus adentros se rebelaba, pues si la voluntad de Dios era que su hermano esté enfermo, él jamás podría aceptar la «voluntad de Dios». ¿Qué clase de Dios es éste? Dios no *quiere* que nadie se enferme, que nadie sufra. ¡Ésa no es la voluntad de Dios! Podría seguir escribiendo decenas de ejemplos como éstos. Cada día se oyen discursos similares en el hospital trabajando como enfermera pediátrica.

Somos los mismos cristianos los que damos estas respuestas y convertimos en ateos a cualquier persona con sentido común. Si Dios tira personas por las escaleras, o trabaja a golpes el alma de un niño para hacerlo mejor, o quiere que un adolescente sufra una leucemia, nadie querría tener parte con un Dios así. Son este tipo de argumentos los que sostienen la negación de Dios de los ateos, que puede ser negación o aceptar que exista, pero si es así, rechazarlo y no querer tener nada que ver con ese Dios. Dicho de otro modo, se puede creer o no creer en Dios, aceptar o no aceptar su existencia. No obstante, es distinto aceptar su existencia y rechazarlo, creer que existe pero no querer tener que ver con Él. ¿Qué Dios rechazan los que no creen en Dios? ¿Es al verdadero Dios o la imagen que han recibido de Él?

Por otro lado, parece ser que el problema no es tanto el sufrimiento en sí sino más bien la injusticia de ciertos padecimientos. Y esta razón puede ser muchísimo más fuerte que todo argumento lógico para negar la existencia de Dios. W. Kasper ha escrito: «Las experiencias del sufrimiento inocente e injusto constituyen un argumento existencialmente mucho más fuerte contra la creencia en Dios que todos los argumentos basados en la teoría del conocimiento, en las ciencias, en la crítica de la religión y de la ideología y en cualquier tipo

⁹⁶ *Tierra de Penumbras*. Dirigida por Richard Attenborough, Creative Films, 1993.

de razonamiento filosófico»⁹⁷. Volvamos a traer el trilema de Epicuro previamente planteado. Nos dice José Ramón Busto Saiz que la respuesta a dicho problema es que Dios quiere y puede acabar con el sufrimiento, pero que no quiere o puede hacerlo de cualquier manera. Lo hace compadeciéndose, es decir, dejándose afectar Él mismo por el dolor. « La imagen de Dios revelada en Jesucristo muestra el compromiso de Dios para acabar con el sufrimiento. Pero muestra también el modo utilizado por Dios para acabar con él: superarlo desde dentro; redimirlo»⁹⁸.

Decíamos al inicio de este apartado que el sufrimiento era el talón de Aquiles del cristianismo y la roca en la que se afirmaba el ateísmo. Busto Saiz responde a esto de la siguiente manera:

«El sufrimiento, entonces, en lugar de ser la roca del ateísmo porque tomándola como cimiento justificaría la negación de Dios, vendría a constituirse en uno de los lugares teológicos de la verdadera religión por servir de sólido punto de apoyo para negar sólo algunas de las falsas imágenes de Dios y ser, en cambio, la roca sobre la que edificar la imagen del verdadero rostro de Dios más próxima a su misterio incomprensible de amor, trascendencia y libertad»⁹⁹.

El autor propone dar al sufrimiento un lugar teológico esencial. Nos dice que tiene la capacidad de purificar las imágenes contaminadas de Dios, para traer luz al verdadero rostro divino. ¡Vaya responsabilidad! Revelar a la humanidad, como la Verónica, la santa faz de su Dios. En la historia de Santa Verónica, la tradición cristiana nos dice que sólo en el camino del dolor se reveló para los siglos el verdadero rostro de Dios, en la sangre y el sudor del sufrimiento de Cristo, marcado en un velo blanco puro ofrecido por amor. Es así como el sufrimiento es capaz de revelar el verdadero rostro de Dios.

III. 2. ¿Cuál es el verdadero Dios?

Ahora bien, habiendo introducido este tema, nos encontramos con un serio dilema. Frente al sufrimiento inocente se está jugando la imagen de Dios. Si preguntamos a distintas personas acerca de los rasgos que tiene «su Dios» nos encontraremos seguramente con una multiplicidad de dioses distintos entre sí, con características opuestas incluso. Repito

⁹⁷ Kasper, W., *El Dios de Jesucristo*, Sígueme, Salamanca, 1985, pág. 188.

⁹⁸ Busto Saiz, José Ramón, SJ. *Óp. Cit.*, pág. 43.

⁹⁹ *Ibid.*, pág. 47.

entonces, lo que se juega en el problema del mal es principalmente la imagen de Dios. ¿Cuál es la imagen fiel de Dios? ¿Podemos acceder a ella?

José María Mardones en su libro *Matar a Nuestros Dioses*¹⁰⁰ plantea esta cuestión, e irá desglosando los distintos prototipos de dioses falsos que debemos «matar» para acceder al verdadero. Capítulo a capítulo irá explicando las distintas ideas distorsionadas de Dios y dará ciertas claves y sugerencias para acceder al verdadero.

Nos habla del Dios del miedo, y la utilización religiosa que se ha hecho de él para manipular el actuar humano. Dios no es miedo, Dios es amor. Y el hombre buscará no herir al amor, porque lo ama, no porque le tema. Habla también de un Dios intervencionista como un modo peligroso de entender la presencia de Dios en el mundo. Un Dios que dirige todo. Da ciertas aclaraciones de cómo entender la providencia o presencia de Dios en el mundo, no al modo intervencionista sino «intencionista», como lo llama él. No es una presencia directa, que interviene continuamente. Dios ha creado seres libres y nos confía nuestra propia vida. No por esto nos deja solos, como creería un deísta, un Dios que crea pero que luego deja a su criatura abandonada. Es interesante la idea de Habermas que trae el autor acerca del «Dios ausente», que «crea retirándose». Según esta visión, Dios debería replegarse un poco para dejarnos ser.

Continúa con una imagen sorprendente de Dios: dependiente del hombre. «El Dios todopoderoso se despoja de su poder a favor de la autonomía del mundo y del ser humano»¹⁰¹. Cuando se cree en este tipo de Dios no intervencionista caemos en errores como «Dios no hace nada», «Dios no soluciona nada». Dice Mardones que el Dios «milagrero» es un pobre dios ya que lo convierte en un Dios arbitrario, algo infantil.

Por otro lado, advierte del peligro de centrar la fe en lo sacrificial de la Pasión de Jesucristo, diciendo que puede acarrear consecuencias nefastas. Por el contrario, propone una idea de cruz ligada a la vida y la resurrección, matar al dios de sacrificios para creer en el Dios de la vida. A Mardones no le es ajeno el problema del sufrimiento. Se pregunta por el misterio del sufrimiento y se pregunta de dónde viene. Da peso a la finitud, diciendo que Dios inevitablemente tuvo que crearnos finitos y eso implica limitaciones, imperfecciones. Afirma que Dios es el anti-mal y nos llama a colaborar con Él en la lucha contra el mal.

¹⁰⁰ Mardones Martínez, José María, *Matar a nuestros dioses*, PPC Editorial, España, 2010.

¹⁰¹ *Ibíd.*, pág. 53.

Tenemos también en su obra la descripción del Dios de la imposición, llamado por él «caricatura de Dios». Un Dios de la sumisión, represivo de la sexualidad y moralista. Y Mardones sostiene que Dios no impone nada, que Jesús no era así. «Dios no quiere nada que no brote de mi libertad»¹⁰², Dios confía en nosotros y nos quiere libres. Por eso nos creó libres. Ahora bien, esa libertad exige responsabilidad. Los mandamientos no son mandatos sino descubrimientos de la conciencia humana, y nos dice Mardones que siguiéndolos, nos haremos dueños de nuestra conciencia, y así nuestra voluntad se convertirá en la voluntad de Dios. «La voluntad de Dios es nuestra propia voluntad cuando actuamos en conciencia»¹⁰³. El Dios de la libertad, en contraposición con el Dios de la imposición, nos hace dueños.

Es precioso cuando habla del «embarazo divino», dando a entender con esta imagen que Dios lleva en su seno a la humanidad toda queriendo que ésta llegue a su plenitud.¹⁰⁴ No es fácil asociar a Dios como una madre, sin embargo, encontramos en el Antiguo y Nuevo Testamento numerosas rasgos maternos de Dios. Dios no tiene género, Dios es madre y padre.

Nos propone Mardones también, un Dios solidario, en contra cara con el Dios individualista que a veces nos creamos. El individualismo es la expresión del pecado original. Dios es padre y madre nuestro, Dios viene a nuestro encuentro, no es celoso. En la encarnación se solidariza con lo más bajo, con lo distinto. «La encarnación significa que el ser humano es el acceso a Dios»¹⁰⁵. El hecho de que seamos un «nosotros» y no un «yo» individualista, nos invita a una compasión efectiva. Dios es trinidad, es comunicación, es relación. Y nosotros, imagen y semejanza suya, también somos relación.

Lo que vemos con Mardones es que existe una multiplicidad de imágenes de Dios, y a la hora de afrontar el mal de cara a Dios, se puede hacer de tantas maneras posibles como dioses falsos podamos crear. Es importante plantearse en qué Dios creemos, cuáles son sus características para poder afrontar con Él, de la mejor manera posible, el dolor. Con una imagen sana y fiel de Dios podremos sin duda atravesar el sufrimiento mejor. No anularlo, pero sí vivirlo de un modo diferente, y por qué no, con sentido.

Mardones no es el único que escribe acerca de las imágenes de Dios. Sus ideas se basan en la evolución histórico-cultural de la humanidad. A lo largo de la historia la imagen

¹⁰² *Ibíd.*, pág. 100.

¹⁰³ *Ibíd.*, pág. 108.

¹⁰⁴ *Ibíd.*, pág. 124.

¹⁰⁵ *Ibíd.*, pág. 144.

de Dios fue cambiando. En la tradición judía la imagen de Dios se fue transformando según los hechos históricos que fueron sucediendo. Tenemos en primer lugar la imagen del Dios castigador por los pecados del hombre, que lo reprende para corregirlo y que quiere traerlo de nuevo hacia sí. «La teología deuteronomista comprende la destrucción de Jerusalén como un castigo de Dios que trata de atraer con lazos de amor a su pueblo elegido cuando éste le olvida yéndose tras otros dioses que nada son»¹⁰⁶.

De esta concepción nacen las ideas algo paradójicas de un Dios que por amor castiga para que volvamos a Él. Podemos ver muchos vestigios de esta concepción en la actualidad. El mal enviado entonces es una demostración del amor y la bondad divina para nuestra conversión. «Esa acción de Dios contra su pueblo no sólo no testifica el final del amor de Dios para con Israel, sino que precisamente la demuestra. El castigo resulta entonces el medio del que Dios se ha valido para llamar al pueblo a la conversión»¹⁰⁷.

Cuántas veces experimentamos la enfermedad como un castigo de Dios, y traducimos su severidad en amor, en demostración de amor. «Dios da a sus mejores soldados las batallas más difíciles» se dice popularmente. La cuestión no está en que uno sea mejor o peor «soldado». ¿Cuántos soldados se han perdido en las batallas difíciles que «manda» Dios? Pues muchos. Esta afirmación trabaja en el orgullo del hombre. ¿Quién no quiere ser el mejor soldado? Pero si tuviera que elegir el título de «mejor soldado» o tener a mi hijo vivo, ¿con qué me quedo?

Otra expresión similar es la de «Dios aprieta pero no ahorca». Que no ahorque se entiende, pero, ¿por qué tiene que apretar? Una vez, más, que Dios sea capaz de sacar bien de los males no significa que Él quiera ese mal, que nos lo envíe para hacernos mejores. Dios por amor no castiga, Dios no es así. No necesita del castigo para atraernos a Él, para convertir nuestro corazón. Como consecuencia de sufrir esto puede suceder, pero no hace responsable a Dios de los males que padecemos.

Continuando con nuestro análisis, vemos como nuestra idea cristiana de Dios y el sufrimiento tiene sus raíces en la tradición judía. «Hasta qué punto ha sido precisamente el sufrimiento el ámbito donde se ha configurado la imagen, primero judía y luego cristiana de Dios»¹⁰⁸. Pero en la misma tradición judía, y debido al sufrimiento, es que la definición de Dios se fue tergiversando. Había que hacerlo encajar con el dolor, que sea compatible con Él.

¹⁰⁶ Busto Saiz, José Ramón, SJ. *Óp. Cit.*, pág. 18.

¹⁰⁷ *Ídem.*

¹⁰⁸ *Ibid.*, pág. 11.

«El sufrimiento se convirtió así en el punto de apoyo para configurar una nueva imagen de Dios»¹⁰⁹. Pero, ¿en qué Dios convertimos al Dios judeocristiano?

Por un lado se encuentra la finitud y la muerte pero, ¿y el sufrimiento? «En la tradición bíblica, la muerte y el sufrimiento no son vistos como algo querido por Dios ni tampoco como creaturas suyas. La Sabiduría de Salomón afirma que «Dios no hizo la muerte ni se goza en la perdición de los vivos»¹¹⁰»¹¹¹. No sabemos cómo era en el origen, si el hombre moría o no, pues las limitaciones de la finitud no se vivían como males. Lo que sí parece estar claro es que no había dolor y que éste se origina a partir del pecado. Es el pecado el que convierte las limitaciones en males.

A su vez, tenemos también la llamada Teoría de la Retribución, también de origen judío que explica el sufrimiento como consecuencia del pecado. «Por donde uno peca, por ahí es castigado»¹¹². Toda enfermedad, desgracia, o tragedia tenían para el judío una justificación. El que las padecía, de algún modo, conocido o no, las merecía, sea por sus propios actos o los de sus padres. Así los sufrimientos humanos se convertían en los castigos, la retribución, el juicio divino. Pecado y enfermedad quedaron desde entonces fusionados, siendo uno la causa del otro. Los planos físico y metafísico se relacionan, siendo la enfermedad un medio de expiación. La terapia es entonces la conversión.

¿No tenemos vestigios de esta idea de Dios? ¿No habrá que «matar» a este dios? Pero, ¿cuál es el verdadero entonces?

III. 3. ¿Cuál era el plan original?

Si Dios nos permite reconocer y comprender el ciclo natural, no es para que nuestra vida se convierta en una locura desgarradora, sabiendo lo que nos espera. La gran pregunta es: ¿cuál era el plan original? ¿Cómo era ese mundo donde la mujer no paría con dolor, donde el hombre no estaba condenado a trabajar para vivir a costa del sudor de su frente? ¹¹³¿Éramos seres inmortales? ¿Sí? ¿Y con la caída solo conservamos el anhelo de la eternidad? Sabemos que originalmente no había dolor, ni enfermedad. ¿Cuál era entonces el plan original? Podemos conocer algunas cosas sobre él a través de las Escrituras y las mismas palabras de Jesús. En este planteo se juega la definición histórica o pseudo-ontológica del mal físico.

¹⁰⁹ Sal 41,5.

¹¹⁰ Sab 1,13.

¹¹¹ Busto Saiz, José Ramón, SJ. *Óp. Cit.*, pág. 30.

¹¹² Sab 11, 16.

¹¹³ Gn 3, 16-19.

El origen del mal en la tradición judeocristiana se relata en los primeros capítulos del Génesis. Es importante aclarar que el relato de la caída no es una narración histórica, no son hechos que sucedieron. El relato posee más bien un estilo literario parecido al mito y su lenguaje se basa en símbolos. Vamos a resumirlo brevemente. Se encontraban en el Edén Adán y Eva, el primer hombre y la primera mujer. Allí gozaban de la creación, vivían en armonía con toda ella, y con su Creador. Existía en el paraíso un árbol denominado «el árbol de la ciencia del bien y del mal», del cual Dios les había prohibido tomar fruto. «Y Dios impuso al hombre este mandamiento: «De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio»¹¹⁴. Un día estando Eva sola, se le presentó una serpiente, insinuándole que tomara fruto de aquel árbol, pues haciéndolo conocería el bien y el mal y sería como Dios. «Seréis como dioses, conocedores del bien y del mal»¹¹⁵. Eva no sólo lo hizo sino que dio de comer del fruto a Adán. En ese instante, ambos notaron que estaban desnudos y se escondieron. Cuando Dios salió a su encuentro aquella tarde, dándose cuenta de lo que habían hecho, maldijo a la serpiente y expulsó a Adán y a Eva del jardín del Edén.

¿Qué nos dice el relato? En primer lugar, debemos señalar que Adán viene a representar a todos los hombres. De hecho, es lo que significa el nombre «Adán» en hebreo¹¹⁶. ¿Qué significa esto? Pues que lo que les sucede a Adán y a Eva es lo que le sucede a cada hombre a lo largo de la historia, de su historia personal. Vemos a su vez, que el Génesis intentará designar a la humanidad la responsabilidad de su desgracia, liberando a Dios de dicha culpabilidad.

Si vamos un poco más atrás en el relato, a la narración de la creación, vemos que cuando Dios creó el universo de la nada, «vio Dios todo lo que había hecho, y todo era muy bueno»¹¹⁷, por lo que concluimos que todo lo que procede de Dios es bueno, todo lo que Él creó es bueno. No obstante, si seguimos con el relato nos encontramos con lo siguiente: «Dios se fijó en la tierra y vio que estaba pervertida»¹¹⁸. ¿Qué sucedió? Si todo lo que Dios creó era originalmente bueno, ¿qué fue lo que pervertió la tierra? Pues lo que se relata en medio de estos dos pasajes citados es el pecado original, ocasionado por la libertad humana.

¹¹⁴ Gn 2, 16-17.

¹¹⁵ Gn 3, 5.

¹¹⁶ González-Carvajal Santabárbara, Luis, *Ésta es nuestra fe: Teología para Universitarios*, Sal Terrae, España, 2001, pág. 19.

¹¹⁷ Gn 1, 31.

¹¹⁸ Gn 6, 12.

El mal según el relato bíblico es introducido por el hombre, abusando de la libertad que Dios le dio. Lo primario fue la bondad de Dios y el mal introducido por la libertad humana sucede en segundo lugar, es la consecuencia -¿inevitable?- de un bien. Es importante resaltar la conclusión de que el bien es anterior al mal. El mal es, por tanto, secundario, cronológicamente posterior, y, curiosamente, podría no haber existido. ¡El mal es un accidente! No estaba en el plan original. Podría no haber pasado, de hecho, era lo esperable que no pasara. ¿Era una opción? Sí, porque al crear seres libres Dios corría el riesgo de que sucediera. Y Dios «corrió el riesgo» de crearnos por lo bueno que había en el hombre. Por lo tanto, el mal es secundario, podríamos decir que es histórico ya que podría no haber existido y sin embargo, sucedió. ¿El mal físico también es histórico? Pues si éste es ocasionado por el mal moral (pecado) que es histórico, el mal físico entonces también debería serlo.

Vamos a aclarar otra cuestión más. A veces el relato añinado del Génesis no nos deja ver con madurez y responsabilidad los hechos. No existió tal manzana, ni tampoco una serpiente seductora. Todo aquello es un símbolo, es un relato con tintes mitológicos. Ahora bien, no es que todos seamos herederos de una mancha de la cual no fuimos responsables. Lo que quiere decir el relato del Génesis es que todos nacemos en un mundo ya corrompido por cada hombre. Es lo que San Juan Pablo II denominó «estructuras de pecado», «pecado institucional» o «pecado del mundo»¹¹⁹. Estas estructuras de pecado generan un poder extraño que corrompe al hombre desde su nacimiento. El pecado original es por tanto, una responsabilidad colectiva. Veamos ahora el interesante planteo que Luis González-Carvajal describe en *Esta es nuestra fe*:

«Preguntémonos ahora cómo eran los seres humanos antes de pecar; es decir, en aquel estado que los teólogos llaman «de justicia original», cuyos supuestos dones (inteligencia, ausencia de enfermedades, inmortalidad, etc.) se perdieron tras el pecado. (...) el magisterio de la Iglesia nunca ha definido si los seres humanos dispusieron alguna vez de los bienes que relacionamos con el Paraíso y los perdieron después por causa del pecado, o únicamente estaba en marcha un proceso que habría llevado a su adquisición si el pecado no lo hubiera corrompido»¹²⁰.

¹¹⁹ Juan Pablo II, *Combatir el pecado personal y las «estructuras de pecado»*, Audiencia general. Miércoles 25 de agosto de 1999.

¹²⁰ González-Carvajal Santabárbara, Luis. *Óp. Cit.*, pág. 32.

No sabremos si en ese estado original la muerte hubiera existido igual, podemos creer que sí pues por ejemplo en el caso los animales, éstos sin haber pecado, también mueren. A lo mejor la muerte también existía y era el paso sereno a la plena realización del ser, sin dolor, sin sufrimiento.

Pero continuando con nuestro análisis, la explicación del pecado original que parece responsabilizar al hombre de sus propios males no termina de dar una respuesta satisfactoria. No hemos solucionado nada, pues podríamos objetar que si Dios, creando al hombre libre, podría haber previsto su pecado original y evitar el «error», al no hacerlo entonces no es bueno o no es todopoderoso. Nos encontramos con que Dios siempre está comprometido en el problema del mal. Volvemos al inicio con el trilema de Epicuro.

No obstante, no hay que perder de vista en el relato del Génesis la aparición de un personaje que parece alivianar la culpabilidad de Adán, es decir, de todos los hombres. Y con este personaje podemos arrojar más luz a la cuestión original del mal. Estamos hablando de la serpiente, que simboliza al diablo. Parece que la concentración del mal viene precedida por este ser difícil de describir. Deducimos con su presencia y existencia que el mal ya estaba presente antes de ser cometido por los hombres, por lo tanto, es exterior a ellos.

¿Quién es el culpable entonces? Se dice de él que originalmente era un ángel, el más luminoso y bello de todos, pero que se rebeló. Seguimos yendo más atrás en el origen del mal. La misma pregunta surge en el caso del demonio. ¿Por qué él cayó? Estamos en el mismo punto de partida. Únicamente que ahora parece que ni Dios, ni el hombre son los responsables, sino que el diablo es el culpable. Con estas aclaraciones podemos afirmar una cosa más que es muy interesante: el hombre es responsable, sí, pero sobre todo, es víctima del mal.

La historia del génesis no queda inconclusa con el hombre expulsado del Edén. Con la encarnación de Dios en Jesús comienza la respuesta de Dios al mal, y en la resurrección de Cristo se crea de nuevo. La nueva creación es Él y luego seremos nosotros, con cuerpo glorioso, resucitado como el suyo, y viviremos eternamente con Él. «Dios no despierta en el alma deseos irrealizables» diría Santa Teresita de Lisieux. Por lo tanto, si Dios nos hace abrazar con tanta fuerza la vida es porque no moriremos. De ese modo el anhelo de vida que habita en el corazón del hombre se colmará. Somos seres finitos atravesados por el infinito.

Para concluir este apartado, podemos trasladar la pregunta del origen a la pregunta por el sentido. El origen continuará siendo un enigma. No obstante, ¿podemos darle un sentido al mal? ¿Es el dolor un absurdo o se puede dotar de sentido alguno?

III. 4. Job

Si vamos a hablar de sufrimiento inocente desde una perspectiva teológica, no podemos no hablar de Job. Continuando con los relatos bíblicos, luego del Génesis, el libro que más trata la cuestión del mal en el Antiguo Testamento es el de Job. Siempre se recurre a él a la hora de hablar del sufrimiento inocente.

Cuenta el relato del Antiguo Testamento que Job era un hombre « íntegro y recto, temeroso de Dios y alejado del mal»¹²¹, padre de siete hijos y tres hijas, y el hombre más rico de la región. Un día el «adversario» se presentó frente a Dios y le preguntó por él. Dios le respondió que no había nadie en la tierra cómo Job, pero el adversario cuestionó dicha afirmación diciendo que seguro lo maldeciría si llegara a quitarle su protección. Esta provocación hizo que Dios le permitiera quitarle todo, pero le hizo una interesante advertencia: «no pongas tu mano sobre él»¹²². Luego de este hecho, el adversario mandó aniquilar sus animales, destruyó sus bienes y finalmente hizo que sus diez hijos murieran. Frente a tal desgracia Job exclamó: «Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allí. El Señor me lo dio y el Señor me lo quitó: ¡bendito sea el nombre del Señor!»¹²³. Y Dios se enorgulleció de su servidor.

No obstante, el adversario nuevamente provocó al Señor. Le dijo que si Job perdiera su salud, dejaría de honrarle. Dios nuevamente aceptó que interviniera el adversario pero le prohibió que acabara con su vida. Y Job recibió del maligno una terrible enfermedad. Frente a ella Job proclamó: «Si aceptamos de Dios lo bueno, ¿no aceptaremos también lo malo?»¹²⁴, y más adelante: «porque él hiere, pero venda la herida; golpea, pero sana con sus manos»¹²⁵.

Al enterarse de las desgracias de Job sus amigos recurrieron a su encuentro para intentar consolarlo. Sus consuelos se basaban en los siguientes argumentos: «Si tus hijos pecaron contra él, él los dejó librados a sus propios delitos. En cambio, si tú recurres a Dios e imploras al Todopoderoso, si te mantienes puro y recto, seguramente, él pronto velará por ti y

¹²¹ Job, 1,1.

¹²² Job 1, 12.

¹²³ Job 1, 21.

¹²⁴ Job 2, 10.

¹²⁵ Job 5, 18.

restablecerá tu morada de hombre justo»¹²⁶. Decenas de capítulos narran luego el lamento de Job, y los intentos fracasados de consuelo de sus amigos. Job se indigna frente a sus dichos y les reprocha: « ¿Es por Dios que ustedes hablan falsamente y para favorecerlo apelan al engaño? ¿Se muestran parciales en atención a él y pretenden ser los abogados de Dios? ¿Eso los beneficiará cuando él los examine? ¿Jugarán con él como se juega con un hombre?»¹²⁷.

Finalmente es Dios quien dialogará con Job: « ¿Abarcas con tu inteligencia la extensión de la tierra? Indícalo, si es que sabes todo esto»¹²⁸, « ¿Conoces las leyes de los cielos? ¿Regulas su dominio sobre la tierra?»¹²⁹. Siguiendo con su discurso, interpela a Job quien se ha atrevido a culparle de sus males: « ¿Quieres realmente anular mi sentencia, y condenarme a mí, para justificarte?»¹³⁰. Luego de hablar con Job el Señor se dirige a sus amigos reprendiéndolos por sus consuelos: «Mi ira se ha encendido contra ti y contra tus dos amigos, porque no han dicho la verdad acerca de mí, como mi servidor Job»¹³¹.

El libro concluye relatando que Dios duplicó todos los bienes de Job y que hubo una gran fiesta luego de la desgracia. «El Señor bendijo los últimos años de Job mucho más que los primeros. (...) Job murió muy anciano y colmado de días»¹³².

Lo que plantea el libro de Job es el sentido del sufrimiento inmerecido que sufre la humanidad. Y Job se queja, le reprocha a Dios sus males, la desproporción de sus males. ¿Por qué Dios no intervino? «Con frecuencia, lo más difícil de aceptar para el hombre que sufre no son tanto los dolores que le hacen padecer, cuanto percibir la injusticia que supone, por inmerecido, el dolor que le atenaza y su falta de sentido»¹³³. El libro de Job logra ser una protesta teológica muy sólida. Sin embargo, la fuerza del planteamiento no se condice con la respuesta por parte de Dios que el lector espera encontrar al final, que de algún modo lo decepciona.

¿Qué sucede al final? «La enfermedad inmerecida e inexplicada le ha llevado a conocer de otro modo al Creador, que antes creía conocer. Haber sufrido ha sido para Job un encuentro revelatorio con la divinidad»¹³⁴. Job dialoga con Dios, le conoce de un modo nuevo luego de haber sido atravesado por el dolor. Y Dios podemos decir que recompensa a Job

¹²⁶ Job 8, 4-6.

¹²⁷ Job 13, 7-9.

¹²⁸ Job 38, 18.

¹²⁹ Job 38, 33.

¹³⁰ Job 40, 8.

¹³¹ Job 42, 7.

¹³² Job 42, 10-17.

¹³³ Busto Saiz, José Ramón, SJ. *Óp. Cit.*, pág. 20.

¹³⁴ *Ibid.*, pág. 23.

duplicando todos sus bienes. Son los frutos buenos de los males, sí. Sin embargo, por más que Job haya tenido diez hijos más, ¿podrá olvidar a sus primeros diez fallecidos? El dolor de Job no se anuló, lo que padeció no se esfuma por duplicársele los bienes luego.

El libro de Job deja muchísimas preguntas abiertas. Encontramos en él la narración bíblica que expresa con claridad y mucha fuerza nuestro cuestionamiento del dolor inocente, pero lamentablemente no termina de responder a los tantos interrogantes que plantea.

III. 5. Dios médico

«Sanar el dolor, entonces, no es sólo una obra de filantropía sino una obra estrechamente ligada a la redención de Cristo, en cuanto pone en acto sus beneficios y extiende la liberación también a la zona de la materia y tiende a restaurar la armonía, el orden y el bienestar también físico del cual el hombre gozaba antes de la caída original y al cual ahora tiende con todas las fuerzas de su ser»¹³⁵.

Veámos en apartados anteriores las distintas imágenes falsas de Dios que podríamos tener. Podemos continuar con el camino de purificar la imagen de Dios indagando en las propias imágenes que usa Dios en el Antiguo Testamento o Jesús en el Nuevo, para referirse a sí mismo: pastor, sembrador, viñador, hortelano, arquitecto, pescador, entre tantas otras. De cada una podríamos decir algo pero nos vamos a detener un poco más en la imagen de Dios médico, Dios médico de cuerpos y almas. Si nuestra pregunta es por qué sufren y mueren los niños qué mejor que preguntársela al Dios que se dice médico Él mismo.

Introduciéndonos primero en la imagen de Dios médico, nos encontramos con que ya en el Antiguo Testamento Dios se presenta con dicha «profesión». Lo hace a través de los salmos: «es el médico de todas tus enfermedades»¹³⁶, «él cura los corazones contritos, y venda sus heridas»¹³⁷. Y también en libros como el de Jeremías a quién le dice «seré yo quien cicatrice tu herida y curaré tus llagas»¹³⁸. En Isaías se predice un mesías sanador de dolencias: «El Espíritu está sobre mí. Me ha enviado a proclamar la liberación de los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos»¹³⁹.

¹³⁵ Gnocchi, Carlo, *Gli Scritti*, (Traducción, Introducción y Notas P. Miguel Ángel Fuentes, I.V.E., Colección «Madurez Cristiana») Ed. Ancora Milano, Fondazione Pro Juventute, Milano 1993, pág. 25.

¹³⁶ Sal 103,3.

¹³⁷ Sal 147,3.

¹³⁸ Jr 30, 17.

¹³⁹ Lc 4, 18-19.

Jesús en el Nuevo Testamento viene a confirmar esta profesión divina. Se nos presenta en el mundo como médico de cuerpos y almas. «No tienen necesidad del médico los sanos, sino los enfermos»¹⁴⁰, «No he venido a sanar a los sanos sino a los enfermos»¹⁴¹. Durante toda su vida pública Jesús de Nazaret se ha compadecido del dolor humano. Jesús es el rostro compasivo de Dios. Vemos en Él el corazón de Dios que se compadece del sufrimiento humano. Compasión es «padecer con», y Dios en Jesús padece con nosotros.

Es verdad de fe que Jesús es Hijo de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad. Pero es verdad de fe que asumió la condición humana, teniendo así dos naturalezas. Jesús además de ser Dios es humano, muy humano. Nacido de mujer, sujeto a todas las necesidades humanas. Jesús tuvo hambre, sed, fatiga, sueño. Le pidió agua a la Samaritana, se durmió en la barca, compartió el pan con sus discípulos y con multitudes. Jesús lloró, por Jerusalén y por su amigo Lázaro. ¿Qué más humano que aquello? Jesús sufre en su humanidad, como Dios, al igual que todos nosotros. Y no solo sufre como nosotros y con nosotros, sino que combate el dolor.

«La imagen de Dios que nos transmite el anuncio y la actuación de Jesús es la de un Dios salvador benevolente con el hombre y deseoso de evitarle el sufrimiento y la muerte. La superación del sufrimiento resulta, pues, una dimensión esencial de la predicación de Jesús sobre Dios y, por tanto, de la fe cristiana»¹⁴².

Su ministerio se centra casi completamente en sanar a los enfermos. «Si excluimos la Pasión, casi la mitad Evangelio de Marcos -209 versículos de 425- son milagros de curaciones»¹⁴³. Sus milagros son en su gran mayoría sanaciones: devuelve la vista a los ciegos, hace oír a los sordos, hace caminar a paralíticos, devuelve la movilidad a quien tenía su mano paralizada, cura a la hemorroísa, y a muchos leprosos, a epilépticos, a endemoniados, por poner solo algunos ejemplos. Y aún más, Jesús hasta resucita a los muertos: la niña Talitha kum, a su amigo Lázaro, al hijo del centurión. «El Evangelio narra tres resurrecciones y veintitrés curaciones. Y agrega de forma genérica que hizo otras muchas»¹⁴⁴¹⁴⁵.

¹⁴⁰ Mt 9, 12.

¹⁴¹ Mc 2, 17.

¹⁴² Busto Saiz, José Ramón, SJ. *Óp. Cit.*, pág. 32.

¹⁴³ Clase del profesor Javier de la Torre, «El sentido cristiano del sufrimiento», Universidad Pontificia Comillas, 2024.

¹⁴⁴ Jn 20,30.

¹⁴⁵ González-Carvajal Santabárbara, Luis. *Óp. Cit.*, pág. 51.

Sin embargo, Jesús no curó a todos los enfermos ni resucitó a todos los muertos. ¿Por qué sana a algunos y no a todos? Pues para aclarar este asunto podemos decir que Juan no habla de milagros sino de «signos» o «señales». ¿Signos o señales de qué? Las sanaciones de Jesús son los signos del Reino de Dios, son el anticipo de lo que vendrá. «Las curaciones de Jesús son signos, tienen una perspectiva más elevada: la redención integral de la humanidad en el reino de Dios»¹⁴⁶.

Es interesante el diálogo que tiene Jesús con sus discípulos sobre el culpable de los males que los hombres padecen. Como veíamos, en la tradición judía, la teoría de la retribución sostenía que los males eran producto de los pecados, propios o de los padres. Al encontrar un ciego los apóstoles le preguntan a Jesús: «Maestro ¿quién tiene la culpa de su ceguera?; ¿él o sus padres?». «Ni él ni sus padres tienen la culpa —respondió Cristo devolviéndole milagrosamente la vista— sino que esto ha sucedido para que se manifiesten en él las obras de Dios»¹⁴⁷. ¿Cuáles pueden ser las «obras de Dios»? «El dolor de los inocentes, en la misteriosa economía cristiana también sucede para la manifestación de las obras de Dios o las del hombre: obras de ciencia, de piedad, de amor y de caridad»¹⁴⁸.

Jesús no busca hacer auto- marketing con los milagros, proclamándose a sí mismo, buscando el aplauso y la autopromoción. De hecho en muchos de los relatos de las curaciones pide a los enfermos que no digan lo que Él ha hecho por ellos.

«Cristo ve en el sufrimiento del ser humano la presencia y la fuerza del mal que destroza el proyecto de paz y alegría que Dios desea llevar a cabo. El mal y los demonios son la sombra de Dios, la oscuridad, la limitación, la muerte, la infelicidad; realidades que se enraízan en el interior de nuestra existencia»¹⁴⁹.

Jesús no solo ha demostrado ser médico de cuerpos y almas en sus acciones sino también a través de sus enseñanzas. Cuando enseña el Padrenuestro nos invita a rezar «líbranos del mal». Las parábolas de Jesús nos enseñan a hacer lo mismo que Él hacía. Por ejemplo, el buen samaritano cura al hombre del camino, vierte vino y aceite sobre sus heridas¹⁵⁰. Aún más, Jesús con este relato promete el Cielo a aquellos que se encarguen de los

¹⁴⁶ Clase del profesor Javier de la Torre, «El sentido cristiano del sufrimiento», Universidad Pontificia Comillas, 2024.

¹⁴⁷ Jn 9,1.

¹⁴⁸ Gnocchi, Carlo, *Óp. Cit.*, pág. 26.

¹⁴⁹ Clase del profesor Javier de la Torre, «El sentido cristiano del sufrimiento», Universidad Pontificia Comillas, 2024.

¹⁵⁰ Lc 10, 34.

enfermos. Más adelante Jesús dirá: «Cada vez que lo hicisteis con el más pequeño, a Mí me lo hicisteis»¹⁵¹. Aquí se identifica con los pequeños, con los pobres, con los enfermos. Tenemos a un Jesús que no solo ha realizado estas obras durante su vida sino que nos envía a nosotros a hacer lo mismo. Cristo les invitaba a «imponer las manos y curar»¹⁵². Los apóstoles fueron enviados a ungir con aceite a los enfermos y relata el Evangelio que tenían el don de curarlos¹⁵³.

¿Acaso Dios vino a arreglar algo que salió mal? Si Dios es la causa de los males, estaría actuando en contra de sí mismo al buscar erradicarlos. Sería contradictorio que siendo Dios viniera a corregir un error suyo. Su venida, su respuesta, nos deja muy claro que Dios no quiere que suframos, no adhiere al dolor, no «manda» algo de lo cual luego nos viene a rescatar. Dios no aprueba el mal. Y tanto lo aborrece que se hace carne, lo asume para erradicarlo. El apocalipsis también nos proclama un reino en el que no existirá el dolor, donde no habrá que llorar, donde no habrá muerte. «Dios morará con ellos; ellos serán sus pueblos y Dios mismo estará con ellos. Les enjugará las lágrimas de los ojos. Ya no habrá muerte ni pena ni llanto ni dolor. Todo lo antiguo ha pasado»¹⁵⁴.

«El mensaje cristiano acerca del sufrimiento resulta, pues, paradójico y sorprendente. Por un lado, nos habla de un Dios que no quiere el sufrimiento de sus creaturas, que es un Dios de vida y no de muerte, comprometido con los hombres para vencer su dolor y que llama y atrae al hombre para que asuma el mismo compromiso.(...) Pero la originalidad cristiana se halla, más bien, en el otro polo: el modo que tiene Dios de comprometerse con el dolor del hombre y de vencerlo, es decir, en la estrategia para combatirlo»¹⁵⁵.

Y todavía más, Jesús no sólo ha pasado su vida sanando a los enfermos, consolando a los que sufren, enseñándonos a hacer lo mismo, si no que fue todavía más lejos. Sana nuestra naturaleza corrompida por medio de su Pasión y muerte en la cruz. Su modo es extraño pero necesario. Jesucristo nos salva del sufrimiento asumiéndolo Él mismo en toda su persona.

La noche de Getsemaní, hace suyos todos los padecimientos de la humanidad toda. Su corazón humano siente, de un modo perfectísimo por ser también divino, todo el dolor vivido por cada ser humano. Esa noche ha experimentado el dolor de todas las víctimas inocentes y

¹⁵¹ Mt 25, 40.

¹⁵² Mc 16, 18.

¹⁵³ Mc 6, 13.

¹⁵⁴ Ap 21, 4.

¹⁵⁵ Busto Saiz, José Ramón, SJ. *Óp. Cit.*, pág. 38.

completará los padecimientos al día siguiente de modo físico. El padecimiento físico de la pasión es concreto, específico. Jesús no ha vivido en carne propia el cáncer, ni una parálisis cerebral, la diálisis o un accidente cerebro vascular. Su padecimiento físico fue altísimo, pero corto. No ha experimentado lo punzante del dolor crónico, la desesperación de la incertidumbre, los infinitos pinchazos para extraer sangre o la administración de quimioterapia.

Sin embargo, Jesús en Getsemaní sí que padeció todo, absolutamente todo lo que ha pesado sobre el corazón de cada uno de nosotros. Jesús sufre los pecados, se «hace cargo» de ellos como si fueran propios, pero a su vez, padece como víctima las consecuencias del pecado y todo el dolor que este genera. La noche de Getsemaní Jesús vivió todos y cada uno de nuestros dolores, entrando en ellos, haciéndolos suyos. Jesús llega hasta a sufrir el «abandono de Dios», ese que siente el hombre tantas veces cuando se encuentra desolado, aplastado por el dolor. Jesús nos salva y nos libera del dolor desde dentro. No solo se deja afectar por él, lo hace propio y es asumiéndolo cómo lo vence. No es negándolo o evitándolo.

Y a esto está llamado cada hombre. Frente a la inevitabilidad del dolor, dolor que duele y nos hace decir con Jesús «aparta de mí este cáliz»¹⁵⁶, con Él podemos asumirlo para poder transformarlo en Gracia. El sufrimiento se combate sufriendo. «La estrategia cristiana para vencer el sufrimiento es asumirlo, hacerlo propio de alguna manera, compadecerlo por el amor». Amar y sufrir no son incompatibles, por el contrario, quien ama sufre por amor. «Jesús fue capaz de comprender que el amor de Dios no era incompatible con el sufrimiento, sino que se podía hacer presente también en el dolor y en la muerte»¹⁵⁷. El Dios cristiano, el amor infinito del Dios cristiano, no es incompatible con el sufrimiento.

Los cristianos muchas veces corremos el riesgo de romantizar el sufrimiento y la cruz, queriendo fácilmente abrazarla y pareciendo incluso, en ciertas ocasiones, un poco masoquistas. El dolor duele, la cruz no es cómoda de cargar, es un trozo de madera áspero y extremadamente pesado, que lastima, hiere, y muchas veces aplasta. La cruz es el estandarte cristiano, sí, pero no cometamos el error de romantizarla. La cruz, ante todo, duele.

El cristianismo con Jesucristo da sentido al dolor por medio de la cruz y la resurrección. Como decíamos en la introducción del capítulo, la cruz resignifica el dolor y lo convierte en redentor. Está claro que Jesucristo es la respuesta al mal. Jesucristo en su Pasión

¹⁵⁶ Lc 22, 42.

¹⁵⁷ Clase del profesor Javier de la Torre, «El sentido cristiano del sufrimiento», Universidad Pontificia Comillas, 2024.

y resurrección. Ahora bien, si nosotros unimos nuestros dolores al suyo, éste quedará transformado misteriosamente en amor, en salvación para las almas. Es un ejercicio de ofrecimiento por un bien infinitamente mayor.

«Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré. Carguen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón, y así encontrarán alivio. Porque mi yugo es suave y mi carga liviana»¹⁵⁸. Vemos que Dios no suprime el mal, no lo anula, sino que lo toma, lo carga sobre sí y le da sentido, obteniendo un bien mayor del que existía previamente al surgimiento de aquel mal. «Dios no protege de todos los dolores, pero sí en todos ellos. (...) Se puede soportar el dolor pero no explicarlo» diría el Cardenal Gianfranco Ravasi, y Paul Claudel también dice una idea muy reveladora: «Dios no ha venido a explicar el sufrimiento: ha venido a llenarlo de su presencia». Lo que hace Dios por medio de su Hijo es darnos la posibilidad de vivir cada dolor con nosotros y en nosotros. Nos acompaña en todos ellos, no cargando por nosotros sino *con* nosotros.

La filosofía sin Jesucristo parece quedar incompleta. A su vez, el Dios de Adán y Eva parece haber estado callado mucho tiempo. Pero finalmente la promesa se cumplió. El Mesías vino a la tierra. Y no es un profeta, ni un hombre santo. Lo desconcertante es que es Dios mismo el que se abaja para unirse a nuestro sufrimiento. Asume la humanidad toda, con excepción del pecado, y de una manera sorprendente, el dolor humano. ¿Por qué sorprendente? Porque nadie hubiera sido capaz de imaginar a un Dios inmolándose por su creatura. ¿Era necesario este modo de liberación? ¿Podría haber sido de otro modo?

Resumiendo un poco, quedémonos con que la respuesta de Dios al mal es Jesús mismo, es Él mismo, Jesús es el rostro de Dios en el mundo. Él y solo Él es capaz de liberarnos del yugo del dolor. En la cruz, el Dios todopoderoso parece convertirse en un Dios impotente, débil. Cuando alguien ama se hace débil frente al amado. Y Dios es débil porque es amor, aún más, es El Amor. Por lo tanto, la imagen de Dios parece cambiar. En la cruz se revela una nueva imagen de Dios, el verdadero rostro divino.

«La muerte de Jesús en la cruz, que él llegó a percibir como compatible con el amor incondicionado de su Padre, cuando en la resurrección se manifestó que Dios había estado presente también en el suplicio de su Hijo, reveló a los hombres una nueva imagen de Dios. A éste no sólo le corresponden los atributos inherentes a la idea de Dios como ser absoluto, todopoderoso, eterno, inmutable y feliz. En la cruz de Jesús se revela otra cara de

¹⁵⁸ Mt 11, 28-30.

Dios, que no anula la primera, pero que da a conocer el verdadero rostro de la divinidad. El todopoderoso se muestra impotente, el absoluto se manifiesta concreto, el eterno se ve sometido a la muerte, el inmutable compadece con su Hijo amado, el único feliz se deja afectar por el sufrimiento»¹⁵⁹.

Jesús se deja afectar por el sufrimiento por amor, amor al Padre y a la humanidad. El amor une al amante y el amado. El que ama no puede desentenderse del amado, se hacen uno. Por lo tanto, gozan y sufren juntos. Si Dios es amor no puede no sufrir con nosotros. Estamos en Dios y Dios está en nosotros. Somos uno, o estamos llamados a serlo. Jesús es el amante que se hizo semejante al amado, el Verbo hecho carne. El amor perfecto requiere que el amante se haga semejante al amado. Es por eso que Dios se hace hombre y el hombre en consecuencia se «diviniza». «Un poder que diviniza al hombre a través de su amor a Dios, y humaniza a Dios a través de su amor por el hombre. Y por este hermoso intercambio, hace a Dios hombre por razón de la divinización del hombre, y al hombre Dios por razón de la encarnación de Dios»¹⁶⁰. Dios, el amante, sufre como y con nosotros. Somos imagen y semejanza de Dios porque amamos como Él, y también porque Él sufre como y con nosotros. Sufrir es un modo de ser inesperado de Dios. Es el padre o la madre que al ver sufrir a su hijo, y no poder soportarlo, elige tomar su lugar, sufrir con él.

«Es la imagen más desconcertante del amor entregado (...) Aquí se puede ver la verdad de la definición del Dios amor: Aquel cuya perfección consiste en la donación y la entrega; Aquel cuyo poder consiste no en imponerse, sino en exponerse; Aquel que abraza extendiendo los brazos en la cruz y reconciliando a todo el mundo; Aquel que comunica callando y posibilitando; Aquel que ayuda acompañando y sin dejarse notar; Aquel que da vida muriendo»¹⁶¹.

III. 6. El «plan A» y el «plan B»

Como decíamos, la historia de la salvación es la historia de cada hombre. No es que Dios necesite del mal para sacar bienes pero sin poder erradicar el mal, por su bondad y amor infinitos, para no aniquilar a su criatura, entonces produce, genera y regala enormes bienes que superan aquellos males. Es lo que he oído denominar «El plan B» de Dios¹⁶². Un plan B

¹⁵⁹ Busto Saiz, José Ramón, SJ., *Óp. Cit.*, pág. 41.

¹⁶⁰ San Máximo el Confesor, *The Ambigua* (trad. Nicholas Constas), Dumbarton Oaks medieval library, Londres, 2014, 1084 C.

¹⁶¹ Mardones, José María, *Óp. Cit.*, pág. 86.

¹⁶² Roldán, Juan Pablo, *Óp. Cit.* «El problema fundamental de nuestras vidas: el mal», pág. 10.

que resultó ser infinitamente mejor que el A. Ahora bien, hay que aclarar que hay dolor, hay sufrimiento y hay muerte en el traspaso del uno al otro.

Ya relatamos el origen del mal en apartados anteriores. Al inicio hubo una creación que fue bella, hermosa, perfecta. A su vez, hubo un hombre, imagen y semejanza de Dios, con el don de la inteligencia, y aún más, con el precioso don del amor. Una criatura que podía conocer pero sobre todo, amar, y amar a Dios. Pero para que esto sucediera, hubo que hacerle libre. Sin embargo, a causa del pecado, se corrompió aquel ser único y maravilloso. Pero Dios en su infinita misericordia quiso dar una vuelta radical a la historia. Haciéndose carne, asumió Él mismo todo el mal, y cargándolo en una cruz, murió Él con todo y resucitó, haciendo del hombre un ser libre nuevamente. Pero no bastaba sólo aquello. En su resurrección, creó una nueva creación. Un cuerpo resucitado, con las marcas del dolor de aquella cruz.

«Oh feliz culpa que me obtuvo tan grande redentor» dirá el Pregón Pascual. ¿Es gracias a la presencia de mal en el mundo que existe Jesús? Un mundo con mal pero con la presencia redentora de Jesús es sin dudas muchísimo mejor que uno sin mal y sin Él. ¿Jesús es el plan B? Algunas corrientes teológicas sostienen que Jesús estaba en el plan original, otras que el plan de su encarnación es posterior a la caída del hombre. Siguiendo con la teoría de los dos proyectos, podemos concluir que el segundo mundo es abismalmente mejor que el primero. En el plan A, no había Dios encarnado, no había un Jesús. En el plan A no existía el cuerpo glorificado y resucitado. Al final de la historia, Dios ha creado un bien infinitamente mayor. Sin embargo, hay algo que tiene que ser aclarado y es que no por este increíble resultado, Dios haya querido o necesitado de todo ese mal.

De igual manera, en la vida de cada ser humano, Dios propone su «plan B» ante la presencia inevitable del mal. No obstante, es requisito indispensable para alcanzarlo el atravesarlo. Dios no anula el mal. No porque no quiere sino que por algún motivo, por amor al bien que habita en nosotros, no puede hacerlo de esa manera. Él nos propone vivirlo *con* nosotros, *en* nosotros. Y combatiéndolo con Él, hacer surgir de él bienes indescriptibles.

«San Agustín dirá al comienzo del último libro de su tratado *De civitate Dei*: «Juzgó [Dios] que era indicio de mayor poder y más perfección sacar bien de los mismos males que no permitir la existencia de estos males». A lo largo de la obra y en otras muchas, el Doctor de

la Gracia señala la facultad de «sacar bien del mal» como un atributo divino que los hombres pueden aprovechar»¹⁶³.

Ejemplo de esto son los grandes milagros que suceden en las personas que atraviesan males terribles. Así es como vemos que después de sufrir las personas son más maduras, más fuertes, más buenas, más sabias. «Los grandes hombres tienen el privilegio de sufrir más que nadie, y ello es bueno si tal sufrir se orienta a la solidaridad liberadora con los otros; los grandes creativos han solido ser asimismo los más sufridores»¹⁶⁴. Así es cómo después de la experiencia del dolor, pareciera que nos hacemos más humanos y nos compadecemos más de los otros. Así es cómo después de la pérdida de un hijo podemos ver mayor unión familiar, el fortalecimiento de matrimonios, la purificación del amor, la apertura a la solidaridad, la compasión por el sufrimiento de otros. Nuestra comprensión de la experiencia humana se profundiza y nuestra empatía y compasión alcanzan nuevos niveles que sólo pueden obtenerse a través de relatos de primera mano del sufrimiento. Pero esto no llega sólo. La obtención de los bienes posteriores a los males se obtienen mediante la lucha.

Es necesario aclarar que lamentablemente muchas veces el sufrimiento y el dolor nos deshumanizan. A veces mata, derriba, desquicia, desvanece, saca la peor versión de nosotros mismos, nos derrumba, nos enferma y hasta enloquece. Así como el sufrimiento tiene la capacidad de hacernos mejores, a su vez, y tristemente, también nos puede destruir. Dios, que sabe de esto, quiere evitarlo a toda costa.

Frente a un mal horrible y terrible no hay que resignarse. No es esa la actitud cristiana. Al mal hay que combatirlo en todas sus formas y con todas las fuerzas: sea moral o físico.

III. 7. ¿Y los niños?

Ahora bien, que nosotros, seres conscientes, podamos sufrir para unirlo a la cruz parece razonable. De este modo se puede purificar el alma, y el ser humano se une al sacrificio redentor. Un adulto es libre de hacerlo, con su voluntad une su dolor al divino, y participa, por la misericordia de Dios en la redención del mundo, que solo Jesús, solo Él, por ser de condición divina, pudo alcanzar. Conscientemente, en un plano espiritual, mediante la ofrenda de su dolor, el hombre puede transformarlo en gracia, en salvación.

¹⁶³ Cantera Montenegro, *Óp. Cit.*, pág. 245.

¹⁶⁴ Díaz, Carlos, *Óp. Cit.*, pág. 471.

Pero ¿qué pasa con los niños? Ellos no pueden libremente elegir. ¡A ellos no se les da la opción! No es que los niños no puedan llevar la cruz, pueden hacerlo hasta mejor que los adultos pero no es justo que lo hagan. ¿Cómo un recién nacido puede ofrecer su dolor al misterio de la cruz? Ciertamente es que los niños en su inocencia son los seres humanos más similares a Jesucristo, el inocente. Nadie es más puro y más inocente que un niño, nadie es más puro e inocente que Jesús. Por lo tanto, nadie más semejante a Cristo que un niño.

Leemos en el Evangelio el relato de la resurrección de una niña de doce años, la hija de Jairo¹⁶⁵. Jesús le dice mientras yacía «talitha kum» que significa pequeña niña, levántate. Ahora bien, en arameo «talitha» tiene su raíz en el término *talé* que significa pequeño cordero¹⁶⁶. La niña es una predicción de la resurrección de Jesús, el cordero divino. «Kum» significa levántate, despierta. Jesús nos deja entrever con estas palabras que toda muerte es un estado de sueño, del que despertaremos. La muerte no es definitiva, esperamos al morir la voz de Jesús para que nos «levante del sueño». El niño que sufre podemos decir que es un pequeño cordero, Jesús es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Los niños son lo más similar a aquel cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Pero Cristo eligió, hasta incluso pidió a Dios que lo liberara del tormento de la cruz. ¿Por qué Dios permite que los niños sufran? Nadie supo, ni sabe, ni sabrá esa respuesta. El mismo Papa Francisco, en el Hospital Pediátrico Bambino Jesús de Roma, se preguntó frente a médicos, enfermeras, administrativos, pacientes y familiares por qué sufren los niños. «No hay respuesta para esa pregunta. Solo nos queda mirar al crucifijo y dejar que sea Jesús quien nos dé la respuesta»¹⁶⁷.

Quisiera exponer las ideas del Padre Gnocchi, desarrolladas en su libro *Pedagogía del dolor inocente*. Allí trata acerca del sufrimiento inocente, especialmente del sufrimiento de los niños. En primer lugar explica los argumentos que justifican la participación de los niños en los sufrimientos humanos, por su mismísima condición humana. Es lo que él llama la solidaridad de la economía cristiana.

«En la economía cristiana, la humanidad forma una unidad viviente, sólidamente unida en un solo e idéntico destino, copartícipe del bien y del mal de cada uno de sus

¹⁶⁵ Mc 5, 41.

¹⁶⁶ «Las cinco palabras arameas», *Con espíritu y propósito*, 5 octubre 2018, URL: <https://conespirituypropósito.wordpress.com/2018/10/05/las-cinco-palabras-aramneas/>. Accedido el 11/6/2024.

¹⁶⁷ Pérez Pichel, Miguel, «El Papa Francisco explica qué hacer ante el sufrimiento de los niños», *Aciprensa*, 15 de diciembre 2016, URL: <https://www.aciprensa.com/noticias/62634/el-papa-francisco-explica-que-hacer-ante-el-sufrimiento-de-los-ninos> Accedido el 26/06/2024.

miembros; un cuerpo místico que sigue las mismas leyes del cuerpo físico, donde la salud y la enfermedad, el bienestar el malestar, la vida y la muerte son comunes a todos los miembros. (...). He aquí la primera fuente y la razón fundamental del sufrimiento de un niño. Él sufre en cuanto hombre, por tanto, por ser partícipe de la humanidad, responsable en raíz de la culpa original y por eso asociado a su secular expiación»¹⁶⁸.

Nos dice a su vez que así como un niño recibe los frutos de los bienes de la humanidad, todo lo positivo que ella produce, también por solidaridad recibe lo negativo. El niño inevitablemente forma parte de la comunidad humana, con todo lo que implica, lo bueno y también lo malo.

«La mayor parte de los hombres está dispuesto a creer en la comunión del bien, acepta de buena gana la solidaridad «positiva» con toda la humanidad, cuando se trata de dividir las conquistas y las ventajas de la ciencia, del progreso, de la civilización, de la fraternidad, y cuando un niño goza de todos estos valores, frutos de innumerables sacrificios ajenos, no se pregunta en fuerza de qué derecho se beneficia él de todo esto; pero, por el contrario, se rebela contra la solidaridad «negativa» que compromete a todos los hombres en los fenómenos sociales de crisis, de decadencia, de desventura y de malicia colectiva, y cuando un inocente es llamado a participar en ella, se escandaliza y grita contra la injusticia»¹⁶⁹.

El autor que estamos citando asemeja a Cristo con el niño que sufre y sostiene que por tanto nuestra actitud interna y externa frente a un niño doliente debe ser de veneración, de profundo respeto y casi de culto¹⁷⁰. Exhorta a que no se pierda ni una gota del valiosísimo sufrimiento de los inocentes, por su semejanza con el de Jesucristo. A través del acompañamiento de los niños que sufren, nos invita a todos los cristianos que tenemos participación en él, a enseñar al niño a dar sentido a su dolor, dirigiéndolo a la única fuente que puede darle valor: Jesús. Y aún más, no solo enseñar al niño a hacerlo, sino hacerlo quien lo enseña también.

«Era el gran dolor inocente de un niño que caía en el vacío, inútil e insignificante, sobrenaturalmente perdido para él y para la humanidad porque no estaba dirigido a la única meta en la cual el dolor de un inocente puede encontrar valor y justificación: Cristo crucificado. Pero de toda esta masa de dolor inocente, tan íntima, tan pura y tan vasta, ¿qué

¹⁶⁸ Gnocchi, Carlo, *Óp. Cit.*, págs. 7-8.

¹⁶⁹ *Ídem.*, pág. 9.

¹⁷⁰ *Ídem.*, pág. 13.

parte ha ido a parar a Cristo y a la humanidad? ¿y qué parte, por el contrario, ha terminado desperdiciada, porque nadie se ha encargado de enderezarla adecuadamente hacia su meta natural, que es Cristo?»¹⁷¹.

Sostiene que es una pedagogía obligatoria para quienes tienen a su cuidado almas inocentes. Además, el beato padre Gnocchi invita a no subestimar la capacidad de los niños a la hora de ofrecer su dolor:

«Tampoco se piense o se diga que los niños no están preparados para comprender, vivir y actuar estas delicadas verdades de la economía sobrenatural, porque éste es un error de persistente naturaleza iluminista. La pedagogía cristiana del dolor tiende ante todo a enseñar prácticamente a los niños que no hay que guardar el dolor para uno mismo, sino que es necesario regalarlo a los demás, y que el dolor tiene un gran poder sobre el corazón de Dios, del cual es necesario aprovecharse para provecho de muchos»¹⁷².

III. 8. El santo sin Dios

Veámos en el segundo capítulo que existían distintas actitudes que podían tenerse frente al mal. Nos quedaremos ahora con la opción del combate como modelo de afrontamiento al mal. Ahora bien, tenemos dos opciones: la de hacerlo sin Dios o con Él. Existe la opción de combatir al mal pero sin Dios, la cual es muy noble, pero pesimista y frustrante.

Quisiera traer como ejemplo la novela de *La Peste* de Albert Camus dónde su personaje principal, un médico ateo llamado Rieux encuentra sentido a su vida dándola para combatir el dolor y el sufrimiento, en contraposición a un sacerdote, el Padre Paneloux, quien consuela al pueblo ante una pandemia arrasante, con las sentencias de sabor leibniziano ya expuestas previamente. Sus discursos dicen cosas como: «Hermanos míos, habéis caído en desgracia; hermanos míos, lo habéis merecido»¹⁷³. La novela relata una peste ocasionada por ratas que acechará una ciudad. El Padre Paneloux dirá que esto ha sucedido como un castigo de Dios, pero a su vez como un recurso de Dios para comunicar su bondad, revelar su Verdad y demostrar su amor. Frente al abuso constante de la bondad de Dios exclama: « ¡Pues bien!, esto no podía durar. Dios, que durante tanto tiempo ha inclinado sobre los hombres de la

¹⁷¹ *Ídem.*, pág. 17.

¹⁷² *Ídem.*, pág. 20.

¹⁷³ Camus, Albert, *La Peste* (Trad. Rosa Chacel), Edhasa, Barcelona, 2019, pág. 109.

ciudad su rostro misericordioso, cansado de esperar, decepcionado en su eterna esperanza, ha apartado de ellos su mirada»¹⁷⁴. Da de este modo un origen divino a la peste y deja expuesta la inutilidad de cualquier esfuerzo por combatirla. Exhorta a los habitantes a volver a Dios y a arrepentirse de sus pecados. En la novela el sacerdote es ridiculizado y parece ser el médico ateo el más cristiano de los dos.

Ignacio Navarro desarrolla con gran claridad esta cuestión en su análisis planteado en su artículo *La santidad sin Dios, La Peste de Albert Camus*. Se referirá a una escena culmen de la novela en la que un niño sufre y muere debido a la peste, en la cual Camus describe las reacciones de Rieux y Paneloux. El niño simboliza a toda la humanidad crucificada en Cristo. Camus lo describe como el crucificado, inocente, como un escándalo. En su grito se distinguen voces de todas las edades. La humanidad entera y Cristo se reflejan en este niño que está dando su vida para probar el antídoto que puede salvar la vida de la ciudad.

«El médico se identifica, hasta en el latido de su sangre, con el niño crucificado, con la inocencia y el escándalo. Y aquí ocurre la gran confrontación con Paneloux. Rieux no acepta el sufrimiento, se rebela y hace lo imposible para combatirlo; pero, mientras el sufrimiento está ahí, late con él. El sacerdote, que ha tratado de colaborar, quiere simplemente que el dolor no esté, quiere que meramente se pase, y no logra entregarse completamente ya que entiende que ese padecimiento es, de algún modo, causado por Dios y, por lo tanto, no tiene suficientes fuerzas para actuar en contra de eso con el vigor necesario. Se acentúa su división: ni puede comulgar con el sufrimiento ni puede rebelarse contra él. Rieux hace las dos cosas con pasión; no ve contradicción, sino una tensión insuperable, y eso lo acepta: se rebela contra el dolor y, a la vez, lo abraza. (...) Rieux, en definitiva, es alguien cuya santidad está apoyada en la figura de Cristo, cuya misteriosa respuesta ante el dolor consiste en ir a situarse en él. Rieux está, acaso, psicológicamente lejos de Dios; pero teológicamente está muy cerca»¹⁷⁵.

Dirá el médico ateo, en su rechazo al mal y su decisión a combatirlo: «Lo que yo odio es la muerte y el mal, usted lo sabe bien. Y quíéralo o no estamos juntos para sufrirlo y combatirlo»¹⁷⁶. Sufrir y combatir el mal: tarea aplastante si se intenta realizar sin Dios. Rieux se identifica con el dolor, «late con él», se entrega completamente por combatirlo. En él

¹⁷⁴ *Ídem.*, pág. 110.

¹⁷⁵ Navarro, Ignacio J., "La Santidad Sin Dios La Peste De Albert Camus", en: *Revista Teología*, vol. Tomo LVII, n° 131, 2020.

¹⁷⁶ Camus, Albert, *Óp. Cit.*, *La Peste*, pág. 249.

distinguiamos la nobleza de rebelarse y a su vez abrazar el dolor. Rieux actúa «como Dios», haciéndose él mismo respuesta, situándose «en» el dolor. Por eso es el santo, pero el santo sin Dios. ¿Qué es mejor? ¿Negar a Dios pero vivir «teológicamente» como Él, cerca de Él, compadeciéndose y haciendo propio el dolor de la humanidad? ¿O proclamar una fe en Dios sin seguir su camino, camino que inevitablemente lleva a la cruz? Son muchos los «santos sin Dios» que dan sus vidas en los hospitales. Son muchos los santos sin Dios que dedican su vida a combatir el sufrimiento. Ahora bien, el riesgo de hacerlo sin Dios es altísimo. El dolor humano pesa, y todavía más, aplasta. A veces hasta incluso enloquece. Es lo que en psicología se llama síndrome de burnout.

III. 9. El combate con Dios

El combate es el último eslabón de la cadena. Antes nos preguntábamos, ¿es cristiano resignarse al mal y aceptarlo como venido de Dios? Pues considero que la respuesta es no. Un cristiano no puede y no debe resignarse al dolor que hiere a la humanidad. No puede y no debe resignarse al mal, sea cual fuera su forma. El mal se combate, pero lo mejor es siempre hacerlo con Dios. Es gracias a la victoria de Jesucristo que el combate es fructífero. Y aún sin los efectos deseados nunca debe uno resignarse a lo malo, a lo que daña. «Si el mal es histórico, puede lucharse contra él, con la esperanza de derrotarlo, aunque sea en el fin de los tiempos. Si el mal es ontológico, no cabe la esperanza de vencerlo»¹⁷⁷.

Unirlo al sacrificio de la cruz y encontrarle un sentido salvífico no implica comulgar con el mal. El mal sigue siendo malo, «es malo para toda la eternidad»¹⁷⁸, es trágico, lastima, daña. Sin embargo, combatido, es el puntapié para la obtención de bienes mayores.

«Cuando se dice que Dios ordena lo malo a lo bueno, cuando «saca» algo bueno de lo malo, por lo tanto, no hay que pensarlo, conforme a esta postura, como si Dios quisiera lo malo como un medio para llegar al bien. Al contrario, Dios de ninguna forma quería lo malo y lo que él había planeado era que no hubiera mal. Y lo más esperable era que no lo hubiera habido. Pero supuesto que hubo un mal en el que Dios no estuvo implicado de ninguna forma, Dios no permite que tenga la última palabra y lo ordena al triunfo del bien. Pero el mal que sucedió es una herida de alguna forma irreparable. La misma Redención no convierte a lo

¹⁷⁷ Roldán, Juan Pablo, *Óp. Cit.*, «La opción fundamental. Grandes constantes metafísicas», pág. 26.

¹⁷⁸ Roldán, Juan Pablo, *Óp. Cit.* «El problema fundamental de nuestras vidas: el mal», pág. 11.

malo en bueno. Lo malo sigue siendo malo y era mejor que no se hubiera dado. La existencia humana es dramática»¹⁷⁹.

La existencia es dramática pero bella. Esta tensión que presentamos entre la belleza de la vida y su dimensión trágica podría denominarse optimismo dramático¹⁸⁰, que no niega la tragedia del mal, que podría no haber existido, pero asume que éste puede, y de hecho así será, tener un final feliz, con Dios, por medio de Jesucristo. Dios tiene la última palabra.

Al mal en nuestra vida concreta, por lo tanto, debemos combatirlo sin cesar, pero siempre mejor *con* y *como* Dios. Esto no quita que el mal siempre incomode y moleste. Esto es propio del cristiano. Un cristiano siempre tendrá la espina clavada del mal, como su Dios, que sufre por vernos sufrir. No puede aceptarse jamás el mal. La actitud no es de resignación sino de combate, con la esperanza de que Dios ya lo ha vencido.

A veces creemos que por el hecho de que Jesucristo haya muerto y resucitado dos mil años atrás ya deberíamos vernos librados del sufrimiento y el pecado. ¿Por qué sufrimos si en teoría ya fuimos liberados del dolor? Nos cuesta mucho salir de la dinámica temporal. No es que Jesús vivió y nos redimió dos mil años atrás.

Para aclarar este asunto, podemos decir que la Semana Santa cristiana es la semana más importante de la historia. Son días de gloria en los que el Cielo y la tierra se tocan. Cada año se abre el tiempo para introducirnos en el des-tiempo y entrar en ella como testigos. Año a año sucede como el primero, sin embargo los que cambian somos nosotros. Así toda nuestra vida se puede ofrecer con Cristo y hacerse ofrenda de nuevo con la novedad de aquel año, con nuestros dolores y nuestros sueños. Y Jesús así como estemos, nos salva de nuevo, permitiendo que su redención gloriosa nos transforme sea como sea que estemos. Ahora bien, si en cada Misa se revive el misterio de la Pasión, podemos decir que Semana Santa es cada día. Cada día, a través del sacrificio del cordero divino, somos salvados. Cada día tenemos la invitación a dejar el hombre viejo y encontrar al hombre nuevo. Nos dice sobre esto el padre Gnocchi:

«Es en la Misa cotidiana donde el río de la Sangre divina se enriquece por la confluencia del dolor humano y es en el río divino donde cada gota del sufrimiento humano y de llanto adquiere el valor sobrenatural de redención y de gracia. ¿Por cuál otra razón la Misa es y será celebrada cada día sobre la tierra hasta la consumación de los siglos, sino para hacer

¹⁷⁹ Roldán, Juan Pablo, *Óp. Cit.*, «La opción fundamental. Grandes constantes metafísicas», pág. 23.

¹⁸⁰ Roldán, Juan Pablo, *Óp. Cit.*, «El problema fundamental de nuestras vidas: el mal», pág. 2.

posible y actual en el tiempo esta mística confluencia? Para actualizar en el tiempo y en la historia de cada hombre y de la humanidad, el valor de aquel sacrificio divino, era necesario hacer correr el río majestuoso de la redención a través de los siglos y a través de cada jornada, para dar oportunidad de que cada ser y cada tiempo uniese a este sagrado río el pequeño arroyuelo turbio de los propios sufrimientos y el tedio cotidiano de la propia existencia, con el único fin de conferirles, por tal feliz mixtura, valor sobrenatural de redención y de gracia»¹⁸¹.

En síntesis, existe la oportunidad de revivir la Pasión cada día a través de la santa Misa. No una nueva Pasión, la misma. La Pasión está abierta, abre sus puertas en cada Misa. Y en ella experimentar el amor de Dios, su renovación diaria de nuestra salvación y el «río divino» de Cristo, como expresa bellísimamente el beato padre Gnocchi. En el memorial perpetuo de la santa Misa, a través de la comunión eucarística, nos asemejamos a Jesús. Esto nos revela una gran verdad: el católico está llamado a ser profundamente eucarístico.

La historia de salvación ocurre actualizada en cada historia particular. Cada hombre vive la redención una y otra vez, de modo particular y personal. Dios está creándonos y salvándonos continuamente. Conocemos bien la idea de creación continua. Ahora bien, podemos decir que existe también una salvación continua. Dios siempre nos está salvando, nos está librando de nuestros dolores, sufrimientos, y pecados. Una y otra vez. Se está entregando ahora mismo, por vos y por mí, por cada hombre que vivió, vive y vivirá en el universo. Jesús, su Pasión y resurrección es un eterno presente.

III. 10. *Salvifici Doloris*. El sentido cristiano del sufrimiento

*Salvifici Doloris*¹⁸² es una carta apostólica que escribió el santo Papa Juan Pablo II acerca del sentido cristiano del sufrimiento publicada el 11 de febrero de 1984. Allí el Sumo Pontífice nos ofrece a todos una profunda reflexión acerca del drama humano del dolor. Quisiera destacar en este apartado ciertas ideas que pueden arrojar luz a lo que venimos desarrollando, además de que algunas de sus reflexiones pueden ser una buena síntesis de lo que vimos hasta ahora.

En primer lugar, es importante la aclaración que hace San Juan Pablo II acerca de que todo lo que existe es bueno, como veíamos previamente. La creación en sí es buena y Dios es bueno. Partiendo de esta premisa, el mal sería una falta de bien, es decir, que siempre está

¹⁸¹ Gnocchi, Carlo, *Óp. Cit.*, pág. 22.

¹⁸² Juan Pablo II, *Salvifici Doloris, Carta Apostólica sobre el sentido Cristiano del sufrimiento humano, Paulinas*, Buenos Aires, 1995.

referido a un bien. Y teniendo en cuenta esto, al hombre cuando sufre, «le duele» un bien del cual él no participa. En sus palabras:

«El cristianismo proclama el esencial bien de la existencia. El cristianismo proclama el esencial bien de la existencia y el bien de lo que existe, profesa la bondad del Creador y proclama el bien de las criaturas. El hombre sufre a causa del mal, que es una cierta falta, limitación o distorsión del bien. Se podría decir que el hombre sufre a causa de un bien del que él no participa, del cual es en cierto modo excluido o del que él mismo se ha privado. Sufre en particular cuando «debería» tener parte —en circunstancias normales— en este bien y no lo tiene. Así pues, en el concepto cristiano la realidad del sufrimiento se explica por medio del mal que está siempre referido, de algún modo, a un bien»¹⁸³.

Al principio del capítulo III. veíamos la interpretación judeocristiana del sufrimiento como castigo por los pecados cometidos, en primera persona o por los familiares de los que pecan. El Sumo Pontífice realiza una interesante aclaración sobre esta cuestión diciendo: «Si es verdad que el sufrimiento tiene un sentido como castigo cuando está unido a la culpa, no es verdad, por el contrario, que todo sufrimiento sea consecuencia de la culpa y tenga carácter de castigo»¹⁸⁴.

Continuando con el texto, se nos propone como una posible finalidad del sufrimiento la conversión y la reconstrucción del bien. De dicha penitencia se puede obtener como finalidad la superación del mal, en todas sus formas, consolidando el bien en la relación del sujeto con sí mismo, con los demás y con Dios¹⁸⁵.

Quizás una de las verdades que el Papa exclama con mayor fuerza es la del sufrimiento vencido por el amor desarrollada en el capítulo 4. Pone énfasis en el amor redentor de Cristo, que sufre por amor, y por amor nos salva. En este planteo de la salvación, nos afirma el sucesor de Pedro que «el hombre «muere», cuando pierde la vida eterna»¹⁸⁶. ¿Qué quiere decir con esto? ¿Qué podemos interpretar nosotros desde nuestro cuestionamiento del mal físico sufrido por los inocentes? Pues que lo que mata el cuerpo no mata lo más valioso. Uno muere cuando pierde la vida eterna, y esto puede suceder con un cuerpo sano, sin sufrimientos físicos. El mal más malo es aquel que nos quita la vida eterna, como veíamos en el capítulo anterior. ¿Qué es lo más importante en la vida de un hombre?

¹⁸³ *Ibíd.*, pág. 14.

¹⁸⁴ *Ibíd.*, pág. 21.

¹⁸⁵ *Ibíd.*, pág. 23.

¹⁸⁶ *Ibíd.*, pág. 26.

Con el Papa podemos decir que es la salvación del alma. Si todos vamos a morir, puede que padecer una enfermedad no sea tan grave como matar el alma. En conclusión, el peor mal puede ser aquel que mata el alma, más que aquel que mata el cuerpo. El mal físico puede enfermar e incluso matar al cuerpo, lo hace sufrir, pero no tiene por qué matar o dañar el alma. Bien vivido hasta incluso tiene la capacidad de purificarla y salvarla. El mal moral, siempre daña el corazón del hombre, y puede corromper su alma.

Continúa Juan Pablo II con la respuesta de Dios frente al sufrimiento humano. El cristianismo es por donde se lo mire respuesta a éste drama. Jesús de Nazaret es la respuesta de Dios, con toda su vida, sus enseñanzas y con su Pasión, muerte y resurrección:

«La respuesta emerge, se podría decir, de la misma materia de la que está formada la pregunta. Cristo da la respuesta al interrogante sobre el sufrimiento y sobre el sentido del mismo, no sólo con sus enseñanzas, es decir, con la Buena Nueva, sino ante todo con su propio sufrimiento, el cual está integrado de una manera orgánica e insoluble con las enseñanzas de la Buena Nueva»¹⁸⁷.

Y aún más, Jesucristo no solo nos redime mediante el sufrimiento, sino que «ha elevado juntamente el sufrimiento humano a nivel de redención. Consiguientemente, todo hombre, en su sufrimiento, puede hacerse también partícipe del sufrimiento redentor de Cristo»¹⁸⁸. ¡Esta es la novedad cristiana! Todo cristiano puede hacerse partícipe de la redención de Cristo. Cuando el hombre sufre se hace receptivo a la acción de las fuerzas salvíficas de Dios ofrecidas por medio de Jesús, manifestando su fuerza desde la mismísima debilidad del hombre¹⁸⁹.

Ahora bien, es San Pablo quien en sus cartas proclama que debemos completar en nuestra carne los padecimientos de Cristo Jesús¹⁹⁰. Esto puede dar lugar a ciertos cuestionamientos. ¿La redención humana está incompleta? El Sumo Pontífice lo responde en la carta que estamos comentando:

«El sufrimiento de Cristo ha creado el bien de la redención del mundo. Este bien es en sí mismo inagotable e infinito. Ningún hombre puede añadirle nada. Pero, a la vez, en el misterio de la Iglesia como cuerpo suyo, Cristo en cierto sentido ha abierto el propio sufrimiento

¹⁸⁷ *Ibíd.*, pág. 36.

¹⁸⁸ *Ibíd.*, pág. 42.

¹⁸⁹ *Ibíd.*, pág. 49.

¹⁹⁰ Col. 1, 24.

redentor a todo sufrimiento del hombre. En cuanto el hombre se convierte en partícipe de los sufrimientos de Cristo —en cualquier lugar del mundo y en cualquier tiempo de la historia—, en tanto a su manera completa aquel sufrimiento, mediante el cual Cristo ha obrado la redención del mundo»¹⁹¹.

La redención de la humanidad, obrada por el amor divino, está abierta, permanece constantemente abierta, para que cada ser humano que sufra pueda adherir por medio del amor sus dolores a ella. La redención realizada plenamente hace más de dos mil años se realiza constantemente¹⁹². Se realiza en cada persona que sufre, en cada niño que sufre, imagen más pura y perfecta de Jesús, el cordero inocente.

El Papa sabiamente nos trae el ejemplo de María, la madre de Jesús, como modelo de humanidad sufriente. María es corredentora con Cristo, por haber participado con Él, a través de sus sufrimientos de madre, de la redención de la humanidad. Todos estamos llamados a ser como María. María ha perdido a su hijo, María ha vivido este dolor inconmensurable en su carne y en su corazón. María es la madre sufriente, que ofrece su dolor infinito a la cruz redentora de su hijo. María está reflejada en las madres de los niños que sufren y mueren, y dichas madres son, a su vez, el reflejo de la Madre de Dios.

Prosiguiendo con la carta apostólica, se nos dice también que «a través de los siglos y generaciones se ha constatado que en el sufrimiento se esconde una particular fuerza que acerca interiormente el hombre a Cristo, una gracia especial»¹⁹³. El dolor puede ser razón de conversión y unión a Jesús. ¡Cuántas gracias tiene reservadas Dios para quien quiera recibirlas y unir sus sufrimientos al suyo! El que sufre entra en comunión íntima con su Dios, que encarnado, vino a hacer suyo nuestro sufrimiento. Ser coparticipes de los sufrimientos de Cristo nos regala «una especialísima partícula del tesoro infinito de la redención del mundo, y pueden compartir este tesoro con los demás»¹⁹⁴.

A quien sufre el santo Papa Juan Pablo II le responde:

«Casi siempre cada uno entra en el sufrimiento con una protesta típicamente humana y con la pregunta del «por qué». Se pregunta sobre el sentido del sufrimiento y busca una respuesta a esta pregunta a nivel humano. Ciertamente pone muchas veces esta pregunta también a Dios, al igual que a Cristo. Además, no puede dejar de notar que Aquel, a quien pone su pregunta,

¹⁹¹ Juan Pablo II, *Óp. Cit.*, pág. 52.

¹⁹² *Ídem.*

¹⁹³ *Ibid.*, pág. 60.

¹⁹⁴ *Ibid.*, pág. 65.

sufre Él mismo, y por consiguiente quiere responderle desde la cruz, desde el centro de su propio sufrimiento»¹⁹⁵.

En las últimas páginas de su carta advierte que «el Evangelio es la negación de la pasividad ante el sufrimiento. El mismo Cristo, en este aspecto, es sobre todo activo»¹⁹⁶. Teniendo en cuenta esta negación de la pasividad, el Sumo Pontífice dedica un apartado entero a todos aquellos que se compadecen, se conmueven y hacen algo frente al dolor de los demás, que titula *Buen Samaritano*.

Al leerlo recordé al precioso mosaico del artista Marko Ivan Rupnik que se encuentra en la capilla del Santísimo de la Catedral de Madrid, La Almudena. En la obra se puede notar que tanto el hombre del borde del camino, asaltado y herido, como el samaritano, tienen el mismo rostro. El Buen Samaritano de la parábola es el mismo Jesús. Sin embargo, Jesús también se identifica con los que sufren, con los que son rechazados y dejados al borde del camino. Los dos son Cristo. Ahora bien, el relato prosigue diciendo que luego de cargar al herido, el samaritano lo deja a cargo de un posadero. El posadero podría representar a todos aquellos a quienes se les ha encargado cuidar de alguien, a todos aquellos a quienes Jesús Buen Samaritano ha encargado cuidar hasta su regreso. Y a quienes pagará en su regreso lo que «hayan gastado de más»¹⁹⁷.

Para concluir la carta apostólica, Juan Pablo II proclama sobre el sufrimiento humano: «Es sobrenatural, porque se arraiga en el misterio divino de la redención del mundo, y es también profundamente humano, porque en él el hombre se encuentra a sí mismo, su propia humanidad, su propia dignidad y su propia misión»¹⁹⁸.

Salvifici Doloris es el regalo de un Papa santo para su Iglesia y para toda la humanidad. Esta carta apostólica es un tesoro invaluable. Nos unimos a Juan Pablo II en su intención de que aquellos que sufren «puedan encontrar en el amor el sentido salvífico de su dolor y las respuestas válidas a todas sus preguntas»¹⁹⁹.

¹⁹⁵ *Ibíd.*, pág. 63.

¹⁹⁶ *Ibíd.*, pág. 72-73.

¹⁹⁷ Lc 10, 25-37

¹⁹⁸ Juan Pablo II, *Óp. Cit.*, pág. 76.

¹⁹⁹ *Ibíd.*, pág. 78.

III. 11. Palabras: lo que sí se puede decir

¿Qué podemos decir hasta aquí? En primer lugar que el problema del mal, específicamente el mal físico, manifestado en el sufrimiento y muerte de los niños es un drama que reclama mayor atención por parte de la filosofía. El sufrimiento infantil clama y llora por un *por qué* y un *para qué*, pide un sentido, necesita un sentido. La misión profunda de la filosofía es buscar el sentido. Necesitamos filosofía de carne y hueso que trate estos asuntos que desgarran a la humanidad.

Decíamos en el comienzo que esta cuestión encierra ciertas verdades pero son muchos más los silencios que esconde. En cuanto a aquellas palabras que sí se pueden decir, podemos afirmar que la definición del mal es la de *privación de un bien debido*, con causa deficiente y no eficiente, que es histórico y no ontológico. El mal *no-es*, el mal es malo, y el mal más malo es el mal moral. A su vez, también podemos decir que el mal moral empeora al mal físico, hasta incluso a veces lo genera.

Desde la perspectiva filosófica cristiana, el mal metafísico no sería propiamente un mal, ya que los límites propios de la finitud son buenos. Ahora bien, según la teología cristiana, originalmente los límites de la finitud no eran experimentados como males. Esto sucede en el origen a raíz del pecado original, suscitado por el diablo.

De esto podemos concluir que Dios entonces es inocente del mal, que el hombre tiene cierta responsabilidad pero es sobre todo su víctima y que en el demonio caería el mayor peso de culpabilidad. El «culpable» del mal sigue sin quedar claro, y presenta muchos interrogantes en los que seguir indagando.

Continuemos, ¿qué más se podría decir? Parece ser que el amor a lo bueno que habita en el hombre hace que Dios «permita» el mal. Además, que es cierto que el ser humano forma parte del ciclo natural, sin embargo, es mucho más que la naturaleza. Su dignidad de hijo de Dios clama por vida eterna. El hombre es un ser para la vida.

Otra de las cosas que sí se pueden afirmar es que la mejor actitud a adoptar frente al mal es la de combatirlo. El hecho de que sea histórico nos permite hacerlo, pero siempre es mejor hacerlo con Dios que sin Él. El riesgo de hacerlo solo, «el santo sin Dios», es muy noble pero también es muy alto. Igualmente, cabe aclarar que es preferible combatirlo «sin Dios» – que en el fondo significa adoptar la misma actitud de Dios-, que resignarse a él «con Dios». Es más «cristiano» lo primero que lo segundo.

Y más cosas que podemos decir: Dios no quiere el mal, Dios no lo necesita. El mal no es un instrumento de la acción divina para obtener bienes. Las ideas leibnizianas dañaron profundamente al cristianismo y hay que denunciarlas. Han contaminado la imagen de Dios. A su vez, la tradición judía también ha dejado vestigios de una imagen errónea de Dios, haciéndonos creer que toda enfermedad y mal físico padecido es un castigo suyo.

El cristianismo encuentra en el sufrimiento la revelación más pura del rostro divino. Un Dios que debemos descubrir, matando las falsas imágenes de Él que el mundo ha querido dibujar. Dios es ante todo amor, es un Dios de vida, un Dios que ama a su creatura, que respeta su libertad pero no tolera verla sufrir. El Dios cristiano es un Dios que sufre con su creatura, y que elige sufrir con ella. Podemos afirmar con el Cardenal Ravasi que «Dios no protege de todos los dolores, pero sí en todos ellos» y con Paul Claudel que «Dios no ha venido a explicar el sufrimiento: ha venido a llenarlo de su presencia».

Jesucristo representa la fuerte y clara respuesta de Dios frente al sufrimiento humano. Jesús entero: su encarnación, su vida, sus enseñanzas, su muerte y resurrección.

Definitivamente podemos afirmar la capacidad divina de sacar grandes bienes de los terribles males que padecemos, en virtud de la salvación obrada por Jesús. Dichos males siguen siendo males para Dios y para nosotros. Ahora bien, la redención, como dice San Juan Pablo II, quedó de algún modo «abierta» para todos aquellos que sufren. Y los niños, podemos decir que son aquellos que más se asemejan a Cristo y especialmente a Cristo crucificado en su sufrimiento. Debido a esto, el sufrimiento inocente requiere de una actitud interna de veneración, respeto y culto. El niño que sufre es el mismo Cristo sufriente. Los niños que sufren son el cuerpo de Cristo. Aun así, quedan muchas preguntas. No hay respuesta para esta pregunta del por qué sufren los niños. Solo nos queda mirar al crucifijo y dejar que sea Jesús quien nos dé la respuesta, como dice el Papa Francisco.

Por último, como cristianos podemos agradecer el inmenso regalo del «río divino» de la Misa para ofrecer a la Pasión de Cristo, nuestros sufrimientos de cada día y convertirlos en gracia y salvación. Dios nos crea continuamente y nos salva continuamente, en una redención continua. Un cristiano confía en que el mal no vencerá jamás, por más que por momentos lo parezca. El mal no tiene la última palabra.

Capítulo IV

Respuestas de una enfermera: el puente en la praxis de la vida.

¿Qué nos hace hombres a los hombres?²⁰⁰ En una conferencia, la antropóloga y poeta estadounidense Margaret Mead, se hacía esta misma pregunta. ¿Es acaso la rueda? ¿Son acaso las herramientas? ¿Los restos de grandes ciudades como Roma o Egipto? ¿Es acaso el arte rupestre plasmado en las cuevas? ¿Qué nos hace hombres a los hombres? La antropóloga respondió que el primer signo de civilización, de humanidad, era un fémur fracturado y sanado. Aclaremos que el fémur es un hueso largo, que al fracturarse requiere de muchísimo tiempo para soldar, unas seis semanas aproximadamente. Esto quiere decir que alguien con el fémur roto no puede caminar, no puede cazar, no puede moverse, no puede defenderse de los peligros. Según las «leyes de la naturaleza», en cualquier otra especie, un individuo en dichas condiciones está destinado a morir, pues dichas leyes dictan que solo sobreviven los más fuertes. La «naturaleza» abandona a un ser en ese estado. Por la propia supervivencia de la especie, los más débiles quedan en el camino, los débiles no sobreviven. Un animal en esta condición moriría ya que no puede movilizarse con su manada, alimentarse ni protegerse de las amenazas. Lo que deja claro este hallazgo es que existió una comunidad que protegió, alimentó, movilizó y asistió por un tiempo suficiente a este individuo hasta que soldó su fémur. «Es el primer signo de una respuesta compasiva de un ser humano hacia otro». Lo que hace especiales a los seres humanos es el deseo de proteger a los vulnerables, dice la antropóloga²⁰¹.

Otro ejemplo similar es el caso de Benjamina. En la Sima de los Huesos en Atapuerca, Burgos, se halló el cráneo de una niña de diez años. Fue encontrada con otros veintiocho individuos *Homo heidelbergensis*, que vivieron hace más de medio millón de años. Por las características de su cráneo, se cree que probablemente nació con una malformación que le causaba problemas psicomotrices. Esto indica que su comunidad y no sólo sus padres, cuidaron de ella. «¿Hay algo más humano que elegir cuidar a alguien? Por eso la llamamos

²⁰⁰ Clases del profesor Javier de la Torre, «Ciencia y Religión», Universidad Pontificia Comillas, Febrero 2024.

²⁰¹ Vera Ziccardi, Victoria, «El primer indicio de civilización en el hombre que todavía es relevante y es clave para prosperar», *La Nación*, 4 de julio de 2023. URL: <https://www.lanacion.com.ar/salud/mente/el-primer-indicio-de-la-civilizacion-en-humanos-que-sigue-presente-en-la-actualidad-y-es-clave-para-nid04072023/>. Accedido el 2/6/2024.

Benjamina. Porque Benjamina en hebreo significa *la más querida*²⁰². Al igual que el caso anterior hubo otros que cuidaron de ella, cubriendo sus necesidades, alimentándola y protegiéndola de los peligros²⁰³.

Es importante destacar el hecho de que estos hallazgos sean anteriores a la historia más antigua del Antiguo Testamento en unos 500.000 años. Es anterior a toda filosofía y teología escrita y nos devuelve a la simplicidad del ser humano y al arte de brindar cuidados más allá de nuestras filosofías y religiones. En conclusión, respondiendo a la pregunta de qué es lo que nos hace humanos a los humanos, reconociendo que no son ni las herramientas, ni el arte, ni los rastros de grandes civilizaciones, afirmamos que lo que nos hace humanos es la capacidad de cuidar, cuidarnos, cuidar unos de otros.

¿Qué significa ser enfermera? ¿Cuál es su vocación? Podemos describirla en dos planos, el natural y el sobrenatural. En cuanto al natural nos encontramos con un ser humano asistiendo a otro ser humano. Enfermería es el arte de cuidar. No de curar, pues no siempre sucede, sino cuidar. Su etimología viene de *infirmus*, aquel que no está firme²⁰⁴. Por lo tanto, podemos decir que un enfermero cuida de quien «no tiene fuerza», de quien «no está firme». «La enfermería es tan antigua como la humanidad puesto que la necesidad de cuidar a aquellos que estaban enfermos, heridos o eran frágiles ha existido siempre»²⁰⁵. El enfermero suple aquello que el individuo enfermo no puede realizar por sí mismo. Se convierte en sus manos cuando no puede comer, en sus pies, cuando no puede caminar, en su voz cuando no puede hablar, sus ojos cuando no puede ver. Un enfermero conoce a su paciente, conoce cuál es su presión arterial habitual, por lo que puede detectar si está alterada. A su vez, realiza la gran mayoría de los procedimientos de orden médico, como poner una vía, sondas nasogástricas y vesicales, medica por la vía necesaria, aplica tratamientos, realiza curaciones, extrae sangre, coloca y descarta bolsas de colostomía, alimenta, ya sea entéricamente, o parenteralmente. Y tanto más, la lista de funciones es muy larga.

Sin embargo, sus competencias no son únicamente «médicas». Realiza también todas aquellas funciones «domésticas». Vela por el sueño de su paciente, sabe qué le gusta

²⁰² Sánchez Romero, Lorena, “Benjamina, la niña pre neandertal más querida de Atapuerca”, *Quo El Diario*, 27 noviembre 2020, URL: <https://quo.eldiario.es/ser-humano/q2011650310/neandertal-atapuerca-benjamina/>. Accedido el 2/6/2024.

²⁰³ *Ídem*.

²⁰⁴ Día Internacional de la Enfermería, *Junta de Castilla y León*, 12 de mayo de 2022, URL: <https://www.saludcastillayleon.es/AulaPacientes/es/dias-mundiales-relacionados-salud/dia-internacional-enfermeria165f13#:~:text=La%20palabra%20enfermer%C3%ADa%20deriva%20del,eran%20fr%C3%A1giles%20ha%20existido%20siempre.> Accedido el 2/6/2024.

²⁰⁵ *Ídem*.

desayunar, cuántas cucharadas de azúcar pone al café, conoce sus manías, sus gustos y preferencias. La enfermera juega, canta y baila con los niños. Duerme a los recién nacidos mientras sus padres no están, y corre a ponerles el chupete cuando lloran. Se convierte cuando se necesita en niñera, maestra jardinera, profesora, psicóloga, peluquera, podóloga, artista, y en tanto más. Es la compañera y asistente en cosas tan íntimas y personales como la higiene y el baño. Regala dignidad a quien no puede valerse por sí mismo para estar limpio. Ellas conocen al ser humano en su máxima vulnerabilidad, y protegen delicadamente esa vulnerabilidad. Vulnerabilidad física y sobre todo psíquica. Es la mejor amiga de quien sufre, confidente, aliada, cómplice. Es quien trafica comida, quien organiza veladas románticas, quien reúne a la familia y la contiene. Una enfermera recoge más lágrimas que ningún otro profesional de salud. Abraza en el dolor y en la alegría. Llora y ríe con sus pacientes. Trae niños al mundo, hace de «padre» en los partos de madres solteras. Son las primeras manos que sostienen a los recién nacidos y aquellas que sostienen las manos temblorosas de los que mueren. Y son las que besan con cariño sus frentes al partir, como signo de despedida. Enfermería es el arte de cuidar. Cuidar cuerpos y almas. Esa es la parte que no se encuentra en los libros.

En un plano sobrenatural, se convierte en el Cireneo de Jesucristo, en su Madre al pie de la cruz. O mejor dicho, al pie de cada cama. Si Jesucristo vive en cada uno de los más pequeños hasta tal punto de identificarse con ellos, una enfermera al cuidar de sus enfermos, cuida al mismo Jesucristo presente en ellos. Es el cuerpo de Cristo.

La pasión de Jesús no fue una sola, hace dos mil años. Se hace presente en cada ser humano que sufre. Es un juego de tiempos. Es una «pasión continua» que Jesucristo vive en cada hombre. Por lo tanto, si una enfermera cura una herida abierta, no solo cura una herida concreta, cura la herida de la humanidad, siendo por Jesucristo convertida en ella. A través de la «redención material» forma parte de la redención «total» obrada por Jesús:

«El cuidado de los enfermos, las artes de la medicina, la caridad hacia los sufrientes y la lucha contra todas las causas del sufrimiento humano, son una verdadera y continua redención material, que forman parte de la redención «total» de Cristo y de ella sacan todo el empeño y la dignidad»²⁰⁶.

²⁰⁶ Gnocchi, Carlo, *Óp. Cit.*, pág. 26.

¿Una enfermera puede ser una respuesta al mal? Pues sí, una muy literal y concreta. Existen infinitas opciones de combatir el mal. La enfermería es un puente de la teoría a la praxis en cuanto a la respuesta frente al mal, especialmente en el sufrimiento de los niños.

Enfermería es el arte de cuidar, cuidar la humanidad enferma, identificada con Jesús. Jesús es la respuesta de Dios al problema del mal. Una enfermera puede convertirse, unida a Jesús, en respuesta humana al mal, combatiendo con Jesús sus consecuencias, para transformarlas por su gracia, en redención. ¿Se puede ser corredentor con Cristo? Pues sí, uniendo nuestros dolores al suyo, dejando que Él haga suyos los nuestros, sí. Una enfermera tiene un potencial para serlo, sin duda. Tiene una posición privilegiada. Tiene acceso al sufrimiento del hombre como nadie. ¿Cuántos familiares y amigos se quedan fuera de la habitación mientras su ser querido agoniza? Una enfermera tiene pase libre. Comparte los momentos más sagrados de la vida humana: nacer, morir, y sufrir.

Una enfermera se pregunta, grita, se enoja, llora ante el dolor de la humanidad, y especialmente de los más inocentes. Sin embargo, una enfermera cristiana conoce lo que sucede en la cruz. Por medio del amor, del Espíritu Santo, es capaz de hacer suyo el dolor de los que sufren, para unirlo – también por amor- a la cruz. Y así, Jesucristo, el único capaz de hacerlo por ser Dios, lo puede transformar en gracia salvadora de las almas y del mundo entero. Transformar el dolor en amor, de eso se trata. Una enfermera que no entrega el dolor, muere aplastada por él. Cada muerte, cada llanto desconsolado, cada gemido, se atan como un ancla a su corazón y lo hunden en las profundidades del mar. Si entrega ese dolor a la cruz, no se quita, pero se sublima. Ese dolor se torna dulce, y se llena misteriosamente de sentido. Jesús le da sentido, el sentido es Jesús. Un misterio, pero aquel que lo ha vivido sabe que es verdad.

Conclusión

Palabras y silencios finales

Me pregunto cómo puedo concluir, ya que este tema no se puede concluir. Cada vez que releo lo escrito, me encuentro con que seguiría escribiendo. Creo que esto es un buen signo, signo de que es un asunto que no se agota. Quiere decir que la pregunta por el sufrimiento y muerte de los niños me acompañará el resto de la vida, no termina con este trabajo de fin de máster.

Ahora bien, el resto de mi vida intentará ser una respuesta a dicha pregunta combatiendo el mal en todas sus formas, con Dios, como Dios, en Dios, a través de Jesús crucificado y resucitado, al estilo de su Madre, María, que permaneció al pie de la cruz, y permanece de pie en cada cama, sosteniendo el dolor de sus hijos.

Lo escrito en este trabajo no son conceptos abstractos, son rostros de niños, rostros de «mis» niños, de cada uno de mis pacientes. Desde marzo, este trabajo de fin de máster tiene especialmente el rostro de Ítalo, que con cinco años lucha contra el cáncer.

Escribir estas páginas fue un bálsamo para mi corazón herido de ver tanto sufrimiento en las unidades pediátricas de oncología, terapia intensiva, quemados, diálisis, cardiología, neurología, emergencias, cirugía, psiquiatría, neonatología, obstetricia, cuidados paliativos y más. Estas páginas contribuyeron a sanar un poco mi dolor, para poder continuar intentando aliviar con Dios el de mis niños y sus padres. Gracias a este año de lecturas y sobre todo de oración, pude renovar mi vocación, entendiendo que está inmersa en el misterio de amor más grande de la historia: la cruz.

De ahí brotó originalmente, del amor al crucificado, que sin saber cómo aliviarle, por medio de la enfermería encontré un medio muy concreto de estar con Él. La Pasión de Jesús, como decíamos, se sigue reviviendo en cada persona que sufre, y estando con ellos, puedo estar con Jesús en la cruz. Ahí quiero estar, junto a su madre, esperando con ella la resurrección. Resurrección que da esperanza en medio de tanto dolor. Esa es mi misión, mi regalo, mi vocación.

Toda mi vida está atravesada por este ensayo. Está escrito con las lágrimas y con la sangre de mi vida²⁰⁷. Este trabajo fue un instrumento para compartir y expresar mis ideas, ordenarlas, formular mis preguntas, cuestionar mis creencias para fortalecerlas, permitirme

²⁰⁷ Como diría J.R.R Tolkien del *Señor de los Anillos* a su editor en su carta 109 escrita el 31 de Julio de 1947.

dudar, afirmar mi identidad, matar mis falsos dioses para intentar descubrir al verdadero. Fue un modo de sanar mi propia herida, de paliar mi dolor, compartiéndolo y dividiéndolo al expresarlo, de gritar mi impotencia, de volver a decir sí a Dios, que me dio esta vocación. Volver a decir sí a esta vocación que por momentos se hace pesada, pero que es un privilegio, un regalo de Dios. Al concluir este trabajo me reafirmo en este seguir en el combate pues *todo se puede en Aquel que nos conforta*²⁰⁸.

Sin embargo, la acción no omite la pregunta. *Dios mío, ¿por qué sufren y mueren los niños?* A Dios no le molesta que desde el fondo del corazón, con amor y humildad le hagamos esta pregunta. De hecho, Dios quiere responderla, pero responderla en un lenguaje de cruz, idioma que solo el que sufre puede empezar a comprender. Una lengua divina que se aprende contemplando la Cruz, la Eucaristía y el Cuerpo de Cristo encarnado en los que sufren. Lengua que se aprende viviendo el sufrimiento en carne propia. Un idioma difícil de comprender, de explicar, de enseñar. Ahora bien, el idioma que encierra la verdad humana y la de Dios: el lenguaje del amor máximamente expresado en el sufrimiento.

La manifestación del mal físico en el sufrimiento y muerte de los niños es un misterio, un exceso de luz que supera la inteligencia humana. Cómo decíamos antes, es mucho más lo que no se puede decir que lo que sí, por lo que quisiera concluir este ensayo con un profundo silencio. Silencio que representa todas aquellas preguntas desgarradoras que no tienen respuesta. Un silencio cargado de compasión, amor y abrazo para la humanidad que sufre sin respuestas y por ende, muchas veces sin sentido. Un silencio en nombre de cada niño que sufre y muere, y por sus padres que viven la muerte en vida. Un silencio cargado de Dios, quien sabemos que vive esta realidad dolorosa desde la humanidad misma en la persona de Jesús. Silencio que reconoce que Dios es inocente de todo esto. Un silencio colmado de confianza y especialmente de esperanza en las palabras del Dios encarnado: «En el mundo tendréis que sufrir; pero confiad, yo he vencido al mundo»²⁰⁹.

Quisiera finalizar con una oración, el mejor modo de entregar todas estas preguntas y este ensayo a Dios:

²⁰⁸ Fil 4,13.

²⁰⁹ Jn 16, 33.

Hospital de Niños

Niños míos,

¿Por qué lloran?

Niños míos,

¿Por qué sufren?

Niños míos,

¿Por qué mueren?

Llévate Ángel Divino

Al altar del Cielo

Los gemidos de mis niños

Y dar a sus padres consuelo

Para sanar la muerte en vida

Y resucitar con Cristo muerto.

Espíritu Santo,

Espíritu del Cielo

A los que tocamos el misterio

Que podamos ofrecerlo

Y convertir en Gracia

El peso del sufrimiento.

Amén

Lucía María Raybaud

Universidad Pontificia Comillas

Luciaraybaud1@gmail.com

Bibliografía

1. Asociación Española de Pediatría, «69 Congreso de la Asociación Española de Pediatría», *Cuidados paliativos, una subespecialidad necesaria, ¿qué son y qué no son?*, Actas impresas, 01/06/2023. URL: <https://www.aeped.es/noticias/los-cuidados-paliativos-pediatricos-solo-llegan-entre-15-y-20-los-menores-que-los-necesitan>. Accedido el 16/03/2024.
2. Aquino, Santo Tomás de., *Suma de Teología*, Edición dirigida por los Regentes de Estudios de las Provincias Dominicanas de España, 4ªed. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2001.
3. Beorlegui, Carlos, *Antropología Filosófica: Dimensiones De La Realidad Humana*, Universidad Pontificia Comillas, Universidad de Deusto, Madrid, 2016.
4. Boecio, *La consolación de la filosofía. Introducción, traducción y notas de Pedro Rodríguez Santiadrán*, Alianza Editorial, Madrid, 1999.
5. Büchner, Georg, *La muerte de Danton*, Obras Completas, Trotta, Madrid, 1992.
6. Busto Saiz, José Ramón, SJ., *El sufrimiento, ¿roca del ateísmo o ámbito de la revelación divina?*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 30 de septiembre de 1998.
7. Camus, Albert, *El Mito De Sísifo; El Hombre Rebelde*. Losada, Buenos Aires, 1967.
8. Camus, Albert, *La Peste* (Trad. Rosa Chacel), Edhasa, Barcelona, 2019.
9. Cantera Montenegro, Santiago, O.S.B., «San Agustín y la Presencia del mal en la Historia», en: *Espíritu: cuadernos del Instituto Filosófico de Balmesiana*, Año 61, Nº. 144, 2012.
10. «Child Mortality and causes of death», *World Health Organization*. URL: <https://www.who.int/data/gho/data/themes/topics/topic-details/GHO/child-mortality-and-causes-of-death#:~:text=The%20total%20number%20of%20under,1990%20to%2038%20in%202021>
<https://www.who.int/data/gho/data/themes/topics/topic-details/GHO/child-mortality-and-causes-of-death#:~:text=The%20total%20number%20of%20under,1990%20to%2038%20in%202021>. Accedido el 15/04/2024.
11. «Children: improving survival and well-being». *World Health Organization*. 2020. URL: <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/children-reducing-mortality>. Accedido el 15/04/2024.
12. Cortina Orts, Adela, *10 Palabras Claves En Ética*, Verbo Divino, Navarra, 2014.
13. Cué, Ramón, *Mi Cristo Roto*, Edibesa, Madrid, 2004.
14. «Día Internacional de la Enfermería». *Junta de Castilla y León*. 12 de mayo de 2022. URL: <https://www.saludcastillayleon.es/AulaPacientes/es/dias-mundiales-relacionados-salud/dia-internacional->

- enfermeria165f13#:~:text=La%20palabra%20enfermer%C3%ADa%20deriva%20del,eran%20fr%C3%A1giles%20ha%20existido%20siempre. Accedido el 2/6/2024.
15. Díaz, Carlos, *Preguntarse Por Dios Es Razonable: Ensayo De Teodicea*, Encuentro, Madrid, 1988.
 16. Dostoyevski, Fiódor M., *Los Hermanos Karamazov*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.
 17. Echavarría, Agustín, «El problema del mal», en: *Diccionario Interdisciplinar Austral*, editado por Claudia E. Vanney, Ignacio Silva y Juan F. Franck, 2017, URL: http://dia.austral.edu.ar/El_problema_del_mal. Accedido el 30/05/2024.
 18. «En Español- La Fundación», *Fundación Elisabeth Kübler-Ross*, URL: <https://www.ekrfoundation.org/espanol/> Accedido el 18/05/2024.
 19. Estrada, Juan A., *La Imposible Teodicea La Crisis De La Fe En Dios*, Trotta, Madrid, 1997.
 20. Ferrater Mora, José, *Diccionario de Filosofía*, 3º Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1951.
 21. Garaycochea Cannon. Virginia. «Cuidados intensivos y cuidados paliativos pediátricos: ¿complementarios o excluyentes?», en: *Revista Iberoamericana de Bioética*, nº 18 / 01-14, 2022.
 22. García Morente, M., *Lecciones Preliminares de Filosofía*, Ediciones Encuentro, España, 2000.
 23. Gnocchi, Carlo, *Gli Scritti*, (Traducción, Introducción y Notas P. Miguel Ángel Fuentes, I.V.E. Colección «Madurez Cristiana»), Ed. Àncora Milano, Fondazione Pro Juventute, Milano, 1993.
 24. González-Carvajal Santabárbara, Luis, *Ésta es nuestra fe: Teología para Universitario*, Sal Terrae, España, 2001.
 25. González Romero, Félix, *Leibniz. Dios, que es perfecto, ha creado el mejor de los mundos posibles*, RBA, España, 2015.
 26. Hernández, Silvestre Manuel. «Notas sobre la configuración del mal en Platón», en: *Revista de Filosofía*, 26(60), 2008. URL: http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0798-11712008000300001&lng=es&tlng=es. Accedido el 14/05/2024
 27. Jaspers, K., *La Filosofía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1953.
 28. Juan Pablo II, *Combatir el pecado personal y las «estructuras de pecado»*, Audiencia general, Miércoles 25 de agosto de 1999.
 29. Juan Pablo II, *Salvifici Doloris. Carta Apostólica sobre el Sentido Cristiano del Sufrimiento Humano*, Paulinas, Buenos Aires, 1995.
 30. Kasper, W., *El Dios de Jesucristo*, Sígueme, Salamanca, 1985.
 31. Lactancio, *Sobre la Ira de Dios, Traducción del latín al español, introducción y notas Marcela Islas Jacinto*, UNAM, México, 2020.

32. «Las cinco palabras arameas», *Con espíritu y propósito*, 5 octubre, 2018. URL: <https://conespirituyproposito.wordpress.com/2018/10/05/las-cinco-palabras-aramneas/>.
Accedido el 11/6/2024.
33. Leibniz, W.G., *Obras filosóficas y científicas. 10. Ensayos de Teodicea*, Comares, Granada, 2012.
34. Lewis, C.S., *El problema del dolor*, 11º Ed. Rialp, Madrid, 1994.
35. Lewis, C.S., Trad: Martín Gaité, C., *Una pena en observación*, Anagrama, Barcelona, 1994.
36. Marcel, Gabriel, *Tu ne mourras pas*, Arfuyen, Orbey, 2005.
37. Mardones Martínez, José María. *Matar a nuestros dioses*, PPC Editorial, España, 2010.
38. Martín-Ancel, A., Mazarico, E., «Afrontar el final de la vida cuando la vida empieza: cuidados paliativos perinatales», en: *Revista Iberoamericana de Bioética*, nº 18 / 01-11, 2022.
39. Maurette, Pablo, *El problema del mal en la filosofía de Plotino*, Tesis de grado, Universidad de Buenos Aires, 2003, URL: http://repositorio.filo.uba.ar/jspui/bitstream/filodigital/1064/1/uba_ffyl_t_2003_se_maurette.pdf.
Accedido el 16/03/2024.
40. «Módulos sobre Cuidados Paliativos Pediátricos», *Organización Panamericana de la Salud*, 2021,
URL:https://iris.paho.org/bitstream/handle/10665.2/55219/OPSNMHNVcvn1210040_spa.pdf?sequence=1&isAllowed=y.
Accedido el 15/04/2024.
41. Navarro, Ignacio J., «La Santidad Sin Dios La Peste De Albert Camus», en: *Revista Teología*, vol. Tomo LVII, nº 131, 2020.
42. Paula Vega V. y Col. «Relación entre apoyo en duelo y el síndrome de burnout en profesionales y técnicos de la salud infantil», en: *Revista chilena pediatra*, vol.88, nº5, 2017.
43. Peiró Ballestín G. y Col., «El duelo en la pérdida de un hijo», *SEOM Servicio de Oncología Médica*, Consorcio Hospital General Universitario, Valencia,
URL:<https://seom.org/seomcms/images/stories/recursos/sociosyprofs/documentacion/manuales/duelo/duelo09.pdf>.
Accedido el 16/03/2024.
44. Pérez Pichel, Miguel, «El Papa Francisco explica qué hacer ante el sufrimiento de los niños», *Aciprensa*, , 15 de diciembre 2016, URL: <https://www.aciprensa.com/noticias/62634/el-papa-francisco-explica-que-hacer-ante-el-sufrimiento-de-los-ninos>.
Accedido el 26/06/2024.
45. Pérez Ruiz, Francisco, *Metafísica Del Mal*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 1982.
46. Pope, Alexander, *An essay on man. In epistles to a friend. Part I*, London: J. Wilford, 1733.
47. Pradas Hernandez, Laura, *Niveles y factores de riesgo de burnout en profesionales de enfermería en el área de pediatría*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada, URL:

- <https://digibug.ugr.es/bitstream/handle/10481/73161/89288%281%29.pdf?sequence=4&isAllowed=y>.
48. Ricoeur, Paul, *El Mal Un Desafío a La Filosofía Y a La Teología*, Amorrortu, Buenos Aires, 2006.
 49. Roldán, Juan Pablo, «El Mal. Preguntas inevitables y reflexiones», en: *Academia*, 2009, URL: https://www.academia.edu/3631898/El_mal_Preguntas_inevitables_y_reflexiones Accedido el 22/1/2024.
 50. Roldán, Juan Pablo, «El problema fundamental de nuestras vidas: el mal», en: *Academia*, URL: https://www.academia.edu/34883031/El_problema_fundamental_de_nuestras_vidas_El_mal Accedido el 22/1/2024.
 51. Roldán, Juan Pablo, «La Opción Fundamental. Grandes constantes metafísicas», en: *Academia*, URL: https://www.academia.edu/6593825/La_opci%C3%B3n_fundamental_Grandes_constants_metaf%C3%ADsicas Accedido el 22/1/2024.
 52. San Agustín, *La Ciudad de Dios*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1958.
 53. San Agustín, *Confesiones*, Losada, Buenos Aires, 2005.
 54. San Agustín, *De la verdadera religión. De las costumbres de la Iglesia. Enquiridión. De la unidad de la Iglesia. De la fe en lo que no se ve. De la utilidad de creer / versión, introducciones y notas de los padres Fr. Victorino Capanaga... [et al.]*, La Editorial Católica, Madrid, 1948.
 55. San Máximo el Confesor, *The Ambigua* (trad. Nicholas Constas), *Dumbarton Oaks medieval library*, Londres, 2014.
 56. Sánchez Romero, Lorena, «Benjamina, la niña pre neandertal más querida de Atapuerca», *Quo El Diario*, 27 noviembre 2020, URL: <https://quo.eldiario.es/humano/q2011650310/neandertal-atapuerca-benjamina/>. Accedido el 2/6/2024.
 57. Vera Ziccardi, Victoria, «El primer indicio de civilización en el hombre que todavía es relevante y es clave para prosperar», *La Nación*, 4 de julio de 2023. URL: <https://www.lanacion.com.ar/salud/mente/el-primer-indicio-de-la-civilizacion-en-humanos-que-sigue-presente-en-la-actualidad-y-es-clave-para-nid04072023/>. Accedido el 2/6/2024.
 58. Voltaire, *Opúsculos satíricos y filosóficos*, Alfaguara, Madrid, 1978.